

ASÍ ME HICE GUERRILLERO



*Nicolás Rodríguez
Bautista*

ASÍ ME HICE GUERRILLERO NICOLAS RODRIGUEZ BAUTISTA

I

Un hombre frágil, tal vez anónimo, de edad indescifrable o escondida en los vericuetos de su vida, recuerda que a sus 13 años se metió con muchos otros niños a la guerra, con las guerrillas de Rafael Rangel, porque la chulavita mataba a los liberales sin importar las edades. La guerra parecía haber terminado. Pero no, ahora era de otra manera, subterránea, disfrazada a veces, pero igual de trágica y dura, y en medio de ella, la vida debía empezarse de nuevo, pues esa guerra no había dejado ningún saldo positivo. Junto con otros 80 desheredados, Luis José Solano Sepúlveda, con sus recuerdos entre el bolsillo roto, comenzó a colonizar por Río Fuego en 1961. La pelea era ahora con Ecopetrol, La TROCO (Tropical Oil Company) y la Shell, porque en todas esas tierras abunda el petróleo y las empresas no quieren ningún tipo de enredos con los campesinos. Todos ellos permanecen alerta para no dejarse joder y se dan sus mañas para colarse clandestinamente y sembrar el pasto, luego que éste crece, tumban el monte y construyen sus viviendas en un lugar apropiado para que no vean desde la carretera, lo mismo hacen con los cultivos. Los campesinos más antiguos y que ya estaban asentados en esas tierras los apoyan porque necesitan más fuerza para resistir.

Los obreros de Ecopetrol les señalan los cuidados a tener en cuenta, así como las precauciones en las discusiones con la empresa, también los alertan cuando el ejército va rumbo a sus fincas con el fin de apresarlos. Cuando Luis José Solano ya es considerado un líder entre este puñado de colonos, se entera que sus enemigos han pagado a un tipo para que lo mate cuando él salga a Barrancabermeja. Pero al enterarse quien es el encargado de asesinarlo, sale a buscarlo junto con otro compañero y lo matan, de ahí en adelante ya no puede volver más a Barrancabermeja.

La pelea sigue, el ejército se mete por las noches con no buenas intenciones, por eso Luis José construye un rancho en el monte para poder dormir algo más tranquilo y desde allí vigila lo poco que tiene. En esos días habla con Policarpo y Abelardo y acuerdan que él vaya a San Vicente a buscar a José Ayala para que les ayude. José Ayala lo pone en contacto con Carlos y con él se orienta mejor en lo que habrá de hacer.

Cuando Luis José regresa a Río Fuego la situación ha empeorado, la empresa está en disposición de guerra y en su pequeña finca ya está ubicado el ejército. Las cosas no están para pensarlas dos veces. Recuerda que su delito no sólo es el haber organizado a los vecinos para no dejarse quitar sus parcelas, sino también el apoyo brindado a los obreros petroleros en su última huelga. En aquella oportunidad con Abelardo, Policarpo y 5.000 campesinos de las regiones de Yarima, Río Fuego, Lizama, Peroles, La Colorada y otras regiones que habían logrado organizar, alimentaron durante 3 semanas a los trabajadores en huelga, a quienes Ecopetrol quiso reducir por hambre. También recuerda que en aquellos días agitados construyó barricadas a las entradas y salidas de Barrancabermeja para enfrentar al ejército y a la policía, aún tiene presente las llamas que se levantaban de los 3 pozos petroleros que ayudó a incendiar y que en algún lugar del puerto petrolero quedan los rastros de un inmenso letrero que dejaron escrito: "PREFERIMOS VER EL PETROLEO QUEMADO EN NUESTRA PATRIA ANTES QUE PERMITIR QUE LOS YANKIS SE LO ROBEN Y LO PONGAN AL SERVICIO DE LA GUERRA". Ahora el ejército está en su propia parcela.

—La cosa terminó en que yo quemé 3 camperos, 2 volquetas, 2 buldozeres y le regué sal a una maquinaria de la Shell; yo sabía que al día siguiente el ejército me iba a tumbar la casa con el buldozer y preferí darles antes que ellos me jodieran a mí; después de eso busqué a los compañeros y aquí me tienen para ver que hacemos entre todos—, nos diría Luis José meses más tarde.

II

Sergio tenía en sus manos el revólver de Pedro David, se lo había pedido prestado para curiosearlo.

—Es muy bonito—, le dijo Sergio con su timidez llena de picardía.

—Sí, pero muy costoso.

—¿Cuánto le valió?

—Es una historia muy larga de contar —Pedro David agachó la cabeza y encendió su pipa, como haciendo una pausa para encontrarse con sus recuerdos—. Yo no me quise amnistiar en el 53, cuando los acuerdos con Rojas porque varios guerrilleros liberales veíamos eso como un engaño. Ese temor existía en nosotros, pero la presión del Directorio Liberal era muy grande. Yo le dije a Rangel que no aceptaba la amnistía, y él me dijo que me comprendía. Nos abrimos 25 guerrilleros y buscamos el ala radical del Directorio, pero alguien nos traicionó y fui detenido mientras buscaba los contactos. Como los acuerdos para los amnistiados ya no me cobijaban, me juzgaron en Bucaramanga y fui condenado a 9 años. De inmediato me trasladaron a San Gil, allí empecé a pagar mi condena en el año 1954. Desde que llegué a la cárcel tenía la seguridad que no me quedaría todo ese tiempo encerrado. Allí encontré gente conocida, hice nuevos amigos y siempre conté con el apoyo de mi madre. Al año siguiente me hice ordenanza, es un reconocimiento de confianza que da cierta autoridad en la cárcel. También aprendí carpintería, terminé la primaria, y lo más importante, gané el respeto y el cariño de los presos. En los últimos días de noviembre de 1958, organicé mi fuga. Fingí el dolor del apéndice y solicité permiso para la visita médica. Con mi cara de dolor y entre quejidos una ambulancia me llevó hasta la puerta del hospital. Los dos guardias me ayudaron a bajar de la ambulancia, la que no esperó nuestro ingreso para alejarse. En ese instante uno de los guardias tomó un teléfono para llamar a la sección de urgencias para que me recogieran, sin vacilar y con mucha rapidez le quité de su pretina este revolvito, le disparé a quemarropa y de la misma manera proseguí con el otro guardia. Ambos quedaron en el suelo moribundos. Luego en una sola carrera llegué a la vuelta del hospital, donde mi madre y un amigo —que sabían de mi plan de fuga— me esperaban en un vehículo con su motor en marcha. De allí partimos a toda velocidad y a los pocos minutos me bajé del vehículo y junto con otro amigo tomamos un camino real que nos condujo al municipio de Galán. Luego de un descanso de cuatro días continuamos hacia San Vicente de Chucurí, donde me enteré que mi nombre figuraba en los periódicos como expresidiario y además describían la muerte de los dos guardianes. Diez días después llegué a mi casa paterna en Los Aljives. Ahora ya entienden por qué estimo tanto este revólver. Cuando me incorporé nuevamente a la guerrilla le pedí a Carlos que me dejara portarlo, teniendo claro que está al servicio de la Organización.

III

Una tarde voy con mi hermano Alvaro para ROMELANDIA, donde tenemos una sementera y tres potreros en los que desde hace dos años, llueva o haga verano, me corresponde ordeñar las tres vacas de leche de mi papá. Un hombre forastero llamado Carlos, que ha llegado hace pocos días a la vereda, está sentado en un taburete frente al mostrador en la tienda de los Gordillo. Tiene unos 26 o 27 años, viste una camisa negra, bluyin azul claro y zapatos tenis, mide uno con ochenta metros de estatura, su mirada es amable pero con un aire de malicia que no se preocupa por ocultar. Pedro Gordillo dice que es primo suyo pero no se parecen ni en el caminado.

—Ese tipo no es de por aquí, —le digo a mi hermano.

Cuando regresamos, luego de encerrar los terneros, entramos a la tienda con el pretexto de comprar un pan, teníamos muchas ganas de mirar de cerca al forastero. Sus ojos eran color café claro, sus manos grandes y fumaba cigarrillos Continental. El hombre se hizo el pingo y se marchó casi de inmediato. Seguramente Pedro lo tenía advertido con nosotros, y no querían que se filtrara nada. Pocos días después lo vi tomando cerveza, le gustaban las rancheras y los tangos. Ahora junto a él hay otros forasteros.

La recién pasada violencia ha dejado en la gente de la vereda la buena costumbre de no confiar en los forasteros, todos nos damos las mañas para indagar por ellos, sin que sus allegados sospechen por las averiguaciones que hacemos, por eso aunque Pedro Gordillo es mi amigo de confianza, yo no le revelo mis dudas sobre el forastero que ha llegado y anda por la vereda.

Poco a poco Carlos va haciéndose amigo de todos, su fuerte no es el trabajo material pero habla de él con propiedad, sabe los precios del cacao, del café y raja de los especuladores. Ahora visita con frecuencia a mi papá, con quien pasa horas hablando de Fidel Castro, de la revolución cubana y de la farsa electoral que cada cuatro años se da en Colombia. Carlos, además sabe trucos con las cartas de la baraja española, le rinde mucho escribir a maquina; también es amigo de la maestra, quien le consulta cosas para sus clases en la escuela, ella dice que Carlos es muy amable e inteligente. Mis hermanas le toman el pelo a Carlos con la maestra y le dicen que si se va a especializar de sobandero, porque la maestra se dislocó un brazo y Carlos le está haciendo los sobijos.

Los vecinos dicen que este forastero es un buen tipo. La amistad que él mantiene con mi familia y con la de Pedro Gordillo ha reducido un poco nuestros interrogantes, pero nos siguen pareciendo sospechosos sus continuos viajes y esas reuniones que rompen con la vida rutinaria de nuestro pequeño mundo.

Un día en mi casa y sentado en un taburete, Carlos le pregunta a mi mamá:

—En esta región ¿sí hay gente que esté dispuesta a levantarse en armas?

—Claro que la hay —le responde mi madre—, pero falta la cabeza que se amarre bien los pantalones y las cosas echen por donde debe ser y no como la banda de Los Picos que no hacen sino robarle a los demás muertos de hambre.

—¿Por qué no estás estudiando? —me pregunta Carlos cuando estamos solos.

Su pregunta me sorprende, pues no entiendo por qué este forastero se preocupa por mis estudios. Entonces imagino que algo de esto habría hablado con Fanny Ramirez, mi última maestra, pero sin que se percate de mis pensamientos le digo:

—yo hice el tercero de primaria y aquí no enseñan el cuarto, para estudiar toca salir a Bucaramanga o San Vicente y mi papá no tiene plata para eso.

—Es una lástima —me dice haciendo un gesto de disgusto en sus labios—, pero así es, la mayoría de los muchachos pobres viven la misma situación.

—Entonces, ¿Qué piensas hacer?

—Trabajar aquí con mi papá y cuando esté mas grande me voy para San Vicente a aprender mecánica y luego me pongo a manejar carro.

—¿Cuántos años tienes?

—En diciembre cumplí trece.

—Si alguien te ayudara a costear los estudios ¿lo harías?

—Sí señor, yo quiero estudiar.

—Luego hablamos y te lo confirmo que podemos hacer, —me terminó diciendo.

Pensar en estudiar, es darle a mi vida un rumbo diferente, pensaba para mis adentros, pues mi deseo es ser piloto, y si no estudio ahí se queda todo. Ahora con lo que me dijo Carlos, puedo volver a soñar con los aviones, vuelvo a imaginarme el mundo chiquitico mirándolo desde allá arriba, como dice el libro “El mundo del futuro” que tiene mi mamá.

Por fuera de estos sueños, vida es distinta. A las cuatro de la mañana me levanto para ayudarles a mis hermanas a moler el maíz para las arepas del desayuno, en esto me turno con mis hermanos Alvaro y Pedro, cuando ellos muelen yo desgrano el maíz para las gallinas o pelo el bore que se cocina para los marranos. Pero lo que más me afana para levantarme temprano es poder lavarme los dientes con un cepillo seco, pues para los 17 hermanos que somos, sólo hay 7 cepillos.

Por momentos la vida se torna aburrida por lo difícil que es. Como a mi papá le han cerrado los créditos en los almacenes de San Vicente, las provisiones de la familia se agotan a mitad de semana y las necesidades que pasamos son cada día mayores. Todos los días a las 7 de la mañana, después del desayuno me voy para ROMELANDIA a ordeñar las tres vacas, y cuando por alguna razón yo no puedo, lo hacen mis hermanas.

Los miércoles y domingos en la madrugada, voy con Álvaro, mi hermano, a recoger sangre fresca, de la res que matan para la venta, y con ella mi mamá hace el pichón, y así reemplazamos la carne tan cara y escasa para nuestra familia.

Esta es una tierra de apodos y las familias son mas conocidas por su apodo que por su apellido, a nosotros todo el mundo nos dice "los comejenes" porque ese es el apodo de mi papá desde hace muchos años, de manera que nadie, salvo los amigos mas cercanos, nos llama por el nombre sino por el apodo: comejenes, comejecitos o los hijos de don Pedro comején, a mi mamá no le gusta que le pregunten que sí es la señora de don Pedro comején, pero ya ha visto que en eso no se puede luchar contra la corriente.

Gonzalo, mi hermano mayor, prestó el servicio militar como chofer y desde ese tiempo se fue de la casa y se convirtió en el chofer de un medio hermano que tenemos en San Vicente, quizá prefirió irse no sólo porque allí lo que consigue es para él, sino porque sus relaciones

con todos nosotros son vinagres, ya que él quiere tratarnos a las patadas como lo aprendió en el ejército.

—Tome salivas ecuatorianas cabrón, —me dijo un día que estábamos arrancando yucas, a las dos de la tarde al rayo del sol y sin almorzar, todo porque le dije que fuéramos a bebernos el guarapo para seguir luego.

—¿Como es eso de las salivas ecuatorianas? —le respondí.

—Pues tomar saliva mirando el sol sin cerrar los ojos marica, así uno se hace mas berraco para aguantar.

—Eso es para usted y no para mí, —le dije sin dejar de arrancar las yucas hasta que regresamos a la casa.

En la casa quien tiene más autoridad y la ejerce es Rosa, una de mis cuatro hermanas mayores, mi mamá es muy buena y por eso prefiere que Rosa lleve las riendas y nos ponga en cintura. Ella lo hace tan bien que cuando ordena es poco lo que le reprochamos. Mis hermanas acosan a mi papá para que nos bautice, quizá ellas piensen en sus documentos a la hora del matrimonio o para salir a trabajar, pero mi papá les responde que para eso hay tiempo, ninguno de nosotros hemos sido bautizados ni mis padres son casados, por ello los vecinos murmuran. Lo que ocurrió, según cuentan mi papá y mi mamá fue que cuando ellos nos fueron a bautizar, en los tiempos de la violencia, en San Vicente había un cura godo que se negó a bautizarnos porque éramos conocidos como una familia liberal y que además mis hermanos mayores estaban muy grandes y que él no bautizaba bestias.

Al día siguiente mi papá, con unos tragos en la cabeza, de dijo al cura:

—Métase sus oraciones pu'el culo, el don de gente para mis hijos no lo determina usted y además los godos no van a ser eternos en San Vicente.

Por ese incidente mi padre se negó a bautizarnos. Como los años habían pasado y los odios entre liberales y conservadores ya no eran tan fuertes, mis hermanas lograron convencerlo para que nos bautizara. Fanny la maestra, era amiga de mis hermanas y también del cura del corregimiento de El Cármen: el padre Galvis, aprovecharon las fiestas de san Pedro y San Pablo, en las que mi papá cumplía años, se armó un complot con mis hermanas, la maestra y otros cercanos y el padre Galvis con más de un aguardiente encima nos bautizó a todos por fuera de la iglesia y sin sotana, y para completar también casó a mis viejos, al son de los rajaleñas que sonaban en un tocadiscos, que mi ahora padrino Horacio Jiménez había llevado para la celebración.

La vida del campo me parece aburrida, no me imagino haciendo lo de los jornaleros que viven deambulando y lo que ganan en una semana lo dejan en las cantinas los domingos, mis padres nos aconsejan mucho y por eso yo quiero estudiar y ser algo diferente.

—He hablado con tu hermano Gonzalo y entre él y yo te tenemos listo el cupo para que estudies en la escuela Piloto de Bucaramanga, alístate para que viajemos mañana mismo, — me dice Carlos, mientras habla de política con mi papá..

IV

Hacía 2 meses que Carlos y mi hermano mayor me habían matriculado en la Escuela Piloto de Bucaramanga, todos los días siento el hambre taladrándome el estómago y mi vida de campesino contrasta con esa realidad de edificios, pavimento y ausencia de solidaridad. Tenía la firme decisión de no seguir estudiando, estaba convencido que no aguantaba más. Era una noche de mayo y mientras mi hermano se bañaba para regresar con su camión cargado de cerveza a San Vicente, entré al cuarto donde dormía y metí en un bolso viejo el uniforme de la escuela, otra muda de ropa, los cuadernos y la libreta de calificaciones. Como sabía que él no aceptaría mi regreso y para que no sospechara de mi plan, introduje un papel en blanco en un sobre de carta, y cuando nos despedimos se lo entregué diciéndole que era una carta para mi mamá. Al momento de despedirse me regaló 40 pesos y me dijo:

—Tenga para el recreo.

Cuando mi hermano Gonzalo subió al camión, recogí el bolso que estaba listo detrás de la puerta y cuando el motor del camión se puso en marcha, apoyé uno de mis pies en la llanta de repuesto y salté a la baranda de la carrocería. Con la mano temblorosa solté una de las correas de la carpa, me metí y busqué acomodarme encima de las cajas de cerveza.

Habrían transcurrido dos horas de viaje, calculé que estaríamos llegando a la partida de las carreteras que van para Barrancabermeja y San Vicente, serían ya las 10 de la noche, la brisa y el frío perforaban mis huesos, el ruido de las botellas era insoportable, el bamboleo del camión ponía en movimiento las botellas y sus tapas ya no las sentía en mis nalgas, sino en el alma. A eso de las diez y media de la noche el camión pegaso disminuyó de velocidad, se orilló en la carretera y detuvo la marcha. Sin vacilar salí de mi escondite mientras mi hermano orinaba sobre las llantas traseras de su camión. Cuando escuchó la bulla que yo hacía tratando de bajarme me alumbró con su linterna en la cara y me gritó:

—Este cabrón que hace aquí! ¿Quién le dio permiso para que se viniera? Esas son las mierdas que le pasan a uno por meterse a ayudar culicagaos irresponsables que no saben valorar los esfuerzos que uno hace. Pagaba p'a esperar aquí un carro y despachar de nuevo este marica p'a Bucaramanga.

Mientras me decía todo esto no me quitaba la linterna de la cara, yo permanecí agachado y con los ojos cerrados, preferí no responderle nada.

—¿Por qué no me avisó que se venía? —continuó diciéndome.

—Porque usted no me dejaba venir, —le respondí.

—Móntese a la cabina güevón y no me vuelva a joder que quiere estudiar.

Yo sin responderle, abrí la puerta y me senté en el cojín.

Media hora después volvió con su descarga:

—Ahora a tirar machete y ordeñar vacas con mi papá, porque usted es una güeva que no sirve p'al estudio, y no le voy a permitir que se quede en San Vicente de vago.

—Yo tampoco quiero quedarme en San Vicente, —le respondí en tono vinagre.

Eran como las dos de la mañana cuando divise la luz mortecina del barrio La Pola, por donde entra la carretera, luego apareció todo el pueblo. Atrás quedaba Bucaramanga, y con ella mis recuerdos ingratos.

El ruido que hacía el camión con sus frenos de aire iba despertando a su paso a los pobladores. Mi hermano se estacionó en la bomba de gasolina “Santander” y me dijo:

—Duerma sobre el cojín, yo vengo mañana en la mañana.

Sin responderle me acomodé tratando de dormir. A las ocho de la mañana del día siguiente, mi hermano me despertó y me embarcó en la destartalada buseta que manejaba un moreno trompón que le decían Jabalí. Desde el asiento con olor a polvo y gasolina divisé por la ventanilla el pequeño aeropuerto de mi pueblo, la finca Totumos, El Puente Murcia, la panadería y tienda Mi Ranchito. Al fin llegamos a la finca de mis viejos, El Progreso. Eran las once de la mañana, yo estaba en ayunas, despelucado, sólo me animaba las ganas de ver a mis padres y hermanos.

—¿Qué le pasó mijo? —apretándome con sus brazos, me dice mi madre nerviosa.

—Nada —le respondo de manera piadosa—, vengo en ayunas, no vuelvo a estudiar, Gonzalo me ultrajó por que no quise quedarme, vengo de nuevo a ordeñar “la cachona”, “la colorada” y “tres tetas”.

V

La monótona vida en la vereda se rompe en la medida que transcurre el mes de junio. Un día al calor de unos tragos y jugando al bolo en la tienda de los Gordillo, un muchacho, que apenas conocíamos, pidió prestada una yegua a un campesino para dar una vuelta al galope, con tan mala suerte que en una curva del camino se cayó del animal hiriéndose en la frente, los codos y las rodillas. Entre sollozos y con cara angustiada se dirigió a Carlos.

—Compañero Carlos, la cagué, sancióneme porque soy consciente del error que cometí.

Carlos un tanto nervioso por la imprudencia del muchacho, lo calmó evitando nuevas autocríticas que evidenciaran cosas que para muchos de los presentes eran desconocidas. Como yo tenía un racimo de inquietudes en la cabeza, al día siguiente de manera imprudente le dije a Carlos que cuándo me enseñaba a manejar la pistola que él cargaba.

—¿Cuál pistola? Yo no tengo pistola. ¿Por qué me sales con eso?

La conversación se interrumpió porque alguien lo llamó.

—Luego seguimos hablando, —me dijo mientras se alejaba, y de verdad me quedé a la espera de su anuncio.

Termina junio, en dos semanas saldrán de la escuela mis hermanos menores, así como los amigos de mi edad. Los otros amigos, los mayores, están en actividades que me producen curiosidad, veo entrar muchas cajas sospechosas a la casa de mi amigo Pedro Gordillo, pero no me atrevo a preguntar, porque ya sé que puedo pasar por imprudente y perder la confianza de ellos.

A las 7 de la noche del primero de julio llega a mi casa Pedro Gordillo, a visitar a una de mis hermanas, que es su novia, él está diferente, más callado y pensativo, un poco nervioso y melancólico. Estamos solos, sobre las piedras del pretil del corredor de mi casa.

—Cuñao, —me dice— júreme por dios y por nuestra amistad, que me guardará un secreto muy grande, que si lo divulga me pueden acusar de delator.

—Tranquilo que yo no cuento, —le respondo tratando de ocultar mis temores.

—Yo me voy p'al monte en estos días. De estas veredas nos vamos casi todos los muchachos, esta mierda se va a putiar porque vamos a formar una guerrilla pa'dale pu'el culo al ejército, a los ricos y al gobierno.

También me comentó que el jefe era Carlos. Estas revelaciones me dejaron helado y en mi cabeza sólo se repetía la voz de Pedro: “nos vamos todos, esto se va a putiar, el jefe es Carlos, no divulgue el secreto”.

Dos días después Carlos hablaba animosamente con mis padres, cuando terminó me llamó y me dijo:

—Ya que no quisiste estudiar, quiero que me digas qué piensas hacer de ahora en adelante.

—Irme para el monte —le respondí.

—¿Para cuál monte por dios? De qué me hablas... —me replicó.

—De nada —le contesté haciéndome el pingo.

—Habla con tu papá y tu mamá, —me dijo pensativo— tú eres aún un niño, apenas tienes 13 años, lo de ir al monte es para gente mayor, esa es una decisión demasiado grande, ¿no te parece?

—Yo ya tomé esa determinación y sé que no me quedará grande.

—De todas maneras debes pedirles consentimiento a tus viejos, ellos te pueden ayudar.

—Está bien, —le dije y quedamos de vernos al día siguiente.

Cuando les dije a mis viejos que me iría para el monte, mi padre me miró a los ojos y empezó hablando pausado:

—¿Usted sabe por qué lo hace? No es juego, eso es algo para toda la vida, —en tono dramático continuó diciendo— quien se arrepiente luego es un traidor y como tal se le juzga, ni su mamá ni yo le decimos que se vaya o que se quede, porque después usted nos culpará de una decisión que lo compromete.

Mi madre nerviosa y con sus ojos enternecidos miraba los míos, también nerviosos.

—A sus 13 años —continuó diciendo mi papá— usted ya tiene uso de razón y lo que tiene que ver con su vida, lo define usted mismo, así que si se va nos parece bien, y si se queda también.

—Yo me voy —les dije.

Mi mamá me abrazó y me dio la bendición, me tomó por el hombro y me acompañó hasta el cuarto, donde yo dormía, para ayudarme a organizar una muda de ropa, que sería todo mi equipaje.

A eso de las 3 de la tarde salí corriendo hacia la casa de Pedro Gordillo, le pregunté por él a doña Teófila, su madre.

—Espérelo, el está por regresar, —me contestó la viejita.

Al momentico Pedro venía hacia su casa, en tono jovial se dejó escuchar su saludo:

—Quiubo cuñao!

Ya a solas le comenté que estaba listo, pero él me desconsoló cuando me contó que veía a Carlos indeciso a llevarme. De todas maneras me aconsejó que esa tarde cuando llegara Carlos le dijera que estaba listo, pero me sorprendió cuando me dijo:

—Si le dice que no, entonces mañana a las 7 de la noche váyase listo con la ropa al “Encerrado”, que allí es donde nos vamos a reunir para arrancar, pero cuidado güevón le dice a Carlos.

Al terminar el día en el viejo tocadiscos, de la tienda de los Gordillo, sonaba a todo volumen una ranchera, que desde mi casa podía escuchar:

“Viva Castro democrático y valiente

a Batista con valor derrotó

que vivan los cubanos libremente

la tiranía Fidel Castro la quitó.

Colombia que sufrió la dictadura

dominada por verdugo sin piedad
con la sangre de sus hijos se bañaron
pero hoy también buscará su libertad”.

Mi mamá sentada en su vieja máquina de coser SINGER trató que yo no me diera cuenta que bordaba unos brazaletes rojo y negro, me hice el que no los había visto y aunque la situación era evidente para ambos, prefirió no decir nada. Cuando llegó Carlos le dije que ya había hablado con mis padres y que ellos aceptaban mi decisión. Tomándome por el hombro me dijo:

—Estas cosas son muy serias, luego que las decisiones se toman no se pueden cambiar, así que mire bien lo que está pensando.

Para mí era evidente que Carlos y mi papá se habían puesto de acuerdo para decirme las mismas cosas y hasta con las mismas palabras. Siguió con una andanada de explicaciones sobre las dificultades de la lucha y me hacía advertencias de todo tipo, yo quería que esa conversación terminara rápido, por que sentía que no necesitaba tantas recomendaciones.

Aquella noche, entre sueños, El Encerrado me daba vueltas en la cabeza, también mi amistad con Pedro Gordillo y el pequeño mundo que me rodeaba y que entre mis recuerdos quería llevarme conmigo. Hacía cinco años que mi papá le había vendido un pedazo de su finca a don Militón Merchán, quien llegó por ese tiempo de Güebsa —un municipio de Santander—, construyó su casa y se instaló allí. Al poco tiempo don Militón le vendió la finca a la familia Gordillo, también llegada de Güebsa. Cuando la carretera que va de San Vivente a El Cármen estaba siendo arreglada con cunetas y alcantarillas, los Gordillo montaron una tienda aprovechando la presencia permanente de los trabajadores de la carretera. Pacífico —el hermano mayor de los Gordillo— atendía la tienda, mientras Pedro, Jesús y José Miguel trabajaban en la finca. Con mucho empuje los tres tumbaron el rastrojo y lo transformaron en potreros con pasto puntero y guinea, a punta de hacha doblegaron la selva y sembraron plataneras, maizales, cortes de yuca y árboles frutales. El padre de los Gordillo —don Santos— como buen boyacense, al igual que sus hijos, trabajaban desde el amanecer hasta que oscurecía y cuando no había nada que hacer en la finca se ganaban el jornal trabajando en las fincas vecinas. Doña Teófila y Ana —su única hija— vendían comida los sábados y domingos, aprovechando que la tienda se llenaba de campesinos que iban a comprar sus provisiones y las demás cosas de necesidad que Pacífico no las olvidaba entre el surtido de mercancías que ofrecía. Junto a la tienda de los Gordillo estaba la carnicería que la familia Acevedo que en socio de don Graciliano Navas —vecino de la vereda de Villa Pinzón— habían montado. El negocio de Pacífico se mejoró con la cancha de bolos que construyó. Los días de mercado que eran los miércoles y los domingos se jugaba bolos y cartas, los viejos jugaban dominó. Yo jugaba a la turra, al pique y jeme, a la rayuela y a los trompos con Jesús y José Miguel Gordillo, Hugo Duarte, Rodrigo Beltrán y con mis hermanos Pedro y Mario. Cada quince o veinte días nuestro programa era irnos a bañar a El Agua Blanca, quebrada que colindaba por el oriente la finca El Recreo —propiedad de los Gordillo— con la de don Antonio Hernández. En ese programa por lo general estaba incluido Pedro, quien a sus veinte años, tenía amigos que oscilaban entre los niños o adolescentes como nosotros y los muchachos de su edad. Para ir a la quebrada era paso obligado El Encerrado, un lugar lleno de árboles frutales y que don Santos cuidaba como la niña de sus ojos. Allí había naranjos, ciruelos, mandarinos, mamoncillos, guayabos, chirimoyos, limones y mangos. Alguno de esos

árboles casi siempre nos ofrecía sus frutas, por eso cada vez que pasábamos por ahí, El Encerrado nos atrapaba hasta que las consumíamos de manera despiadada. Pero don Santos cuidaba su tesoro sin descanso. Junto a El Encerrado había hierros retorcidos y oxidados, pedazos de losa fina, cimientos de cemento, restos de lo que fue la casa de la hacienda El Progreso que en tiempos de la violencia fue quemada por los conservadores por ser propiedad de tres miembros del Partido Comunista: Rodolfo Flores, Arturo Meneses y Pedro Rodríguez —mi padre.

VI

El 4 de julio se anunció trágico con el torrencial aguacero de las 11 de la mañana. En los alrededores de la casa de los Gordillo había más gente de lo acostumbrado. El tiempo para mí parecía congelado, las horas transcurrían lentas, permanecí impaciente hasta cuando llegaron las 6 de la tarde, la nostalgia se podía respirar en el ambiente, los muchachos se iban, todos lo sabían pero nadie lo decía. La comida tuvo sabor a ceremonia de despedida. Luego de cruzarnos más de una mirada abracé a mis padres y hermanos y con una muda de ropa entre la mochila de fique salí de prisa. Sin que nadie me viera regresé por detrás de la casa, entré al cuarto donde dormían mis viejos y sustraje de la mesa de noche un revólver calibre 32 destartado que mi papá disparaba cuando mucho una vez por año. Pedro Gordillo me lo había sugerido el día anterior argumentándome que las armas estaban muy escasas y cualquier arma, por mala que fuese, sería de gran utilidad. Luego de este robo, me alejé corriendo en dirección a El Encerrado. Mientras corría pensé, en ese rancho abandonado, — a un kilómetro de distancia de la casa de los Gordillo— me esperan los compañeros que no saben que yo voy. A medida que corría y corría, la ansiedad de llegar me fundió otra vez con mis recuerdos. Corría hacia El Encerrado como aquella vez que nos fuimos a bañar a El Agua Blanca y preparamos un plan a las escondidas de don Santos. Yo me iría con mis hermanos por un camino contrario a El Encerrado, de tal manera que don Santos no nos viera. Pedro, Jesús y José Miguel fingirían que se iban a trabajar. Nos encontramos en El Encerrado, nos encaramamos en árboles diferentes y apostamos al que comiera más frutas en menos tiempo, para que ninguno hiciera trampa uno vigilaba a otro y cada fruta consumida era contada en voz alta; en segundos el número de frutas consumidas aumentaba de quince a veinte, cuando Jesús hizo trampa porque consumía menos naranjas que los demás le colocamos como penitencia a que recibiera tres naranjazos en la espalda por tramposo, la gritería era endemoniada, pues a cada naranjazo le gritábamos ¡tramposo! Antes que todas las naranjas se estrellaran en la humanidad de Jesús, sin darnos cuenta llegó don Santos en un ataque de histeria por el desorden que teníamos.

—Piticocas hijueputas, acabaron con mis frutales, les voy a cortar las bolas pa'que respeten. Pedro... rejeroz maldito tan grande y tan sinvergüenza. —gritaba el viejo blandiendo una horquilla de bajar cacao, que en su mano se veía como una guadaña.

—Tirémonos —gritó mi hermano Alvaro—, el viejo nos va a chuzar como a los ratones.

Los árboles se movían con nuestro aturdimiento y cada quien buscaba la manera de tirarse. Don Santos se reía y lloraba al mismo tiempo, en su desespero no logro darle al blanco con su arma. Como pudimos nos tiramos por las ramas más bajitas y salimos corriendo en medio de los insultos de don Santos y de los machetazos que le daba a dos naranjos que al final rodaron por el suelo.

El olor a boñiga de vaca, a sudor humano y a cigarrillo, me sacan de estos recuerdos, pienso entonces que ésta ya no será una guerra con naranjas, en ese instante una voz me grita:

—¿Quién anda por ahí?

—Soy yo, Nicolás.

Estaba de guardia Jesús Gordillo, hermano de Pedro, como él no sabía de mi venida me dijo:

—Este marica qué hace aquí!

—Carlos me dijo que viniera, —le respondí.

—Siga!

Miré con curiosidad a todos lados y allí estaban compañeros que nunca imaginé ver en esta aventura que empezaba. Todos me saludaron efusivamente y como si con mi llegada se terminara la espera, Carlos pidió silencio para que un hombre pequeño, para mí desconocido, siguiera entregando la indumentaria a cada uno.

Como no había equipo para mí, Carlos hizo desocupar el que tenía las medicinas, Rovira se disgustó porque ahora debía reempacarlas en su equipo. También me dieron una hamaca y un plástico verde de 2 metros de largo y 50 centímetros de ancho. Carlos averiguó si había botas; sólo un par número 37 y ambas del mismo pie. *****cotizas*****

—No importa —me dijo—, te las amarras bien.

—Yo calzo 35, —reclamé con rapidez, pero en medio de la premura no sé si me escucharía. No tuve otra opción que amarrármelas fuerte.

—Aquí toca lo que salga, como el pescador —me susurró al oído Pedro.

—Silencio, silencio... —solicitaba Carlos para dar instrucciones—, vamos a iniciar la marcha, nos distribuiremos en tres grupos, la vanguardia, el grueso y la retaguardia.

Y de inmediato nombró a los integrantes de cada grupo y nos pusimos en marcha sin utilizar caminos hacia un destino sólo conocido por algunos pocos.

—Por qué no nos vamos por el camino, —le pregunté al compañero que iba delante de mí.

—Porque no se pueden dejar rastros, —respondió sin mover casi los labios.

VII

La marcha es muy lenta, como a las 2 de la madrugada y a escasas dos horas y media de mi casa, en una parada de descanso le digo a Carlos que podíamos ir por la carretera para que nos rindiera más, él consultó con la vanguardia y resolvieron aceptar mi sugerencia. En la hacienda San Carlos tomamos la carretera con dirección a El Cármen, con la técnica del zigzag recorrimos la carretera hasta la tienda de don Jorge Pinzón, allí pasamos con sumo cuidado porque en la orilla de la carretera los campesinos estaban matando una vaca para la venta cuando amaneciera; por fortuna nadie nos vio y nos ocultamos en un cafetal a la orilla del camino que une la carretera donde estamos y la que conduce de Barrancabermeja a la finca El Centenario. Luego de organizar la guardia cada quien se recostó sobre su equipo y sentados sobre el suelo mojado y empapados en sudor dormimos entre zumbidos de mosquitos, que no fue ningún impedimento, por que el cansancio nos arropó a todos.

A eso de las 9 de la mañana desperté, la cara me ardía por las picaduras de los mosquitos, varios de mis compañeros aún dormían, otros ya estaban de pie y tomaban café.

—Cuñao —me dijo Pedro— tome tinto para que le espante el sueño.

Me tomé tres tragos de café fuerte con poco azúcar. Allí entre susurros hablamos de todo y los que se iban despertando se sumaban al corrillo. Yo, ante todo, escuchaba y trataba de entender tantas cosas nuevas que se decían.

Los compañeros conocidos eran: Pedro Gordillo, Manuel Muñoz y Ciro Silva; otros conocidos pero de menos confianza: Jorge Gonzales, Henán Moreno y Salomón Amado; el resto, los que no conocía: Luis José Solano, Domingo Leal, Salvador Afanador, Avelino Bautista, Pedro Pablo Rodríguez, Alfonso Rovira, Jacinto Díaz y Carlos.

—¿Cuál ejército vamos a construir nosotros con estos pedazos de escopetas viejas? ¿Con qué vamos a pelear? —dijo alguien en tono molesto.

—Hermano, —susurró otro—, ¿usted no sabe que en la época de la violencia los primeros guerrilleros empezaron con machetes? Las armas las tiene el enemigo y peleando se las vamos a quitar, y el que no tenga claro esto debe decirlo de una vez antes que se haga tarde.

El compañero del interrogante agachó la cabeza y entre dientes murmuró:

—Esto es de locos.

—Usted tiene razón, los locos son los que se atreven a las cosas difíciles, porque los cuerdos son miedosos y demasiado flojos.

Días después supe que quien así hablaba era Pedro David —Hernán Moreno Sánchez—, un veterano comandante de las guerrillas liberales cuando la violencia. Como a las 11 de la mañana desayunamos con carne azada, yuca cosida y guarapo.

Después de un fuerte aguacero y cuando el sol ya no se veía, Carlos nos reunió para darnos instrucciones:

—Caminaremos toda la noche, en el mismo orden que lo hicimos anoche, no se pueden prender luces y cuando el de atrás se quede, el de adelante avisa para esperar, pues hay muchas partidas de caminos y nadie puede perderse, aquí todos deben borrar los rastros para que nadie sé de cuenta de nuestra presencia o de nuestros movimientos.

De inmediato salimos por el camino que conduce a la vereda El Topón pasando por el río Oponcito. Siendo la 8 de la noche, aprovechando un descanso, le pregunté a Pedro para donde vamos; sin pensarlo mucho me responde:

—Eso no lo sabe sino Carlos y es mejor no preguntarlo porque eso es un secreto.

Me quedó claro y no espero más explicaciones. El desplazamiento es lento, vamos de pantano en pantano y por la oscuridad no vemos casi nada. Mi cabeza también está empantanada en los recuerdos, no puedo olvidar las lágrimas de mi madre, y desfilan por mi mente mi padre y cada uno de mis hermanos.

—Cuñao, ¿escucha ese chorro abajo? —me susurra Pedro colocándome la mano en el hombro y me saca de mis pensamientos.

—Ese es El Oponcito. Cuñao debe ir crecido y nos toca cruzarlo.

Yo me quedo pensativo porque sé de lo caudaloso y violento que es ese río cuando está crecido. Seguimos escuchando el ruido del chorro cada vez más intenso. Ya en la orilla vemos el río, baja furioso y los nervios me invaden.

—Policarpo, corte un palo y ensaye que tan hondo está el río, tenemos que cruzar enseguida, —orienta Carlos en voz baja.

El negro Policarpo se quita el equipo, desenfunda su machete y corta una vara de unos 4 metros de largo; con ella en la mano se va metiendo al río, el agua le da al pecho; al poco tiempo regresa y le informa a Carlos que podemos cruzar. Uno a uno nos tomamos de las manos haciendo una cadena y nos vamos metiendo al agua.

—Nadie se ponga de frente, sino de lado, así se corta mejor el agua, —sigue recomendando Carlos.

Cuando el agua me da al pecho, empiezo a flotar, y siento que el agua me arrastra.

—Tranquilo cuñao, esto no es nada, nos queda por cruzar el Cascajales, a ese malparido sí le tengo miedo, porque ese come gente, —me dice Pedro sujetándome fuertemente de la mano.

Ya todos al otro lado del Oponcito, continuamos la marcha en la madrugada. Un aguacero torrencial nos empapó sin misericordia, pero seguimos caminando sin importarnos nada.

—Ya no puedo más, —le digo a Pedro, pero me reanima comentándome que pronto llegaremos a la finca de don Pedro Landínes.

A las tres y media de la mañana, y en medio del aguacero, pasan la voz que debemos esperar. Cada uno vamos agarrados del equipo del compañero de adelante, porque no se ve absolutamente nada. La espera se hace interminable. El frío nos carcome a todos. A los cuarenta minutos Leonardo pasa adelante para averiguar lo que ocurre, al momento nos dicen que un compañero confundió al de adelante con un tronco y sin que él se diera cuenta los compañeros de adelante continuaron la marcha. Estando en esas vemos avanzar hacia nosotros una linterna, todos nos agachamos, cuando está a unos 10 metros, le gritamos el santo y seña, lo responde de inmediato, es un compañero que viene en nuestra búsqueda. A las 4 de la mañana llegamos a casa de don Pedro Landínes.

Se organiza la guardia y don Pedro nos aloja en los cuartos de su casa.

—Mija, deles cafecito a los compañeros y a los que no tengan ropas secas deles cualquier trapito, para que se cambien el mojado, —le dice don Pedro a su esposa, el viejo nos envolvió con una mirada cariñosa y agregó:

—Pónganse lo que encuentren, lo que importa es que puedan dormir, yo sé lo que se sufre, porque en los últimos 3 años antes de la amnistía de Rojas me tocó guerriar en las filas de Rangel.

El viejo siguió hablando, pero casi de inmediato me quedé dormido. No desperté hasta el otro día cuando a las 8 de la mañana nos llaman a todos para ocultarnos en el cafetal y evitar que los campesinos que pasan por el camino nos descubran.

Estamos en la vereda Los Aljibes, en el triángulo entre Barrancabermeja, San Vicente y El Carmen de Chucurí, es 6 de julio. Don Pedro se acerca a nosotros para ofrecernos un trago de aguardiente, Carlos le dice que no es prudente.

—Tranquilo, Carlos, yo comprendo que los muchachos deben ser disciplinados, pero un sólo trago no es problema y la gente debe calentar la sangre para recuperarse del cansancio.

Carlos vacila un momento pero acepta que nos tomemos el trago. Media hora después un succulento sancocho de gallina y una totumada de guarapo, nos sirve la esposa de don Pedro como desayuno.

Don Pedro se queda mirándome y dice:

—Lástima no tener yo la edad de este chino p'a volverme a tirar el chopo al hombro. Vusté tiene que salir arrecho Comejencito, porque vusté tiene raza.

El viejo se va y Carlos nos reúne para decirnos que podemos dormir otro poco, todos sentimos alegría porque llevamos dos noches caminando y sin dormir. A la una de la tarde nos llaman para el almuerzo, don Pedro nos anima contándonos experiencias de cuando la violencia, intercambian recuerdos con Pedro David, quien fuera Capitán en las guerrillas de Rangel, donde fue conocido con el nombre de Chiquitín. A don Pedro le causa curiosidad los binoculares que cuelgan del cuello de Carlos.

—Carlos, ¿qué es eso?

—Con esto se puede mirar hasta muy lejos, porque tiene adentro un lente de aumento.

El viejo se ríe con picardía, y le pide a Carlos que se los preste.

—Con esto voy a mirarle el culo a la maestra de allí abajo, que tiene la costumbre de bañarse todos los días, esta no me la pierdo—. Y don Pedro se aleja con los binoculares en la mano.

Enseguida Carlos nos reúne para explicarnos unas convenciones necesarias a tener en cuenta en la marcha de esa noche.

—Cuando vamos por un camino, no siempre se coloca guardia donde el camino se divide en dos, podemos colocar una rama o arbusto, y el que viene detrás siempre toma el camino que señala la parte de la raíz de la rama o arbusto.

Para que no queden dudas se colocan varios ejemplos y todo queda claro. A eso de las 5 de la tarde comemos y nos despedimos de don Pedro Landines quien ha regresado de mirar con los binoculares a la profesora. Para no dejarnos ver de ella cruzamos una loma agachados y a la carrera, en la cima de esa loma hay una partida de caminos, debemos ir atentos a la señal convenida. Yo corro a la pata de mis compañeros, al llegar a la partida de los caminos me agacho y allí está la rama indicando la ruta a tomar. Miro hacia atrás y al compañero que me

sigue le indico que allí está la señal. Jadeantes y sudorosos cruzamos un descubierto y nos metemos de nuevo a la selva. De la vanguardia pasan la voz preguntando si vamos todos, la preocupación es grande cuando nos damos cuenta que falta Silverio, lo esperamos 15 minutos, pero no aparece. Carlos ordena a Pedro David ponerse de civil para ir en su búsqueda. Todo fue inútil, sus rastros estaban por el camino que no debíamos tomar, pues conducía al caserío de El Topón sobre la carretera Barrancabermeja a El Cármen. La preocupación de Carlos es muy grande porque Silverio lleva el equipo guerrillero y uno de los dos fusiles que tiene el grupo, además si los campesinos lo ven, nuestra clandestinidad tan indispensable en ese momento de debilidad, se iría a pique. Pero a esas horas ya nada se podía hacer, continuar nuestra marcha es lo único que nos queda.

Empieza a oscurecer y seguimos la marcha por un camino poco transitado. A eso de las 9 de noche cruzamos la carretera Barrancabermeja — El Topón y continuamos por potreros y rastros hasta llegar a la orilla del río Cascajales, al verlo tan crecido se me erizan los pelos, pues recuerdo que Pedro Gordillo me había dicho que ese río comía gente.

—Todos los compañeros que tienen arma larga la llevan terciada y se debe evitar que la poca munición se moje, — advierte Carlos.

Como en el Oponcito, nos tomamos de la mano y empezamos la riesgoza tarea de cruzar el río crecido. Mientras mis compañeros caminan con el agua al pecho y logran fijar con firmeza los pies en el fondo de río, yo floto como una pluma, sujetado a las manos de mis compañeros que me insisten que trate de colocarme de pie, pero mis esfuerzos son vanos.

Cuando alcanzamos la otra orilla, aún sobre la playa pedregosa, Pedro Gordillo me dice en voz baja:

—Cuñao, aquí las cosas son a otro precio, estas montañas las conocemos como la palma de la mano, aquí no nos agarran ni con perros, varios de los que vamos aquí tenemos descumbres a dos jornadas de aquí, tenemos sembrao plátano, yuca, maíz, chonte y cacao, además hay buena cacería, pavas, pajuiles, venados, ñeques, tinajos, marranos de monte y bastante pescado, —Pedro hace silencio para reanudar la marcha.

Más adelante le pregunto a Pedro por la hora.

—Tal vez serán las 11 de la noche.

A esa hora sólo se oyen nuestros ruidos y tal cual grillo se silencia a nuestro paso. De adelante llega una voz:

—Vamos a salir a una carretera, todo mundo camina en zigzag, nadie pierda de vista al de adelante y en caso de una emergencia todos se abren de la carretera a mano derecha.

Habríamos caminado 10 minutos por la carretera cuando un golpe en la cabeza me frena en seco y caigo sentado, comprendo entonces que estaba caminando dormido, es el cansancio acumulado de tres noches sin dormir, rápido me incorporo y continuo la marcha. Como a las 3 de la mañana se termina la carretera y continuamos por un camino muy pantanoso, seguimos andando sin reclamarle a nadie por nuestro cansancio. Cuando el barro ya nos cubre hasta las orejas empieza a amanecer y Carlos preocupado nos advierte:

—No podemos dejarnos ver por los civiles, nos queda poco trecho para llegar al sitio donde acamparemos hoy, entonces vamos a caminar a la mayor velocidad posible, los compañeros que puedan ir más rápido van pasando adelante.

Yo siento ganas de llorar, temo quedarme solo y le pido a Pedro que no me vaya ha dejar.

—Tranquilo, —me responde— yo sé que usted es capas y yo tampoco lo dejo.

Todos empiezan a acelerar el paso, a los 15 minutos mi sudor es frío y me siento mareado.

—Estoy que me caigo, —le digo a Pedro, él me anima diciendo que la casita que está a cien metros es el fin de nuestra jornada.

Llegado a la finca de don Luis Vera. Rendidos hasta más no poder, nos acostamos todos, menos el compañero que presta la guardia. Al medio día nos llaman para almorzar, pero varios compañeros prefieren seguir durmiendo, alguien que despertó con humor gruñó con su voz avinagrada por el trasnocho:

—Con esta mamadez, alimenta más dormir que comer, —y siguió durmiendo.

Serían las 4 de la tarde cuando todos recibimos la orden de colocarnos en disposición de marchar, como el intento falla por el cansancio, Carlos opta mejor por que acampemos ahí, y aprovechemos la noche para descansar. Todos dormimos profundamente hasta el amanecer. La guardia fue de una hora.

A las 6 de la mañana Carlos ordena recoger un poco de leña para hacer un café y designa a Policarpo para hacerlo, éste lo asume de mala gana y refunfuña por que la leña está mojada, lo vemos tan disgustado que quienes estamos colaborándole nos retiramos un poco a mirar el espectáculo, los ojos le lloran, echa madrazos de todo calibre y cuando Segundo trata de ayudarle le dice que no sea lambón o si es que se siente más hombre. Segundo en silencio se retira a donde estamos los demás en corrillo, comentando sobre la sanción que Carlos le aplicaría por grosero y machista.

—A ese güevón lo van a poner a cocinar una semana pa'que no sea pingo, —murmura Segundo.

—En este momento es mejor que nadie lo joda porque está más toriado que una mapaná, —dice Abelino.

—Cuando a Rangel algún pendejo le hacía esto, lo amarraba o en casos extremos lo pelaban, —le dice Hernán Moreno a Domingo Leal.

En esas, Policarpo enfurecido se orina sobre los tizones humeantes y remató dándole una fuerte patada al fogón. Los tizones ruedan sobre la hojarasca humedecida. Policarpo aún más enfurecido se retira a donde tiene su equipo, se recuesta sobre él y se cubre la cara con su sombrero de pelo negro. Todos, sin decirlo, esperamos con expectativa la llegada de Carlos para ver en qué termina este asunto. Como a las diez llega Carlos, con él vienen también los que traen el desayuno, pero sin la sobremesa, puesto que era el café que debía preparar Policarpo.

—Acérquense compañeros, —nos dice cariñosamente Leonardo.

—Traigan las losas y vayan pasando en fila, Policarpo —buscándolo entre la gente le dice— traiga el café.

—Café no hay, el fogón no prendió, la leña está mojada, —replica Policarpo.

—Nos quedan grandes las tareas pequeñas Policarpo, —dijo Carlos incorporándose— apenas estamos empezando, necesitamos una actitud diferente frente a estas cosas, vamos a prender candela.

Y empezó a juntar los tizones, Jorge tomó un tronco seco y con su machete fue sacando virutas, como lo hacen los carpinteros cuando cepillan la madera.

—Este sí sabe cómo es, —comentó Segundo que sacaba astillas de otro tronco.

Con un pedacito de vela que alguien colocó debajo de la leña organizada, la llama que tomaba forma iba calentando la olla con agua y panela que colgaba de una vara.

—La única forma de que las cosas caminen es poniéndole voluntad —señaló Carlos mirando de sesgo a Policarpo—, la soberbia es la madre de lo absurdo.

Lo que todos imaginábamos sería un regaño, terminó siendo una lección de ejemplo.

En la noche del 7 de julio reanudamos la marcha, ya todos sabíamos que nuestro rumbo era El Cerro de los Andes. A eso de las diez Pedro me dijo:

—Cuñao, este sitio se llama Patio Cemento y ese río que cruza por ahí es el Río Sucio.

Seguimos caminando media hora más y llegamos a La Loma, una finca pequeña de don Luis Fernando Parada. A las 6 de la mañana del día siguiente, después de tomar un café caliente, iniciamos a caminar, por primera vez a la luz del día y arribamos a las 2 de la tarde a un rancho abandonado, al que le dimos el nombre de Rancho Número 1, este sería durante un mes nuestro primer campamento guerrillero. Allí estaba Silverio, el compañero que se extravió en la finca de don Pedro Landines. No terminábamos de saludar a Silverio cuando éste inició a contar su odisea, mientras fumaba un cigarrillo.

—Yo me quedé como un güén tórtolo en el camino rial, y cuando me sentí solo, entonces pensé que aquí tenían que llegar vustedes y cogí por tu'el camino hasta que bajé al Topón, tu'ese poco e pingos que me miraban se me retiraban como si yo tuviera cagao y el ispetor me preguntó que pa'onde iba y yo le dije: pues p'allá p'arriba ¿no me ve?, entonces dejó de joderme.

Todos nos reímos a carcajadas y Carlos lo animaba para que siguiera contando la aventura.

—En el Topón me le monté a una hipueputa volqueta d'esas grandes que traía un poco de carreteranos que venían pa'cerquita de El Centenario, p'a la jinca del viejo Noel Acevedo di'ahí p'acá me vine por tu'el camino y llegué antier aquí más mamao qui'un chupo viejo.

Ya en el campamento en los días siguientes empezamos a aprender el ABC de la vida guerrillera, no se podía perder un solo minuto, pues debíamos prepararnos por si acaso llegaba el enemigo. Desde el primer momento vi a Carlos como a mi maestro militar, y a los demás compañeros como a mis hermanos, todos mayores. Con cuatro palos amarrados con bejucos, Carlos construyó su escritorio y allí colocó una vieja máquina de escribir marca Olivetti. A los pocos días de llegados me llamó para que le dictara unas cuantas páginas de un Manual de Táctica Guerrillera. Con el exigente entrenamiento de cada día, empecé a tenerme confianza y las dudas también se despejaban, saboreaba con cierta alegría la seguridad que yo podía ser un guerrillero, pero en las noches, en los pocos segundos antes de quedarme dormido, me angustiaba pensando si sería capaz de poner en practica lo aprendido a la hora de un combate.

VIII

Veinte días después de iniciados los entrenamientos, entregué la guardia a las cuatro de la mañana, me acosté y me quedé dormido pensando en cómo sería un ataque enemigo a esa hora. Una explosión que lo estremeció todo, me hizo saltar de la hamaca, alguien me pasó por encima. En medio de la confusión escuché la voz de Carlos ordenando que debíamos salir inmediatamente del campamento, porque el enemigo nos atacaba. Su voz se apagó con otras dos explosiones de granadas que sacudieron el rancho donde dormíamos. Todos los palos que sostenían el rancho vibraban con la tirazón de cuerdas de las hamacas porque la orden era no dejarle nada al enemigo. En ese momento me acordé de mi revólver y fui a buscarlo sobre el equipo, allí lo había colocado antes de acostarme, al no encontrarlo sentí mucho desespero y en medio del llanto empecé a buscarlo por el suelo, con tan buena suerte que lo encontré, de inmediato me lo coloqué en la pretina, me eché el equipo a las espaldas y en ese instante alguien junto a mí se quejaba y suplicaba que no lo dejáramos, estaba herido. Cuando me aproximaba al herido alguien me empujó y me dijo:

—Tírese al piso güevón, que se lo llevan de un balazo.

Asustado tomo uno de los brazos del herido, lo reconozco, es Segundo.

—No me vayan a dejar, —nos suplica.

Del otro brazo alguien lo lleva también. Los disparos no dejan de sonar y nosotros vamos saliendo con el herido que, aunque puede caminar despacio, no deja de quejarse. Después de caminar doscientos metros alcanzamos a un compañero que había salido antes de nosotros.

—Oiga, avise que llevamos un herido, —le dice el compañero que me ayuda con el herido.

Los disparos se han silenciado por completo, en ese momento alguien en la oscuridad dice que posiblemente estamos rodeados; siento mucho miedo, yo tengo metido en la cabeza que dios no existe, pero sin pensarlo dos veces me santiguo y pido al Todopoderoso que nos saque con vida de aquel trance. Rápido salgo de esa idea porque en ese instante llega el refuerzo para recoger al herido.

—Que todo mundo regrese al campamento —grita la voz familiar de Pedro David.

Lo que había ocurrido era una alarma para ver como reaccionábamos en caso de un ataque enemigo. Se escuchó un murmullo de todos al tiempo y Delio dijo rezongando:

—Estos güevones la hicieron bien hecha, yo me tragué el cuento que era el enemigo.

Eran ya las cinco de la mañana y empezó a amanecer.

Los entrenamientos no paraban, marchas, diferentes sistemas de guardia, avance diurno y nocturno, cómo romper un cerco, cómo explorar, sistemas de supervivencia, manejo práctico del terreno y el manejo de armas. Como casi no habían, lo aprendíamos en los dibujos que Carlos hacía de manera muy pedagógica en un tablero. En la instrucción Rovira le ayudaba a Carlos, pero poco nos gustaba entrenar con él, pues además de no ser consecuente con lo que enseñaba, era mentiroso. En una oportunidad un compañero le preguntó por una cicatriz grande que tenía en la espalda.

—Yo era el tercero a la vanguardia de una compañía que perseguía una banda de contrarrevolucionarios en Cuba, en el recodo de un camino en la Sierra de Santiespíritu caímos en una emboscada, cinco de los soldados cubanos que iban junto a mí murieron, yo

me atrincheré mientras el personal flanqueaba al enemigo, luego de 40 minutos de combate, los bandidos huyeron, —con cierto orgullo contaba Rovira y remató diciendo— en aquella oportunidad me condecoraron con la medalla Camilo Cienfuegos.

Por estas aventuras que Rovira nos contaba se generó en nosotros una admiración hacia él, pero todo terminó por derrumbarse cuando Carlos le llamó la atención por mentiroso y nos explicó que la famosa cicatriz era producto del ácido de batería, para un radio de comunicaciones, que en cierta oportunidad él llevaba y se le regó en la espalda.

Un día de esos, luego del entrenamiento, una comisión guerrillera fue por un viaje de plátanos, regresaron con la inquietud de que el campesino colaboraba con mucho gusto, pero necesitaba un poco de dinero debido a su pobreza. Carlos nos reunió para hacer con todos la siguiente reflexión:

—No tenemos dinero para comprar, entonces debemos alimentarnos con lo que produce la región, yuca, plátano, chonte, maíz, cacería y pesca. La comida que nos entregan los campesinos hay que pagarla en los casos que la necesidad lo requiera, como no tenemos dinero, entonces trabajaremos en sus parcelas para compensar lo que nos comemos, en otros casos pagaremos a los campesinos con Bonos Revolucionarios de la Esperanza, esto consiste en un documento que contiene la fecha de entrega, el nombre de persona a quien va dirigido, el motivo y la firma del primer mando del Estado Mayor.

Para ilustrarnos aún más, saca de una libreta un bono, cuyo original ya había sido entregado, lo enseña levantándolo en la mano y al final lo lee: julio de 1964. El ELN hace constar en el presente documento que debe al señor Francisco Nova la suma de quinientos ochenta pesos por la compra de un corte de yuca. Este dinero será pagadero luego del triunfo de la revolución colombiana. Firmado: Carlos Villarreal, primer responsable del Estado Mayor.

—De igual manera, —continúa diciendo— seremos extremadamente respetuosos con la población y jamás tomaremos ni una hebra de hilo sin su autorización.

En los primeros días de agosto abandonamos el Rancho número Uno, y a tres horas de ahí construimos el Rancho número Dos. Limpiamos unos veinte metros de selva, pero sin tumar los árboles grandes, ese sería el nuevo campamento guerrillero.

En la medida que seguían los entrenamientos las ropas, las botas y demás objetos personales se deterioraban aceleradamente, y su remplazo no se veía por ningún lado, todos nos dimos a la tarea de remendar la ropa. Los calzoncillos se convirtieron en artículo de lujo. La comida era la misma de siempre: sopa de maíz molido, plátano cocido y muy de vez en cuando medio pocillo de agua de panela, la carne se consumía cuando se cazaba algún animal, pero ahora poco la veíamos en el plato, porque la munición de escopeta y calibre 22 se estaba agotando. Con el ingenio de Leonardo, Pedro David y Jorge la situación se hizo menos crítica, ellos fabricaban trampas para cazar tigrillos, aprovechábamos su carne y la piel la vendíamos para comprar munición. Esta dura realidad que vivíamos, muy parecida a la de los campesinos, nos llevó a compartirlo todo, la comida, la ropa, las pocas medicinas y por su puesto la amistad.

Colgado junto al tablero, en el rancho número dos, está el reglamento diario que rige nuestra vida guerrillera en el campamento:

REGLAMENTO INTERNO

5:00 Diana.

5:00 a 5:10 Aseo personal.

5:10 a 6:30 Ejercicios.

6:30 a 8:00 Estudio.

8:00 a 9:00 Desayuno.

9:00 a 12:00 Entrenamiento.

12:00 a 12:30 Almuerzo.

12:30 a 14:00 Actividades personales.

14:00 a 17:00 Entrenamiento.

17:00 a 17:30 Comida.

17:30 a 18:00 Aseo personal.

18:00 a 19:00 Descanso.

19:00 a 20:00 Estudio colectivo.

20:00 a 20:10 Lectura de la guardia.

20:10 a 5:00 Descanso.

A mediados de agosto llegó al grupo la compañera Mariela, su inocultable parecido a Jorge y Guillermo, los delataba como familiares. Mariela se puso al frente de la salud, era la única mujer que estaba con nosotros. Finalizando el mes abandonamos el rancho número dos y nos fuimos a construir el número tres. Por esos días las noticias de la radio registraban con insistencia la situación crítica de la Universidad Nacional y de la Universidad Industrial de Santander. Todos los días había piedra, mítines, vehículos quemados, policías heridos y estudiantes detenidos. Carlos nos explicaba que en la ciudad también había compañeros del ELN, que eran estudiantes, profesionales, obreros o cualquier persona que pasaba desapercibida.

Un día, en las horas de la tarde, llegó al campamento un muchacho bajito, moreno, de barba cerrada, de unos 25 años y con acento costeño. Luego de los abrazos, Carlos y el recién llegado se reunieron de inmediato. En las horas de la noche Carlos nos informó que el compañero venía de la ciudad, que el enemigo lo buscaba como terrorista, y que lo responsabilizaba de la colocación de unas bombas en el Instituto Colombo-Americano en Bogotá.

—Este compañero, —nos dijo Carlos— es el segundo hombre del Estado Mayor del ELN.

El recién llegado se paró delante de nosotros, nos envolvió con su mirada y con voz calmada nos dijo:

—Compañeros, mi seudónimo es Andrés, estoy aquí para compartir con ustedes las tareas revolucionarias que están por venir, les traigo un saludo de todos los compañeros que están en la ciudad, ellos, como nosotros, estamos en este camino, tenemos el mismo compromiso y seremos los encargados de formar la vanguardia de la revolución colombiana.

Nosotros aplaudimos sus palabras y nos quedó claro que nuestro Estado Mayor estaba conformado por el primer mando que era Carlos y el segundo que era el compañero Andrés.

A partir de ese momento Carlos se reunía con Andrés para discutir, organizar los entrenamientos y desarrollar las constantes visitas a los campesinos de la región que conocían nuestra presencia. A mediados de agosto, luego de una intensa jornada de entrenamiento nocturno, nos reunimos cerca de 10 compañeros y empezamos a intercambiar todo tipo de inquietudes. Pedro David anotaba que no veía en Andrés la capacidad necesaria para ser el segundo del Estado Mayor; esa inquietud la compartimos todos los presentes, y argumentábamos que no tenía capacidad para dirigir un combate, que no caminaba con agilidad en el monte, que no sabía orientarse en el terreno, que hablaba muy fino y varias de sus ideas no podíamos entenderlas y que además de ser despreocupado era torpe en los entrenamientos. Otro anotó que su arma de dotación —la única carabina San Cristobal que había— la tenía muy mal de aseo y desportillada de tanto darle golpes contra todo por su torpeza en las marchas. Y no faltó quien dijera que Andrés daba muy poca confianza para hablar con él y que por eso casi nadie se le acercaba. El corrillo terminó sin encontrar soluciones a nada, sólo que el ambiente se tornaba desfavorable para Andrés. La situación se le complicó la noche que se realizó una falsa alarma de entrenamiento, pues Andrés —en medio del enredo— dejó su arma de dotación, las cartucheras y el equipo. A los pocos días Carlos conoció las inquietudes, que sobre Andrés existían, pues Leonardo se las comentó.

Los entrenamientos continuaban, y día tras día se tornaban más repetitivos, a veces parecían un juego de niños, pues no había forma de hacerlos reales. Las granadas que lanzábamos eran bolas de barro, los tiros eran el PUM PUM que hacíamos con la boca y no con el fusil, en los polígonos no hacíamos ni un solo tiro, las armas de guerra las conocíamos por los dibujos que Carlos hacía en un tablero que luego algunos compañeros las construían de madera para los entrenamientos; los minados eran remplazados por latas o piedras, los cables por bejucos y las baterías por pedazos de palo a los que les incrustábamos las tapas del positivo y negativo para aprender a colocar minados en serie y paralelo. La rutina nos carcomía a todos. Un día, en medio del entrenamiento Silverio se enfureció porque eran ya las dos de la tarde y estábamos sin desayunar, la práctica consistía en esperar al enemigo en una emboscada de aniquilamiento parcial, Silverio tiró el fusil de palo y refunfuño para que todos escucháramos:

—Que gran rejijueputas, yo no hago más PUM PUM PUM, si por esta mierda me van a pelar, que me pelen, pero yo me voy p'al campamento a tragame un plátano más que sea.

Todos nos quedamos preocupados porque según nuestro código guerrillero lo que acababa de hacer era una insubordinación. Cuando llegamos al campamento Carlos y Andrés hablaron a solas con Silverio, quien se hizo una autocrítica pública por su actitud, a continuación Carlos le notificó a todo el personal que Silverio haría cuatro días de rancho como sanción por su error. En la noche, Carlos y Andrés dieron una extensa charla sobre la importancia de acostumar el organismo a no comer demasiado, sino a consumir los alimentos indispensables para la nutrición, si bien esto se decía a propósito del incidente con Silverio, también porque algunos compañeros —luego de comer en el campamento— salían donde los campesinos, y les recibían comida. Carlos decía que ese desespero exagerado por la comida era mentalidad de barriga. Pero como la comida a más de mala era rutinaria, suscitó muchas inquietudes. Al día siguiente, mientras esperábamos para recibir el desayuno, Policarpo —en tono de sorna— empezó a contar un cuento:

—Una vez un gringo compró un burro, y como se empeñó en enseñarle a vivir sin necesidad de comer, durante la primera semana sólo le daba una comida al día, a la semana

siguiente le daba una comida día de por medio, a la tercera semana una comida cada tercer día, en la medida en que transcurrían las semanas el burro veía alejarse más y más la comida y el gringo alegre porque el burro aprendía sin ninguna dificultad el arte de vivir sin comer, pero cuando al fin el burrito ya casi aprendía del todo a vivir sin comer, se murió.

Todos soltamos las carcajadas, escondidas desde la tarde anterior; pero a Carlos el chiste le sonó a una indirecta del negro Policarpo, y en medio de la discusión que se suscitó anotó:

—Los compañeros que tengan reparos por la escasa comida, deben comprender que apenas estamos empezando y nos tenemos que preparar para nuevas y mayores dificultades, es necesario que todos entendamos que estamos en un momento de clandestinidad, donde el enemigo no puede conocer de nuestra presencia lo cual nos impone mayores restricciones.

Policarpo pidió la palabra para proponer que un pequeño grupo de compañeros podían salir fuera de la zona donde estábamos y realizar un secuestro.

—No es prudente, —argumentó Carlos— el secuestro no es obra de revolucionarios y eso puede hacernos aparecer como simples bandoleros.

Leonardo planteó que podíamos salir lejos y hacer un asalto a una entidad bancaria, y en concreto propuso asaltar la Caja Agraria de Barrancabermeja. Carlos desaprobó esta idea, pues para él cualquier falla en una operación de este tipo haría abortar nuestro secreto como organización revolucionaria. El día en que irrumpiéramos militarmente debía ser con una acción política de contundencia donde no le diéramos pie al enemigo para presentarnos ante el país como bandoleros.

—Por eso, —recalcaba Carlos— no debemos desesperarnos en las dificultades, aún tenemos muchas posibilidades para mantenernos en la clandestinidad, con el apoyo de nuestros amigos en el campo y la ciudad, saldremos adelante.

En los primeros días de septiembre, abandonamos el rancho número tres y cruzamos el Cerro de los Andes para construir el rancho número cuatro. Allí llegó Elí, con su hermano Daniel, venían del Tolima a aprender la vida guerrillera y regresar luego a conformar un frente guerrillero en ese lugar. Daniel era de un carácter muy fuerte, un poco huraño y demasiado intolerante. En una ocasión Silverio se durmió en la guardia y el compañero que lo descubrió le avisó a Carlos. De inmediato Carlos fue hasta el sitio de guardia, efectivamente Silverio estaba dormido. Carlos disparó su pistola junto a Silverio, sólo se movió y siguió durmiendo. Tan profundo era su sueño que apenas logró despertarse y estirando los brazos le dijo al compañero que lo iba a relevar en la guardia:

—Rejijueputa, no me di de cuenta aquí horas me dormí, la única noveda, es que escuché un tiro de escopeta, pero lejos.

En la reunión de crítica donde se analizó el error de Silverio, Daniel pidió como sanción aplicarle a Silverio una inyección de agua cada semana durante dos meses. Esta propuesta enfureció a varios compañeros que la consideraron una verdadera tortura, y le dijeron a Daniel que él no tenía autoridad moral para exigir se aplicaran ese tipo de sanciones. Después de esta discusión quedó flotando un ambiente enrarecido entre nosotros. De todas maneras Silverio fue desarmado y tuvo que cocinar durante dos semanas, como lo rezaba el código guerrillero.

Por esos días nos visitó un compañero de la ciudad, traía empacados en cajas de cartón medicamentos, ropa, munición de fusil, de escopeta y calibre 22, también 20 pares de botas y algunos enlatados. Este detalle nos subió la moral a todos.

—Se acordaron que en estos montes hay gente luchando y que tiene muchas necesidades, — comentó Jacinto.

En la noche, Andrés aprovechó la oportunidad para recordarnos la importancia de los compañeros de las ciudades, así como de las luchas de los obreros y estudiantes.

—Una de esas luchas la dieron los obreros petroleros de Barrancabermeja, el año pasado, — y mientras giraba los ojos y se frotaba los dedos entrecruzados, continuaba hablando de manera emotiva— es la misma lucha nuestra, y es por impedir que los yanquis, los ricos de Estados Unidos se roben el petróleo colombiano y lo conviertan en combustible para los aviones que luego van a bombardear a los pueblos que, como el Vietnam, luchan como nosotros por su libertad.

Esas palabras crearon una aureola de grandeza en todos nosotros. Leonardo nos recordó su lucha contra las petroleras y el ejército. Y Carlos nos contó que cuando él llegó a la región de Yarima y Río Fuego a finales de 1963, más de trescientos campesinos estaban a punto de levantarse en armas para atacar una compañía de soldados acantonada en el municipio de El Centro, cerca de Barrancabermeja.

—Menos mal que llegamos a tiempo, de lo contrario quien sabe lo que hubiera pasado, — terminó diciendo Carlos.

A finales de septiembre llegaron cinco fusiles de perilla casi nuevos, al día siguiente todos teníamos la moral encaramada en la coronilla porque saldríamos de polígono, fueron disparando uno a uno todos mis compañeros, al llegar mi turno, se negaron a dejarme disparar, me sentí la persona más inútil, me argumentaban que el fusil pateaba muy fuerte y podía romperme la clavícula. Para mí fueron inaceptables esas razones y le dije a Carlos que entonces por qué me habían incorporado a la guerrilla. Me prometió que en el próximo polígono me tendría en cuenta.

Como yo era bueno para el orden cerrado me encomendaron la tarea de adiestrar a mis compañeros. Todo andaba bien hasta el tercer día de prácticas, cuando se me ocurrió tomarle el pelo a la escuadra que tenía al frente y sin pensarlo mucho les dije:

—Atención... fí... jense bien lo que les voy a decir.

Y me eché a reír porque se colocaron firmes, cuando entendieron que se trataba de una picardía se salieron de la fila, me insultaron y fueron a quejarse donde Andrés, porque Carlos no estaba. Andrés me llamó disgustado y de manera enérgica me dijo:

—De ahora en adelante le queda suspendida la enseñanza a los compañeros. Debe ser más serio, el adiestramiento del personal no debe tomarse para burlas de los compañeros, eso es una falta de respeto a ellos y poco respeto le tendrán a usted cuando se le asigne una responsabilidad. Esta noche debe hacerse una autocrítica ante el personal, reconocer su error y plantear que por eso queda suspendido para seguir enseñando.

Me sentí muy deprimido y busqué Pedro para hablar.

—Me siento muy mal por mi embarrada y me da miedo hacerme la a autocrítica.

—Cuñao, —me dijo con acento paternal— después que uno la embarra debe ser valiente, ya no hay otra salida que poner la cara, de todas maneras diga lo que de verdad siente por haber cometido ese error. En todo caso tampoco por eso el mundo se acabará.

En la noche, ante la mirada acusadora de todos, reconocí mi error y les pedí disculpas. Delio, quien estaba muy disgustado, pidió la palabra para decir que la guerra era para mayores y que el error no era mío, sino de los mandos que me habían incorporado.

—Ese muchachito es muy repelente, no respeta a los mayores, se mete en todo y se cree con los mismos derechos de los mayores, por eso el error es del mando por haberle dado responsabilidades.

La polémica empezó a tomar volumen, unos hablaron a favor y otros en contra mía. Leonardo les recordó que a sus 13 años se había metido a la guerrilla liberal y que junto a él también estaban muchos niños de su edad.

—Ahora, —continuó diciendo— es lo mismo y los grandes somos quienes debemos entender a los jóvenes, si es el caso debemos acabarlos de criar, porque la guerra no sólo es el combate, sino un montón de cosas que apenas empezamos a aprender.

Carlos también se metió en la discusión argumentando que en Cuba y en otras revoluciones los niños participaban en la lucha porque eso era un asunto de todo el pueblo, y nos prometió en conseguir dos libros sobre el tema: La joven guardia y un libro del Che que se llamaba Pasajes de la Guerra Revolucionaria.

La mayoría había manifestado estar de acuerdo con mi presencia en la guerrilla, como Pedro David no era partidario, a solas me advirtió:

—Ahora no es que se sople por todo lo que se dijo, mientras busté tuvo la oportunidad de estudiar tres años en la escuela, muchos de los que hay aquí no conocen ni las puertas de una escuela, entonces en vez de ponerse a mamar gallo, aproveche el tiempo para enseñarles pero sin burlarse de ellos, que eso es lo que a busté lo mata.

Le respondí que tendría en cuenta la recomendación que me hacía.

Aquella reunión me dejó pensativo. Muchos compañeros no veían con buenos ojos mi presencia en la guerrilla. Al día siguiente volví a hablar con Pedro.

—Estoy triste porque hay compañeros que no quieren que esté aquí —le dije.

—No se preocupe demasiado, porque no todos piensan así, a usted lo incorporó directamente Carlos y en la reunión Andrés defendió su incorporación. Aquí hay compañeros muy machistas que no comprenden las cosas, usted no debe confundirse por eso, pero sí debe superar la mamadera de gallo cuando esté en cosas serias, porque eso es muy arrechador y de pronto alguno con rabia le puede pegar.

Me comprometí, sin vacilar, a ser más serio y respetuoso con los demás.

A los pocos días, cuando me encontraba en la guardia, —ubicada por un caño abajo— un pelado de mi edad subía pescando con un anzuelo. El guardia tenía la orden expresa de no dejar entrar a nadie al campamento.

—Alto! —le grité.

Pero el intruso, en vez de acatar la orden que le daba, siguió avanzando, yo retrocedí para no dejarlo entrar. Lo encañoné de nuevo y le dije:

—Párese o disparo.

—Dispare si quiere, pero yo a usted no le hago caso, —me respondió y siguió caminando.

Yo seguí retrocediendo y al verme acosado disparé cuatro veces cerca de sus pies, para que vinieran a ayudarme a resolver esa incómoda situación. De inmediato apareció el grupo de protección, pues el pelado seguía haciéndome retroceder.

—Qué pasa! —dijo Saúl, jefe del grupo de protección.

—Que este chino no atiende y me tocó disparar para que respete —le dije.

Saúl tomó de uno de sus brazos al impertinente muchacho y se fue a informar de la novedad a Carlos.

Un día, a principios de octubre, Carlos regresó del caño —donde nos bañábamos— bien rasurado, enseguida vi a Pedro y a dos compañeros más que se alistaban para viajar, de inmediato nos reunieron a todos y Carlos nos comunicó que él se iba de viaje, y que mientras regresaba Andrés asumiría la primera responsabilidad en el grupo, de manera rápida se despidió del grupo y salió con sus acompañantes con rumbo desconocido para nosotros. Al momento varios compañeros empezaron a decir que hubiera sido mejor que Leonardo o Pedro David quedaran al frente del grupo por las dificultades que Andrés tenía con los compañeros y por su incapacidad operativa, todos pensábamos lo mismo. La ausencia de Carlos era sentida como cuando el papá se va y los hijos quedan con el hermano mayor, a quien poco se quiere y poco caso se le hace.

A los pocos días el entrenamiento empezó a disminuir y se intensificó el estudio de libros y documentos: Las Cinco Tesis Filosóficas y Los Escritos Militares de Mao, La Segunda Declaración de la Habana, Guerra de Guerrillas un Método del Che, la Guerra de la pulga, varios libros de Bolívar y de historia de Colombia. Estos y otros libros, entre ellos varias novelas, hacían parte de la biblioteca que Andrés disponía para enseñarnos.

Ocho días después del viaje de Carlos, Pedro y los demás acompañantes regresaron. Esperé a que Pedro se reposara y a solas le pregunté si Carlos se demoraba mucho.

—Creo que sí, porque se fue para la ciudad, —me respondió.

—Esto está feo, la gente está descontenta con Andrés, el empeño para las cosas decae día tras día, y él se mantiene arrecho y como atortolado, —le dije.

Para sanear un poco la tensión que se respiraba, Andrés distribuyó el personal en tres comisiones. Una bajo el mando de Leonardo, otra al mando de Pedro David y otra que salió con él. Yo salí con Leonardo, reconocimos el terreno y nos reunimos con los campesinos. Quince días después nos volvimos a juntar todos. Finalizando octubre tuvimos que empalmar un rancho porque los plásticos individuales para los guindaderos individuales ya estaban rotos y cuando llovía los compañeros se mojaban. Cuando el rancho estuvo terminado Andrés ordenó guindar allí a varios compañeros que tenían plásticos en buen estado y dejó por fuera a varios que se estaban mojando. De inmediato los compañeros se disgustaron, el reclamo era justo, pero Andrés se salió de casillas y respondió de manera altanera a los compañeros:

—Ustedes deben decir con claridad qué es lo que quieren, si quieren irse... eso no me asusta, muchos otros hombres del pueblo quieren empuñar las armas, y aquí no quiero que nadie se sienta obligado.

Estas palabras de Andrés, no hicieron sino prender la llama del descontento. Leonardo intervino para calmar los ánimos:

—Compañeros, no podemos llegar a esos extremos, —hablaba pausado tratando de controlar el incidente— no se nos olvide nuestra misión, nuestra disciplina; compañero

Andrés no está mal que usted piense que aquí puede haber algún compañero que se sienta aburrido, pero eso no le da para que generalice esa valoración a todo el personal, a un jefe no le corresponde tratar las cosas así; y los demás no formemos de una pulga un caballo, aprendamos a entender que los humanos cometemos errores y nos equivocamos. Es mejor que cuando venga el compañero Carlos hablemos de todas estas cosas.

Nadie dijo nada, cada uno nos fuimos para nuestro lado, pero el malestar nos lo llevamos guardado. Al día siguiente siguieron las actividades normales, pero la carga de las tensiones flotaban solas, así nadie hablara de ellas. A los pocos días se incorporó al grupo el muchacho que me vi obligado a dispararle en la guardia porque no me hacía caso. Al principio nos mirábamos con recelo, pero con el correr del tiempo nos hicimos amigos.

Antes de terminar octubre, me llegó el rumor que varios compañeros pensaban irse para la casa a escondidas de Andrés, rápido busqué a Pedro y le comenté el asunto.

—Usted también se va, —le pregunté.

—No, —me respondió con seguridad.

—Hablamos luego, —y anotó pensativo— el palo no está para hacer cucharas.

Por la tarde Pedro le pidió a Andrés lo dejara ir conmigo a traer plátanos donde el campesino más cercano. Ya en el camino me comentó:

—La situación no es nada fácil, más de medio grupo quiere irse a las escondidas de Andrés, la gente piensa irse para sus casas y cuando regrese Carlos volver a la guerrilla. Esto está muy putiao, a Andrés no se lo aguanta casi nadie, los únicos que soportan un poco las cosas son Leonardo y Pedro David.

—Por qué no se le avisa a Carlos?

—Nadie sabe como avisarle, —me respondió con cierta amargura.

Quedamos en que él me seguiría comentando las cosas, le pedí que no se fuera sin avisarme y él me pidió que le guardara el secreto. Andrés no sabía lo que estaba pasando, los compañeros más cercanos a él eran los tres hermanos: Jorge, Guillermo y Mariela.

Por esos días llegó a la guerrilla un compañero llamado Mario Hernández, nos contaba sus experiencias en Cuba, donde estuvo estudiando. Mario trajo noticias de Carlos, por comentarios de Aberardo —con quien había hecho muy buena amistad— me enteré que estaba por venir.

Un nuevo compañero de la ciudad también llegó por esos días, era costeño, amigo de Andrés, en la guerrilla lo llamamos Alejandro. Definitivamente los mandos en la práctica son Leonardo, Pedro David y de cierta manera Pedro. A finales de noviembre volvimos a cruzar El Cerro de los Andes, allí construimos el rancho número cinco. Cuando estábamos haciendo el campamento, Pedro me comentó que la gente había puesto un plazo de 15 días, si en ese tiempo no llegaba Carlos, nos íbamos. La idea era llevarse las armas y equipos a un lugar cerca al Centenario —a una jornada de donde estábamos— cada quien seguiría para su casa y allí esperaríamos el regreso de Carlos.

Los primeros días de diciembre eran como los demás, sin fiestas, sin comida especial, porque apenas teníamos para nuestra rutinaria comida. Se aprovechó la llegada de Alejandro para que nos diera una serie de charlas, y en ocasión de las fiestas de diciembre se habló sobre el problema religioso.

—Compañeros, —empezó diciendo Alejandro— el ELN respeta los credos religiosos que no se oponen a la lucha revolucionaria. Pero nosotros debemos tener claro los diferentes pensamientos que existen a cerca del origen del mundo, en esta oportunidad quiero que hablemos de la religión católica, que es la que se practica mayoritariamente en Colombia. Hace casi 500 años llegaron a estas tierras de América los europeos, ellos fueron los que trajeron la religión Católica, porque los aborígenes que habitaban estas tierras tenían otras creencias. Los conquistadores utilizaron la religión para intimidar a los nativos, para engañarlos y someterlos. Al principio los españoles para robar a los indígenas los engañaban, y recurrían a la pelea cuando este método no les daba resultado, por eso se dice que los conquistadores llegaron con la cruz en una mano y con la espada en la otra. La religión les sirvió para ese engaño y cuando no les dio resultado utilizaron la guerra de dominación aprovechando sus ventajas técnicas y su experiencia de guerreros. Con el correr de los años las oligarquías y la jerarquía eclesiástica han continuado utilizando la religión Católica para engañar y someter a la población.

Alejandro, con toda sencillez, hizo las ampliaciones y explicaciones del caso. El tema dejó muchas inquietudes, que en el transcurso de los días se fueron despejando.

En esa misma semana Alejandro nos habló sobre las dos teorías que sobre el origen del mundo existían.

—A los que creen que el mundo lo hizo dios, —dijo Alejandro— se les llama idealistas, y a los que piensan que dios no existe y que el mundo se originó por su propia dinámica, se les llama materialistas.

—Entonces yo soy materialista, —me dije para mis adentros.

Al día siguiente salí de cacería con Leonardo.

—Mijo, ecomendémonos a la Virgen del Carmen para que nos vaya bien, —me dijo con su voz paternal.

—Yo no creo en la virgen porque soy materialista, —le respondí con cara de ilustrado.

Cuando regresamos al campamento, sin haber cazado nada, en tono desconsolado me recriminó:

—Se da cuenta, por culpa suya no matamos nada, eso nos pasó porque usted no cree en la virgen.

Los rumores sobre la llegada de Carlos eran contradictorias, unos decían que ya casi llegaba, otros que se demoraba. En todo caso, la fecha para irnos ya estaba definida. El 11 de diciembre llegaron José Ayala y Wilson. Como a José yo le tenía mucha confianza, a la primera oportunidad le pregunté por Carlos, él me comentó que en dos o tres días llegaba. De inmediato le conté a Pedro, quien salió alegre y de prisa a comentarles a los demás que debíamos esperar.

Al amanecer del 15 de diciembre llegó Carlos con una comisión que el día anterior había salido a esperarlo.

—Se salvó la Patria, Cuñao, ahora si se va ha prender esto, —me dijo Pedro.

Por la noche se hizo una reunión para celebrar la llegada de Carlos, Wilson y José Ayala, a quien bautizamos como Alberto. No faltaron los compañeros que dijeron que la ausencia de Carlos había ocasionado desánimo y que algunos pensaban que no iba a regresar. Carlos explicó que su viaje era para cumplir otras tareas de la Organización y que le había ido bien.

No comentó donde había estado, ni lo que había realizado, pero se rumoraba que había estado en Cuba.

Por esos días Carlos y Andrés se reunieron largamente. Nuestra dinámica era una especie de exámenes de tipo práctico sobre todo lo aprendido en los entrenamientos, sobre cada tema se hacía simulacros, que Carlos conducía y revisaba con mucho detalle.

IX

Aunque de manera oficial no se nos había dicho nada, se rumoraba que pronto saldríamos a combatir. Una mañana llamé a Carlos y le dije:

—Compañero, yo sé que nos vamos a combatir, y quiero despedirme por última vez de mis padres.

—Hombre, al combate vamos es a pelear, no a morir, —me respondió para consolarme.

En la tarde me llamó y me ordenó colocarme ropa de civil, porque salía en una comisión. Al momento llegó Alberto para comentarme que saldríamos al día siguiente.

El 18 de diciembre, luego de salir de la zona guerrillera, llegué a mi casa. Toda la familia me recibió con mucha alegría. Mi mamá se interesó por saber cómo me sentía y si estaba dispuesto a continuar en la lucha. Le dije que sí, que estaba aprendiendo muchas cosas importantes. Mi papá se sumó a las opiniones de mi mamá para darme unos cuantos consejos de más. Al instante mamá señaló:

—La maestra nos ha preguntado mucho por usted, y no se ha comido el cuento que está estudiando en Bucaramanga. Hace tres días me dijo que ella sabía cómo eran las cosas y que le dijera a Carlos que podía contar con ella. No vaya a dejarse ver de ella, porque se pone más maliciosa.

Al día siguiente viajé con Alberto a San Vicente, allí recogimos unas municiones y otras cosas de logística, una caja con libros y propaganda. Luego que Alberto habló con varias personas que hacían parte de la red urbana de ahí, regresamos al Cerro de los Andes. Cuando llegamos al campamento el ambiente era de viaje, la gente sólo esperaba nuestro regreso para partir.

—Por medidas de seguridad vamos a quemar el rancho, si por alguna razón el enemigo pasa, le será difícil darse cuenta que estuvimos aquí —nos dijo Carlos en la formación regular.

Y enseguida ordenó a dos compañeros para que le prendieran fuego. A más del calor que la palma recibía del fogón, estaba totalmente seca por el verano de diciembre, así que en unos pocos minutos, del rancho número cinco sólo quedaban escombros.

Salimos esa mañana, yo acababa de entrar a mis 14 años, muchas ideas anidaban en mi cabeza, me sentía estimulado por mi nueva vida de guerrillero, y esperaba con mucha ilusión la prueba de fuego para graduarme de combatiente. Después de dos días de marcha llegamos a la pequeña parcela de Segundo, allí había un pequeño descubierto sembrado de plátanos, yuca, malanga y unas cuantas matas de cacao. En el centro estaba el pequeño rancho que meses atrás había sido la vivienda del compañero que ahora marchaba con nosotros.

Colocamos dos guardias para vigilar los alrededores y nos ubicamos en el interior del rancho para hacer la comida, un sancocho con plátano, yuca y mico, que nos dejó satisfechos por el hambre que traíamos. Cuando fui con Segundo a buscar los plátanos, sentí que le salía desde lo más profundo la canción que empezó a entonar:

"Allá atrás de las montañas

donde temprano se oculta el sol

quedó mi ranchito triste

y abandonado ya sin amor".

—¿Está triste? —le preguntó Alberto, que también nos acompañaba.

—Triste no, —respondió Segundo y sin ocultar su tristeza continuó diciendo— quizá un poco de nostalgia porque lo bueno sería que no existieran tantos problemas, que hubiera justicia, menos violencia, que el gobierno atendiera el campo, que la policía y el ejército no fueran el símbolo de la represión, seguramente si la vida fuera diferente, en lugar de empuñar una escopeta, todos los que vamos aquí empuñaríamos un azadón, una rula, y la tierra pariría comida y las gentes tendrían el disfrute hoy de lo que nos proponemos alcanzar después que triunfe la revolución.

Los tres callamos por un momento. Mientras cortaba un vástago de plátano para bajar un racimo, Alberto rompió nuestro silencio.

—Si llegamos vivos al triunfo, yo quiero venirme a sembrar cacao a esta vega, —y le señaló con la mano un plan grande a la orilla de la quebrada La Pitala.

—Que bueno que llegara ese momento —le contesté yo—, siempre soñé con ser piloto, porque dicen que desde arriba uno se siente con la cabeza más lúcida para ver el mundo, pero cuando supe que para ser piloto se necesitaba ser rico, entendí que mis sueños eran fantasía, claro que si llegó vivo al triunfo de la revolución, seré piloto.

—Apúrense con los plátanos, —gritó Delio que estaba en el rancho— el mico se está ahumando.

Con la prisa de los plátanos se quedaron en remojo nuestros sueños. Junto al viejo rancho, donde hacíamos la comida, había escombros de un antiguo camino real, Andrés se interesó en él y le preguntó a Pedro David quién había realizado ese trabajo.

—Los que lo hicieron están dos metros debajo de la tierra o se los comieron los gallinazos, eso es una historia, —y pasándose la mano por la cabeza siguió hablando Pedro David— compañero, cuando el gobierno de Laureano Gómez, a los liberales se les puso el culo que les hacía pucheros, porque sabían lo que les esperaba. Los godos no querían estorbo para su gobierno. A dos jornadas bien jaladas de aquí queda Santa Elena del Opón, ese pueblito era liberal y ese gobierno con los godos y la policía chulavita se metieron y quemaron las casas del pueblo. Los liberales murieron asados por las llamas, a una señora de 60 años se la comieron asada con yucas, para que le cogieran miedo al cabo Mujica y se fueran del pueblo. Fueron muchos los niños carbonizados, otros destrozados por las balas y el machete, a la entrada del pueblo quedaron muchas víctimas colgadas del pescuezo, y a varias mujeres embarazadas — que de rodillas suplicaban clemencia— les cortaron los senos y les sacaron sus criaturas rajándoles la barriga para que no volvieran a parir cachiporros. Por este callejón bajaban las gentes huyendo muertas de miedo y se refugiaban en Barrancabermeja, Yarima, San Vicente, mejor dicho se metieron donde les dieron posada, cuentan que en Santa Elena mandaban los gallinazos. Estos son los escombros del camino por donde, durante varios meses, escaparon los liberales de Santa Elena.

—¿Y qué pasó después de toda esa tragedia? —preguntó Carlos.

—Después vino lo bueno, —continuó contando Pedro David— la tragedia de Santa Elena se regó por todas partes y entre los liberales se fue enconando una sed de venganza, porque lo de Santa Elena fue demasiado cruel. Al poco tiempo los ricos conservadores se apoderaron de las tierras, de las fincas de los muertos y desterrados. Cuando yo entré a las filas de Rangel, escuché en un disco un discurso de Gaitán donde condenaba la masacre de Santa Elena, de verdá p'a dios, a uno se le ponían los pelos de punta. Un día Rangel escogió 200 hombres de sus filas y nos dio como tarea acabar con los godos que se apoderaron de Santa

Elena. La noticia que íbamos a recuperar esas tierras se regó por las veredas de La Salina, El Hojarasco, Los Aljibes, La Fortuna y el Oponcito, y muchos de los huidos de Santa Elena se unieron a nosotros. Aquí están Leonardo y Delio que les tocó vivir conmigo ese momento. — Pedro David hizo una pausa para llenar su pipa con colillas de cigarrillos.

—Leonardo, y usted como vivió ese momento, —preguntó Andrés.

Leonardo se acomodó el sombrero hacia atrás y empezó a recordar esos días:

—Yo era estafeta de Rangel, llevé varias cartas al Directorio Liberal de Barrancabermeja y de Bucaramanga, también repartí la Vanguardia. Lo de Santa Elena fue muy violento, a mí me vincularon a una escuadra de macheteros, la misión era recuperar a Santa Elena al precio que fuera. De los Aljibes salimos 200 guerrilleros, pero en el camino se nos unieron muchos familiares de los muertos, yo creo que llegamos a ser 500 hombres. La chulavita estaba acantonada en la mitad del pueblo. Recibimos la orden de no dejar escapar a nadie. Los que llevaban armas de fuego atacaron a la chulavita y los demás rodeamos el pueblo. A eso de las 7 de la noche comenzaron los tiros y la quemazón de casas. Todo el pueblo se fue convirtiendo en llamas y el que trataba de escapar corriendo se iba muriendo. La chulavita fue reculando hasta agruparse en tres casas grandes en el centro del pueblo, nuestros polvoreros empezaron a meterles cargas de dinamita, cosa que a las 10 de la mañana del otro día se murió el último chulavita, casi todos quedaron quemados o aplastados por los escombros de las paredes caídas, nosotros nos retiramos al medio día.

Estos relatos se fueron intercalando con el sancocho que estuvo listo a medio día, después de todas estas historias Carlos remató diciendo:

—Todas estas cosas son las que hay que superar al triunfo de la revolución.

A las dos de la tarde abandonamos la quebrada La Pitala. Luego de dos jornadas llegamos a la parcela de Delio, ubicada en el cerro de Las Pavas, allí también había plátano, yuca, caña y cacao. En la puerta del ranchito —a punto de caerse— había una tabla que decía: “El Edén”. Como llegamos temprano, limpiamos las matas de plátano y reforzamos el rancho con madera nueva. Al día siguiente llegamos a las cabeceras de un río grande.

—Cuñao, —me dijo Pedro sonriente— este es el Cascajales, donde nos mojamos las bolas en julio, en el segundo día de marcha.

—Ya me acuerdo, —le respondí— yo estaba más asustado que un picado de mapaná.

En la mañana del día siguiente hicimos un polígono, cada uno disparamos nuestra arma de dotación bajo la mirada vigilante de Carlos. Yo disparé la pistola Star 9 milímetros de Carlos. Camilo se puso celoso porque Carlos no tuvo la misma deferencia con él. Estaba tan molesto que, antes de quince minutos, se me acercó para decirme que me habían prestado la pistola porque yo era un lambón que buscaba tener a los jefes en el bolsillo. Entonces me metí la mano al bolsillo y le dije:

—De verdad aquí los tengo a todos, si quiere le doy uno para que deje la envidia.

Camilo enfurecido me encañonó con una escopeta, allí terminó el espectáculo porque otro compañero se la arrebató y yo me retiré a mis quehaceres. Por las premuras de nuestro desplazamiento el incidente se quedó en el tintero. Los días siguientes fueron de marchas continuas hasta que llegamos a una finca pequeña, en el centro de un potrero plano había una casita con tapias de barro. Cuatro personas la habitaban, una pareja de campesinos y sus dos hijos pequeños. Sobre un tronco grueso labrado con hacha había un letrero con letras negras

"Pénjamo", ese era el nombre de la parcela. Ahora estábamos en el pie de La Cordillera de los Cobardes. Carlos observaba con los binoculares el terreno.

—Ese descubierta se llama Marañón, —señalando con el dedo le dijo José— por ahí pasa el camino que va para Simacota.

En Pénjamo descansamos cuatro días, sólo Delio, Alberto, Guillermo y Segundo continuaron casi de inmediato el camino. Por comentarios me enteré que los cuatro compañeros se habían adelantado para realizar labores de inteligencia sobre el objetivo que se pensaba atacar. Aprovechando el descanso, Carlos y Andrés nos llamaron a Camilito y a mí para tratar nuestras relaciones personales.

—Ustedes que debieran ser más allegados —dijo Andrés—, se tratan como si no fueran compañeros.

—Esto es muy delicado —añadió Carlos—, porque esta situación nos puede llevar a nuevos incidentes como el del polígono, y si eso se repite nos toca dejarlos en una de estas fincas unos tres meses mientras regresamos.

El sólo pensar en eso me puso muy nervioso y tan pronto me permitieron hablar les prometí que de mi parte no volverían a tener problemas. Lo mismo dijo Camilito. Pero tanto Carlos como Andrés se mostraron incrédulos a nuestras promesas.

—Cuñao, ¿que le dijo Carlos?, —me preguntó preocupado Pedro, después de la reunión.

Yo le comenté lo que nos habían dicho. Y a manera de consejo me recomendó:

—Tiene que evitar esos líos, porque así las cosas se le complican y sería muy jodido que lo sancionaran como dice Carlos.

También me comprometí con Pedro a mantener la disciplina.

En la reunión de la noche, Andrés nos hizo la crítica pública y a Camilo lo desarmaron.

—Las armas son para usarlas contra el enemigo, no contra los compañeros —remató diciendo Andrés.

—En todo caso, —anotó Carlos— ustedes son los que tienen que ver como van a seguir tratándose, de lo contrario ya saben a que atenerse.

El último día del año, temblando por el frío de verano, cerca de 20 guerrilleros entre un potrero enrastrado nos despedimos uno a uno de la señora de la casa y de sus dos niños. Su esposo ingresó a nuestras filas y en medio los sollozos de su mujer se echó el equipo al hombro, le dio un beso a ella y a sus dos pequeños y tomó la punta de la vanguardia en la marcha que iniciamos hacia La Cordillera de los Cobardes.

—Ese hijueputa cerro altísimo hay que cruzarlo, —me dijo Pedro señalando con la mano la cordillera.

Cuando hicimos un descanso le pregunté:

—¿Por qué le dicen La Cordillera de los Cobardes?

—No sé, pero el frío que hace allá es arrecho y el tórtolo se le pierde a uno cuando va a miar y toca bajase los pantalones p'a topalo —Pedro se echó a reír haciéndome una seña de picardía.

Seguimos caminando hasta que llegamos al Marañón, una finca abandonada, por donde pasa el camino que va de El Cármen a El Hato, un corregimiento cercano al municipio de Simacota.

—Busquen el campamento en aquella cañadita —ordenó Carlos a Segundo y Leonardo.

Un cuarto de hora después regresaron y nos acampamos en el lugar señalado por Carlos.

Cuando dieron la orden para asear las armas me senté junto a Pedro David.

—Présteme el destornillador, —le dije— voy a ajustarle la chapeta a mi escopeta que tiene flojo el tornillo.

Sentados a nuestro alrededor también estaban Jacinto, Mariela, Silverio y Sergio.

—En este clima tan húmedo es bueno dejarle a las armas una película delgada de aceite para que no se oxiden, y cuando se van a usar deben estar sin aceite para evitar le caiga a la munición —nos recomendaba con paciencia Pedro David.

Al día siguiente muy temprano, antes que el sol asomara por entre los filos de la fría cordillera de los Cobardes, empezamos a subir por un camino regado de cascarillas de los proyectiles del antiguo fusil Gras y ante un desfile de tumbas con sus lápidas de letras desteñidas la historia de guerras y tragedias se nos revelaba sin necesidad de palabras. También, esparcidos a lo largo de ese camino, se encuentran pedazos de vasijas de cocina y dos bracitos de una muñeca, que sin saber porque, guardé en mi equipo bajo la mirada interrogante de Andrés que caminaba detrás de mí. Serían las diez de la mañana cuando la marcha se paró. Desde la vanguardia pasaron la voz que un toro cimarrón no dejaba pasar a nadie.

—Cómo putas nos va a atajar un toro —dijo Carlos, un tanto disgustado.

—Es que de lado y lado del camino es peña y el animal está apoderado del camino —respondió el mensajero.

—Que la retaguardia coloque guardia atrás —anotó Carlos quitándose el equipo y pasando adelante a resolver el problema.

Media hora más tarde, seguíamos esperando la solución. Al momento se escuchó una gritería y todo el mundo corría buscando donde esconderse. El toro pasó resoplando por el camino abajo, pues Carlos le había colocado un trapo rojo de frente mientras otro compañero gritaba provocando al toro.

Pasado el medio día coronamos el último repecho para llegar a lo más alto de la cordillera. Allí descansamos y Carlos nos explicó algunas cosas para orientarnos en el terreno.

—Cuñao, el combate está cerca —me dice Pedro al oído.

—¿Por qué nos vinimos tan lejos para la pelea? —le pregunto preocupado.

—El tigre no se caga en la puerta de su madriguera, nosotros hacemos lo mismo, peleamos lejos para regresar luego a nuestra región, si peleamos allá, ¿para dónde nos vamos?

—Ya comprendo —le digo.

A las cuatro de la tarde llegamos a un lugar llamado Olla Ciega, una pequeña finca con un ranchito en la mitad del potrero, allí había una provisión que dispusimos para la comida. Me sentía extraño en aquel terreno tan frío, pues aunque lo había visto en películas, no me lo imaginaba así. El frío era inclemente y me taladraba los huesos y el asma que me había atacado desde que iniciamos a subir la cordillera me ponía de mal humor.

—Pueden irse a bañar en grupos de a cinco —ordena Andrés.

Pero nadie se animó. Yo no tenía ganas ni de lavarme las manos. Nunca antes había estado en un páramo. La neblina era tan fuerte que a veinte metros ya no veíamos nada. Cuando la tarde empezó a caer nos ordenaron acondicionar los dormitorios. Los pocos compañeros que tenían experiencia nos explicaron que en vez de usar hamaca, era mejor dormir en el suelo colocando como colchón helechos secos y hacerlo en compañía para sentir menos frío, los novatos seguíamos al pie de la letra estas recomendaciones.

Mientras hacíamos los dormitorios comentamos el caso de Rovira, quien dejó olvidadas las cartucheras en la cordillera y Carlos le ordenó ir a buscarlas, eso significaba desandar seis horas luego de una marcha tan agotadora. Para todos estaba claro que en esos casos la disciplina debía ser exigente.

—La suerte me hizo una mala jugada —le digo a Pedro, al momento de acostarme.

—Por qué me dice eso cuñao.

—Porque me toca llamar para la guardia a Camilito y seguro que no se levanta rápido.

—Deje tanta prevención porque eso es lo que lo jode, lo llama hasta que se despierte y seguro que no hay lío.

A la una de la mañana recibí la guardia. Tenía nervios porque el viento se estrellaba contra los matorrales y no dejaba escuchar casi nada. Cuando faltaban cinco minutos para las dos fui rápido a llamar a Camilito y allí fue Troya, no se paraba de la cama. Después de pasar quince minutos y de llamarlo tres veces fui donde Carlos a informarle la novedad.

—Vuelva a llamarlo, esté seguro que se despierte y se levante. Si no se levanta échele agua en los pies.

Con estas recomendaciones, me sentí respaldado y volví donde Camilito. Le advertí que si no se levantaba le echaba agua. Como no hizo caso le mojé los pies, enseguida saltó furioso, yo me fui rápido al sitio de guardia. Cuando le hice entrega formal de la guardia me insultó y me propuso que nos matáramos, le respondí que al amanecer arreglábamos porque en la guardia no podíamos hacerlo.

Cuando amaneció nos miramos y empezamos a hablar, de manera rápida concluimos que lo mejor era no pelearnos, porque lo más seguro Carlos nos desarmaba y no nos llevaban al combate. Todo terminó en un pacto de caballeros.

A eso de las once de la mañana llegaron Delio y Guillermo, dos de los compañeros que se adelantaron en Pénjamo. Nos saludaron a todos y de inmediato se reunieron con Carlos y Andrés. Luego del medio día fuimos convocados por nuestros dos mandos para hablarnos del inicio del año nuevo.

—Compañeros, ha llegado un nuevo año, es un año lleno de expectativas para este nuevo ejército, que nuestra patria aún no conoce, esto nos exige un profundo compromiso que nos permita comprender los sacrificios, por eso lo vamos a celebrar hoy con mucha sencillez, pero a su vez con mucha convicción revolucionaria. Este nuevo año que comienza nos plantea el reto de demostrarle a nuestros enemigos y a los incrédulos de la lucha armada que seremos invencibles, —y con vehemencia terminó diciendo Andrés— porque estamos con el pueblo, defendemos sus intereses y nos asiste la razón.

Mariela aprovechó el momento para repartir dos botellas de vino.

—Junto con este año nuevo que empieza a correr, vamos nosotros hacia nuevas tareas, — dijo Carlos en tono pausado— la marcha que continuamos esta tarde es de mucho cuidado, así como las de los próximos días. De nuestra disciplina dependen los éxitos que podamos alcanzar.

Tan pronto terminó la charla formamos en un pequeño patio, allí Carlos nos ordenó entregar los equipos a una comisión para que los guardara en un lugar cercano.

—Sólo dejaremos para la marcha la ropa que tenemos puesta, el arma y las municiones — concluyó diciendo Carlos.

Una hora después iniciamos la marcha para seguir el descenso de La Cordillera de los Cobardes. La brisa atropellaba nuestros rostros y nos traía entre sus partículas frías una sensación próxima de combate, era una sensación de combate revestido con un halo de pureza. Mis pasos los sentía en cámara lenta, como en las películas, y por mi mente empezaron a aparecer, a manera de repaso cada una de las reglas de puntería, y los nervios me invadían al imaginarme en medio del combate, y para consolarme me dije a mí mismo:

—Ojalá me toque cerca de Pedro, así sentiré menos miedo.

—Hay que caminar con cuidado —fue el susurro que llegó de la vanguardia a interrumpir mis pensamientos.

Pasábamos cerca de una casa. Pasé la voz de inmediato y me concentré en el ruido de las botas. En el silencio de la noche, nuestras pisadas sigilosas hacían un ruido de tropel. En ese terreno pedregoso y tostado por el verano las suelas de nuestras botas crujían sin parar. A las doce paramos en un cañito para tomar agua y comernos un pedacito de panela. Carlos aprovechó la parada para advertirnos que debíamos caminar más cerca el uno del otro porque había muchas bifurcaciones de caminos y muchas viviendas, y que por la oscuridad era muy probable la pérdida de alguno de nosotros.

A las dos de la madrugada Carlos paró la marcha, y en tono severo advirtió:

—Nadie puede retrasarse, no podemos amanecer sobre este camino, hacerlo significa echarlo a perder todo, hagamos un esfuerzo y caminemos más rápido.

Carlos que marchaba después de la vanguardia, se hizo de penúltimo en la retaguardia. Pese a este ajuste, por la oscuridad y el cansancio, seguimos caminando con la misma lentitud. A las cuatro Sergio se quitó la botas y le enseñó los pies a Carlos, eran una sola ampolla de agua sangre y le manifestó su imposibilidad para seguir caminando, de inmediato lo llevaron sin arma a una casita cercana y los demás continuamos la marcha.

Desde un pequeño cerro avistamos las luces de un pueblecito, era El Hato, y en esa dirección continuamos el camino. Al amanecer estábamos en las goteras del cacerío y tuvimos que agacharnos para que algunas personas —que ya se habían levantado— nos vieran. Rápidamente nos metimos en una casa grande, de paredes gruesas y piezas amplias, allí nos esperaban los compañeros que se nos habían adelantado en Pénjamo, cinco días atrás. En silencio nos saludamos efusivamente, los vecinos no debían escuchar nuestra alegría.

—Aquí descansaremos hoy, —dijo Carlos— los compañeros que nos esperaban acá se encargan de la seguridad, los demás nos vamos a descansar.

El Reporter ESSO, con su tropel de noticias, me sacó de mis sueños, eran las tres de la tarde del cuatro de enero, varios de mis compañeros ya se habían levantado, otros seguían durmiendo. Alguien me indicó un lavadero y allí me bañé, lavé la ropa y me la volví a colocar,

como es lo normal en los ejércitos en campaña, así lo habían hecho el resto de compañeros. Cuando terminé de bañarme me comí un suculento sancocho de gallina. Mientras comía escuché una de las tantas historias de la violencia:

—En ese tiempo la persecución fue tan feroz que en este pueblo quedó solo, nosotros nos retiramos luego de varios combates que desarrollamos por estos cerros por donde ustedes bajaron. La policía se juntó con los conservadores y la orden que tenían era de entregar la cabeza de mi hermano Gustavo y la mía por encima de lo que fuera. Por aquí todos los liberales se levantaron en armas y varios de ellos pelearon de la Cordillera de los Cobardes para atrás. Allá murió el finado Gustavo. Se hizo matar después que le rodearon la casa donde estaba. —Nos comentaba José Gonzalez, el anciano padre de Mariela, Jorge y José, ahora vinculados a la misma causa mía.

El viejo estaba muy emocionado porque estábamos en su casa, pero en especial de ver a sus hijos en la lucha, a tal punto que salió a la calle y ya con unos tragos encima se metió en líos con un amigo, lo amenazó diciéndole que la cosa con él era en serio y que en su casa tenía quien respondiera por él. El tipo se fue de inmediato para la casa, a ver con quien tenía que arreglar el problema. Como el alegato fue en la calle, no faltaron los curiosos que querían saber como terminaba aquella bronca. Por fortuna la señora —y nuestra prudencia para que no nos viera nadie— logró sacarnos de aquel trance difícil, que puso en riesgo nuestra seguridad. El ambiente era tenso, creíamos que la gente podía sospechar de lo que había dicho el viejo. Se ordenó que todos permaneciéramos de pie y en alerta. Fuimos distribuidos en comandos en lugares estratégicos en el interior de la vivienda. Allá en El Hato sólo había tres policías, pero con línea telefónica con El Socorro donde había un batallón del ejército.

Un compañero conocedor del vecindario salió a dar una vuelta por el cacerío y encontró la situación normal, pese a esto se reforzó la guardia y a las nueve de la noche nos acostamos.

Mientras el grueso de la guerrilla estaba en El Hato, un pequeño grupo —entre los que estaban Delio y Alberto— salió a una misteriosa comisión de inteligencia.

El 5 de enero, Alberto —tan pronto regresa— conversa largamente con Carlos y Andrés. El ambiente es de combate. El nerviosismo aflora en todos nuestros rostros. Ahora, todo parecía transcendental, me dio miedo perderme en ese terreno desconocido.

—Si me pierdo en esta región, que debo hacer —le pregunto a Pedro.

—So tórtolo, —me dijo con cariño— pues eso fue lo que ya explicaron.

—Si, si... pero yo quiero que usted me explique.

Pedro se sonríe, mira la cordillera, se coloca de frente a ella y me dice:

—Aquí es fácil cuñado, mire, si uno se pierde, si se queda solo, toca caminar siempre p'arriba, porque arriba es la cordillera y abajo es donde estamos, entonces uno puede coger un caño, un camino o un filo arriba para montarse siempre a la cordillera que cruzamos antes de llegar a Olla Ciega, eso está en esta dirección —tendió el brazo señalando la cordillera que alcanzábamos a ver cuando las nubes se elevaban—. En todo caso cuñado, lo mejor es no perderse porque en esos jijueputas filos hace mucho frio y si uno se envolata y no llega a Olla Ciega, que fue donde dejamos los equipos, entonces nos lleva el divino putas.

Cuando empezó a atardecer recibimos la orden de alistarnos para continuar la marcha. Carlos había salido a eso de las tres de la tarde con Alberto, estábamos seguros que había ido a confirmar la inteligencia al sitio donde pensábamos incursionar.

Aquella noche debíamos evitar al máximo hacer luces, y pese que los únicos que llevan linternas son Carlos y Andrés no sobraron las recomendaciones:

—Compañeros, continuamos la marcha con las mismas medidas de seguridad que hemos traído. Repito, marcharemos con una distancia muy corta para que nadie se desvíe de la ruta. Cada vez que alguien se retrase se pasa la voz en susurro para esperar. Cuando pasemos junto a las viviendas lo haremos con sigilo. En los lugares de descanso nadie olvide prendas, y el último de la retaguardia llevará arrastrando unas ramas de arbustos para borrar los rastros de los de adelante, para evitar en exceso las huellas de botas —nos dice Andrés, quien asume la primera responsabilidad en ausencia de Carlos.

Iniciamos la marcha a las siete de la noche. Como era verano no esperábamos lluvia, pero aquella noche, a más de que la oscuridad lo penetra todo, la neblina nos cobija como una masa densa y cada uno de nosotros camina agarrado de la camisa del de adelante para guiarse en medio de esa penumbra. Como en aquellos días festivos los caminos eran muy transitados nos vimos obligados a marchar por entre los potreros y tratando que el trayecto se acortara, según el decir del guía; pero la inexperiencia de él y la nuestra invirtieron las cosas, y lo que pensamos recorrer en dos horas lo hicimos en cinco. Las cosas se complicaron y Andrés empezó a preocuparse porque no alcanzaríamos a llegar a tiempo al lugar acordado con Carlos. A medida que transcurre el tiempo la marcha se hace cada vez más lenta. Algunos compañeros caminan descalzos, las marchas de los días anteriores habían destruido sus botas y no teníamos un peso para comprar nada. Todos estábamos acostumbrados al clima caliente, ahora, el frío desleía nuestras fuerzas y junto al trajín de la marcha que nos sofoca, las sensaciones son diferentes, sentimos una especie de frío caliente y la respiración se hace húmeda.

La región es muy poblada, las gentes están de fiesta por el año nuevo. Se escucha en todo lado el sonido de la pólvora, el olor a chicha y a tamales santandereanos nos embriagan cuando pasamos cerca de las casas. Nos sorprenden tres linternas que vienen de frente, a nuestro encuentro. De inmediato se da la orden de ocultarnos a un lado del camino. Son tres borrachos, con sus cervezas entre pecho y espalda. Me acordé de las serenatas que dábamos con los hermanos Estrada, Gordillo y Ortiz en nuestra vereda en cada diciembre, a las que yo iba de pato.

—Pasen la voz que podemos seguir, —dijo en susurro alguien de adelante.

Luego de haber caminado cuarenta minutos pasaron la voz preguntando si veníamos todos. Pero faltaba Camilito. Varios compañeros supusieron que se había quedado dormido en el lugar donde nos escondimos para darle paso a los borrachos. Andrés ordena parar la marcha, envía dos compañeros a buscar al perdido. Esta operación demora una hora y media. A las cuatro y media nos salimos del camino para ocultarnos en un pequeño cafetal. Allí Andrés nos reúne y entre susurros dice:

—Debemos hacer mucho silencio, pues a unos cincuenta metros de aquí vive una viejita sola, y por la parte baja pasa un camino.

En ese cafetal —entre El Hato y Simacota—, dormimos plácidamente hasta las seis de la mañana, a nuestro alrededor hay muchas viviendas, cafetales, sementeras, potreros y cañaduzales.

A las once de la mañana me llamaron para la guardia, tuve que hacerla junto a Wilson —un compañero santandereano que había recibido entrenamiento en Cuba—, al que pocas veces yo me acercaba porque era muy regañón. Cuando estábamos en la guardia regresó el

compañero que había enviado Andrés la noche anterior para comunicarse con Carlos. Llegan también Carlos, Alberto y Delio, a una seña que les hacemos con la mano entran a donde nos encontramos. Nos saludan efusivamente y siguen de prisa para donde está Andrés. Con papel y lápiz en la mano hablan durante más de tres horas.

Al medio día, cuando el sol estaba pleno sobre nosotros, vimos venir hacia nosotros a la señora de la casa, parecía que buscaba algo. Al mirarnos se llenó de miedo y arrancó a correr dando gritos de angustia. Carlos ordena a Mariela para que la alcance y trate de calmarla para que no nos delate. Detrás de ella también van otros tres compañeros, porque la viejita sacó energías de tal magnitud que no había quien la alcanzara. Al fin se le pudieron acercar y con mucha dificultad Mariela la convenció que no la íbamos a matar. La abuela se convenció cuando vio a Delio, quien resultó ser primo de ella.

A eso de las tres de la tarde Segundo, Delio y Saúl salen de civil por el mismo camino por donde llegó Carlos en la mañana. Segundo lleva una botella de aguardiente en el bolsillo aparentando que va un son de fiesta, aprovechando que es seis de enero.

Ese día la comida es difícil, en la mañana sólo comimos medio chorizo para cada uno y un pan mediano para tres, de almuerzo recibimos un pedacito de panela y de comida un tarrito de salchichas para tres.

—Tengo más hambre que un ratón de iglesia, dicen que con hambre se pelea mejor, —me dice Pedro a eso de las cuatro de la tarde.

—Yo no creo, porque el hambre da desaliento —le respondo.

Con una mirada que buscaba el horizonte, me dice con una seguridad sin límites:

—Tranquilo cuñao, que luego del combate nos desquitamos, ya me sueño con el triunfo, lo único que me trasnocha es saber que nos toca subir la cordillera, pero lo que me consuela es que pronto vendrá lo que nos ha repetido Carlos: El bautismo de fuego.

En la noche prestamos la guardia en defensa circular. Nos acostamos y a las once de la noche reanudamos la marcha. Eran las cuatro de la mañana y los gallos los escuchábamos cantar por todas partes, aún estábamos demasiado lejos del sitio que pensábamos atacar al amanecer. En ese momento Carlos nos pide a todos poner en funcionamiento todas nuestras fuerzas. Ya en medio de la claridad corremos por el camino ante las miradas nerviosas de los habitantes, quienes piensan somos un grupo de bandidos, de esos de la violencia, aún fresca.

Faltando veinte minutos para las seis de la mañana llegamos a un rancho donde vivían dos señoras. Nos miraban desconfiadas y en medio de su sorpresa nos dieron un poco de café sin saber si éramos ejército, policía u otra cosa. En el momento que disfrutábamos ese café amargo, las señoras nos pidieron disculpas por su pobreza.

A esa hora, ya todos estábamos muy agitados. El instante definitivo estaba frente a nosotros, y el objetivo —Simacota— a escasos doscientos metros. Mientras mirábamos el pueblo, por debajo de un cafetal, Carlos daba las ordenes a cada uno de los comandos de ataque y señalaba con la mano el lugar asignado.

El primer grupo estaba bajo el mando de Alberto, su misión era aniquilar la policía en un asalto por sorpresa, con él iban Delio, Jacinto y tres compañeros más, todos de civil y con arma corta, sólo Alberto lleva la única arma de ráfaga existente, una carabina San Cristobal. Para la carretera que va de Simacota a Chima salen cuatro compañeros. A la captura del alcalde —a quien pensamos hacerle un juicio público por corrupto—, sale Pedro con otro comando. Para hacer las pintas y distribuir el Manifiesto son designados dos compañeros al

mando de Andrés. Carlos, Rovira y dos compañeros más son los encargados de sacar el dinero de la Caja Agraria. Para expropiar el Estanco, donde había una considerable cantidad de enlatados, va Leonardo y otro compañero, ellos a su vez deben conseguir prestadas algunas bestias para llevar la comida del repliegue. Yo fui designado junto con Elí y Sergio para cubrir la entrada de la carretera que del Socorro llega a Simacota. Wilson con otro compañero, luego de cortar la línea telefónica para inutilizar Telecom, se sumarán al comando donde voy yo. Por la premura del tiempo y por ya estar descubiertos las misiones se dan delante de todos. Mientras estábamos allí una señora, de las más de cien personas detenidas, se escapó corriendo en dirección al pueblo.

El primer comando, encargado de reducir a la policía salió a la carrera. Luego lo hizo Carlos con el otro comando y por último todos los demás. Un policía que nos divisaba a unos doscientos metros, se quedó mirándonos sorprendido. Carlos nos dijo en voz enérgica que continuáramos caminando con normalidad y seguidamente extendió su brazo derecho saludando al policía, quien siguió caminando como si fuésemos sus amigos. En el momento que el policía entra a un restaurante cerca de la Caja Agraria apresuramos la marcha.

Estando todos en las primeras casas del pueblo, nos dirigimos a los sitios indicados. Antes que nuestro comando llegara a su lugar se escucharon los primeros disparos. Las gentes del pueblo se encerraron en sus viviendas, y las calles de Simacota quedaron solas, como un desierto.

Wilson nos distribuye en tres sitios, desde donde nos vemos el uno al otro y desde allí quedamos cubriendo la carretera al Socorro, en un tramo de 50 metros.

Un viejito bajó por un camino con diez mulas cargadas de leche y las descargó junto a nosotros, Wilson le ayudó a descargar las bestias y ambos conversaron animadamente.

—Yo se lo dura que es esta vida de ustedes porque fui guerrillero liberal desde que mataron a Gaitán. Vivo a 20 minutos de aquí y cualquier cosa que necesiten a la orden. —Terminó diciendo el viejito, quien luego de organizar sus animales se marchaba con una sonrisa de satisfacción entre los labios.

La gente que nos miraba por entre las rendijas empezó a abrir las puertas de sus casas y tímidamente se fueron acercando.

—Tranquilos —les decía Wilson—, somos sus compañeros y no les vamos a hacer ningún daño, nuestra lucha es contra los ricos y sus fuerzas armadas. Somos amigos de todos los pobres, así sean liberales y conservadores.

Los disparos habían cesado y el ambiente del pueblo era tranquilo. Eran las 7 de la mañana y a nuestro alrededor había más de 50 personas escuchando hablar a Wilson; en ese momento bajaron dos compañeros convidando a la población a reunirse en la plaza.

—Los compañeros van a leer el manifiesto, ya todo está controlado —le comentó un mensajero a Wilson.

La gente se fue para la plaza y nosotros quedamos solos.

—Ojalá los refuerzos para la policía no aparezcan, porque con estas armas no matamos a nadie —le digo a Libardo.

Efectivamente estábamos mal. Libardo tiene una carabina calibre 22, que por proveedor lleva un tapón de palo y para llevarle el tiro a la recámara debe colocarse con el cañón hacia abajo. Mis armas son un revólver hecho en el taller de “chorro de humo” —un herrero de San

Vicente— que tiene presencia pero no dispara, y una escopeta calibre 44 con sólo 7 cartuchos, a los que —por advertencia de Leonardo— debía echarles esperma para que entraran a la recámara. Sergio, que ya había regresado de cortar el hilo telefónico con Elí, portaba una escopeta calibre 16 de un solo tiro y Elí un fusil punto 30 de repetición muy escaso de municiones.

A las diez de la mañana Carlos bajó de la plaza a visitarnos, montaba en un caballo brioso como en las películas mexicanas.

—Todo está controlado. Estén listos porque ya casi nos retiramos —nos advirtió con un aire de seguridad—. Wilson, acompáñeme a la plaza.

Elí nos ordenó juntarnos y repartir la leche de la hacienda, que el viejito había descargado junto a nosotros, a toda la gente que ya había regresado de la plaza.

Todo era júbilo para la gente, que se marchaba agradecida con sus vasijas llenas de leche gratis. Ya casi terminábamos cuando escuchamos un carro que venía del Socorro. Reaccionamos de inmediato, pero la gente nos advirtió que debía ser la camioneta que — todos los días a esa hora— venía a recoger la leche. Cuando la gente terminó de darnos esta explicación apareció el vehículo y en vez de ser la famosa camioneta de la leche era un campero militar con soldados. La sorpresa fue enorme, la gente desapareció en segundos y enseguida se iniciaron los disparos, acompañado por un desordenado cerrar de puertas. Helí, que era el mando, le hizo un disparo al vehículo y salió corriendo con dirección a la plaza. Sergio corrió en sentido contrario y no lo volvimos a ver. Yo accioné mi escopeta y, al no darme fuego, salí corriendo en la dirección señalada en el plan de emergencia, cuando miré hacia adelante vi a Libardo —me llevaba unos 30 metros de distancia—, llegue a una cerca de piedras —a unos 50 metros de donde los soldados nos seguían disparando—, le grité a Libardo que me diera la mano porque yo no lograba trepar la cerca, él me extendió su brazo, pero un disparo pegó junto a nosotros, las esquirlas de piedra desprendidas me dieron en la cara, me tiré al suelo y escuché correr a Libardo del otro lado de la cerca. Miré hacia atrás y vi a dos soldados que seguían disparándome, entonces eché a correr en cuatro patas por el borde de la cerca. Los disparos los siento encima, el miedo de quedar perdido de mis compañeros aumenta mi angustia. Recuerdo por un instante las recomendaciones de Pedro y recobro la confianza. Sigo corriendo y a unos 100 metros me tiro a una zanja de desagües, allí le cambio el cartucho a la escopeta y le puse uno que se le veía mejor aspecto —con la esperanza que totiara—, revise mis cartucheras y nada me faltaba, entonces salí agachado por la zanja arriba, esa era la dirección que me llevaría al encuentro con mis compañeros. Habría caminado unos 40 metros cuando miré a mi izquierda, donde había una corraleja y una bañadera de ganado, vi que hacia allí corrían dos soldados tratando de tomar posiciones más ventajosas. Apuré mi retirada para llegar a un lugar por donde habíamos pasado en la mañana antes del combate. Al encontrarme con Segundo le digo:

—¡Cuidado!... porque hay soldados en la bañera del ganado y desde allí nos pueden hacer daño.

—Corra y dígame a Carlos, que va ahí arribita —me repondió él, y yo seguí corriendo a dar la voz de alerta.

—¡Todos al suelo! —gritó Carlos—, los de las bestias sigan rápido adelante, los demás seguimos replegándonos asumiendo posiciones combativas sin dar la espalda.

En ese momento llegó Rovira agitado, sudoroso y con voz nerviosa le informó a Carlos:

—Compañero, mataron a Parmenio.

La tristeza me apretó como un puño de mil dedos y no pude contener las lágrimas. Sentí que se me iba más de media vida, y la soledad me arrojó con su manto de angustia. Los tiros seguían sonando. Carlos ordenó a dos compañeros para que trajeran su cadáver, pero en ese momento ya lo traían sobre una mula que venía cargada, su cuerpo se descolgaba flácido sobre el animal. Cuando empezamos a trepar una pendiente del camino, la mula no pudo con su peso y se cayó.

—Vaya —me ordenó Carlos—, sáquele de los bolsillos todo lo que tenga, compruebe si está muerto, si llega a estar solamente herido me avisa de inmediato.

Yo corrí y me tendí junto a su cuerpo, le tome el pulso, coloqué mi cabeza en su pecho, le hice la prueba de pupila, no había dudas, Pedro estaba muerto. Dos compañeros me hicieron señas que apurara, entonces le saqué varias cositas que tenía en los bolsillos y empecé a retirarme. Era imposible que pudiera estar vivo, la bala calibre 30.06 de fusil le entró por la espalda y le atravesó el estómago. Mientras me retiraba en medio de los disparos, pensé en doña Teófila, su madre, y en mi hermana, su novia. No podía imaginarme mi vida guerrillera, ahora sin mi mejor amigo. A unos cien metros de donde quedó el cadáver le rendí el informe a Carlos y le entregué las cositas que le había sacado de sus bolsillos.

—Está bien, —me respondió y me puso la mano en la cabeza para consolarme.

En ese lugar tomamos posiciones de combate y esperamos a los compañeros que estaban combatiendo con los refuerzos enemigos, entre otros estaban Alberto, Leonardo, Policarpo y Delio.

Los disparos se fueron silenciando y por las lomas que de los alrededores de Simacota se ven corriendo personas, seguramente asustadas por los disparos y por los movimientos, tanto del enemigo como nuestros.

Mientras esperábamos allí un compañero me comentó que Carlos estaba errecho con Andrés, porque cuando se formó el tiroteo en medio de la sorpresa, Andrés que tenía la misión de gritar la voz de retirada, y en vez de decir la voz acordada, que era “choibo”, cometió el gran error de gritar “Santa Ana”, que era el nombre real de la vereda para donde pensábamos retirarnos.

—Esto es muy grave —me dijo el compañero—, porque con eso Andrés delató el lugar para donde vamos y si los soldados se enteran rápido, nos pueden cerrar la llegada a la cordillera, pues Santa Ana es un paso obligado.

Nuestra conversación fue interrumpida por la aparición de los compañeros que estaban en el combate. El primero en aparecer fue el negro Policarpo, con una sonrisa altanera exhibió un fusil garand M-1; lo seguía Leonardo que traía otro fusil M-1.

—Vamos, —le ordenó Carlos a José, que encabezaba la vanguardia, una vez llegaron todos.

Allá abajo, saliendo de Simacota, ha quedado mi entrañable hermano Pedro Gordillo Ariza, con su cara altiva, su nombre de guerra —Parmenio— casi sin estrenar, y con sus manos empuñadas como enseñándome a ser valiente.

El camino por donde marchamos está encaramado por todo un filo que va subiendo derecho a la Cordillera de los Cobardes. Los rastrojos están llenos de matas de mora, la neblina pega contra el suelo y el sol se esconde a cada rato por entre las nubes espesas. La marcha es demasiado lenta, las mulas se niegan a caminar y van asustadas porque sus arrieros son desconocidos. De vez en cuando dos helicópteros se acercan a nosotros, pero ante la poca visibilidad, se retiran de nuevo.

Seguimos subiendo por el cañón de la quebrada Santa Ana. A las 4 de la tarde pasan la voz desde la vanguardia, para verificar si vamos todos. La retaguardia avisa que faltan dos compañeros. Al parecer se quedaron donde habíamos descansado 20 minutos atrás, entonces paramos la marcha para ir a buscarlos. Al cabo una espera prudente aparecieron. Los rezagados se habían salido del camino y se quedaron dormidos sin que nadie se percatara.

Ante el cansancio generalizado, Carlos ordena acampar a la orilla de un monte pequeño, en un alto desde donde podemos observar un tramo largo del camino por donde habíamos llegado. El cansancio era tal, que el que se sentaba, se dormía sin remedio. Luego de organizar la posta por donde llegamos y hacer la descubierta alrededor de donde estamos, se procede a descargar las cinco bestias que llevamos. Leonardo, que era suministro, empezó a revisar la carga para buscar y separar los comestibles, tamaña sorpresa, la comida no apareció.

¿Que había sucedido? En medio de la sorpresa, cuando llegó el ejército a Simacota, los encargados de salir con las mulas recibieron otras misiones y otros compañeros por iniciativa propia arriaron algunas mulas que no eran las que se habían cargado. Ahora estamos frente a unas cargas de café despulpado —pero verde—, otra carga de cotizas de caucho número 42 y dos costales grandes llenos de pantaletas baratas, brasieres, pañales y un montón de baratijas de las que se colocan en las vitrinas de las tiendas pobres. En otro costal había como cuatro arrobas de velas. Carlos se rascó la cabeza y dijo disgustado:

—Esto es mucha mierda.

Algunos nos reímos, mirando el espectáculo y como mamándonos gallo a nosotros mismos.

—A lo hecho pecho —murmuró Leonardo, y fue a buscarle una solución al problema.

A las cinco y media de la tarde Leonardo junto con dos compañeros más fueron a una casita cercana, para averiguarle al campesino si podía vendernos una vaca.

Al amanecer del día siguiente, cuando nos levantamos, ya estaban matando la vaca. Con Abelardo, Libardo y tres compañeros más, fuimos a conseguir leña seca. José fue nombrado para prender la candela y otros compañeros se fueron a buscar las mulas para continuar la marcha.

A las seis de la mañana tomamos café para mitigar el frío. La niebla está rozando contra la tierra y a veinte metros no podemos ver absolutamente nada, ni siquiera las ramas de los árboles.

En el preciso momento en que los compañeros le sacaban el mondongo a la vaca, un compañero que fue a defecar, oyó un ruido extraño y al comprobar de qué trataba, descubrió a un soldado enemigo arrastrándose, quien buscaba cubrirse detrás de un tronco. Con serenidad se subió los pantalones, sin importarle lo demás, se hizo el que no lo había visto. Fue y dio aviso de la novedad. La neblina fue cómplice de todos, porque cubiertos por ella una escuadra enemiga alcanzó a cubrir nuestro flanco izquierdo sin que nuestro guardia los detectara; pero nosotros también nos cubrimos con ella y rápidamente nos replegamos sin ofrecer combate. El guardia que estaba por la ruta de repliegue le informó a Carlos que por allí no había novedad y de inmediato iniciamos el repliegue. Como el camino por donde íbamos estaba muy estrecho y tapado por arboles viejos que habían caído, las bestias se convirtieron en un estorbo, rápidamente les quitamos los aperos y las abandonamos.

A las cuatro de la tarde llegamos a Olla Ciega, lugar donde guardamos los equipos, antes de partir para Simacota. Antes de llegar al rancho donde habíamos acampado, se hizo una

amplia exploración para comprobar la presencia del enemigo. Según los exploradores todo está normal. Se colocan tres guardias dobles cubriendo las tres vías de acceso al lugar, una por donde llegamos, otra por el camino que tomamos cuando fuimos a Simacota y la otra por donde continuaríamos para subir a la Cordillera de los Cobardes.

La radio hablaba sin cesar de la toma de Simacota, casi todas las noticias decían que en ese pueblo habían entrado 500 hombres armados hasta los dientes. Todas las cadenas radiales leyeron El Manifiesto entregado a los pobladores. Escuchando las noticias conocimos que el verdadero nombre de Carlos era Fabio Vásquez Castaño, y que antes de ser guerrillero había sido empleado de un banco en Pereira. Según la radio, el papá de Carlos había sido asesinado en la violencia por un grupo de “pájaros”. De igual manera se habla de su hermano menor, que es un abogado y dirigente de una organización estudiantil; que Andrés se llama Víctor Medina Morón y es ingeniero, el gobierno lo acusa de terrorismo por haber colocado una bomba en el instituto Colombo-Americano.

Las noticias insisten que en nuestras filas se encuentran instructores cubanos y que todo nuestro armamento es Soviético, que desde allí nos llegan los dólares por millones y se especula que hasta El Che Guevara anda con nosotros.

—Estos jijueputas no saben que tanta mierda inventar —dijo Silverio, comentando con disgusto una de esas noticias.

Las noticias no paran, dicen que Mariela fue quien comandó la acción y ordenó la muerte de los policías, y que su nombre verdadero es Paula Gonzales Rojas.

Las Fuerzas Armadas del gobierno, por su parte, anuncian un operativo de exterminio contra el naciente ELN. En alocución el presidente Guillermo León Valencia le pidió a la sociedad tener confianza ante lo que él llamó un nuevo brote de bandolerismo.

Un obispo enfurecido criticaba a un sacerdote llamado Camilo Torres, porque a más de promover manifestaciones de protestas contra el gobierno, cuestionaba a la iglesia por estar del lado de los poderosos.

En la noche, después de la comida, Carlos nos convocó a una reunión.

—De la semana pasada a hoy la situación ha cambiado mucho. Hoy somos una organización conocida por el enemigo, y su objetivo será destruirnos. La toma de Simacota ha sido un triunfo contundente, pero también una prueba para nosotros, una prueba que aún no hemos pasado. Es como el que comienza un camino y cuya meta está muy lejos. En medio del combate quedó regada la sangre de nuestro inolvidable hermano Parmenio y esa sangre junto a la de muchos otros, que tendrán o tendremos que quedar en el camino de la revolución, será la muestra de los costos de la guerra que estamos empezando. Parmenio se quedó entre nosotros para siempre y le conferimos el grado póstumo de Capitán. Para terminar, —dijo Carlos—Andrés quiere compartir con nosotros unas palabras, entonces el compañero tiene la palabra.

—Compañeros, ese sacrificio y ese tiempo que invertimos para capacitarnos, que inclusive impacientó a varios compañeros, ha empezado a dar frutos importantes. Hemos pasado muy bien nuestra primera prueba de fuego y estamos sobre la senda de la revolución colombiana. Hemos dado al país la noticia de que estamos aquí para jugar la vida por el destino de los humildes de este país. Simacota pasará a la historia como el arranque de una nueva y justa causa.

Cuando las palabras de nuestros superiores terminaron, todos siguieron con sus anécdotas. La que me pareció mas buena fue la que comentó Segundo:

—Cuando llegué a la cárcel di la orden que abrieran la puerta, pero primero les dije que los pobres no podían estar encadenados por nuestros enemigos. Cuando la puerta se abrió encontré como a cinco o seis presos todos asustados, les dije que la cárcel era para los delincuentes y que los principales eran los del gobierno y ellos se podían ir, pero ninguno de ellos quiso aceptar mi propuesta argumentando que sus penas eran cortas y que además si se iban los volverían a capturar y sería peor la cosa. Por si las moscas —agregó Segundo—, les dejé la puerta abierta y me despedí de ellos.

Cuando regresé a la plaza, un borracho que me encontré gritó a voz en cuello:

—Viva el partido comunista!

— Yo no soy comunista, —le dije.

Entonces el tipo gritó:

—Viva el partido liberal!

—Yo no soy liberal.

Entonces con entonación de político volvió gritar:

—Viva el gran partido conservador!

—Amigo yo tampoco soy conservador.

—Entonces perdóneme mi mayor, —dijo el borracho con cara asustadiza.

Yo seguí caminando y cuando mire para atrás vi como una señora, metía rápido al tipo para una casa.

Rovira sin dar espera a que el ambiente de picardía y alegría terminara explicó con lujo de detalles, lo que le había ocurrido cuando le disparó, cerca a la Caja Agraria, al sargento de la policía:

—Resulta que el José dijo llegando a Simacota que echándole un poquito de pólvora barragán sobre la pólvora normal del cartucho, el tiro saldría con más fuerza, entonces, yo le eché una tapada de pólvora al primer cartucho que iba a disparar. Cuando el compañero Carlos me ordenó dispararle al policía yo le tendí la escopeta y apreté el gatillo, pero el humo me tapó la visibilidad y en ese preciso momento sentí un golpe atronador sobre mi cabeza, entonces pensé que no le había pegado al policía, y en cambio él me había disparado a la cabeza. Intenté correr, todo esto ocurría en segundos. Cuando me toqué la cabeza y vi la sangre, me di cuenta que no tenía la escopeta. —Al paso que Rovira contaba, nosotros lo seguíamos a las carcajadas—, cuando el humo me dejó ver lo comprendí todo, mi escopeta estaba en la calle partida en dos pedazos, el tiro seguramente tenía demasiada pólvora y por eso me había desbaratado la escopeta. Carlos me gritó que desarmara al policía que, a 10 metros adelante, estaba caído boca abajo.

Policarpo contó con amargura lo que sufrió tratando de meter a la recámara de su fusil siete milímetros un cartucho de fusil 30.06, explicable porque los fusiles son muy parecidos y los cartuchos también.

—Yo tenía las cartucheras de un punto 30 y en el momento en que llegó el ejercito el compañero Carlos me ordenó hacer parte del comando bajo las órdenes de Alberto; salí mas contento que marrano estrenando lazo, pero cuando disparé los tiros que llevaba el fusil y fui a cambiar, ahí fue troya. Los tiros no entraban en la recámara y yo me desesperé, pues mientras mis compañeros disparaban y avanzaban yo como un buen güebón no acataba que hacer. Entonces, Alberto me gritó que qué me pasaba, y mientras le daba la explicación, el combate terminó y los otros compañeros le habían recuperado dos fusiles a los soldados, y el tercer soldado de los que se habían atrincherado salió corriendo abandonando a los suyos. Sólo después, y porque Delio me lo explicó, pude comprender que al fusil 7 milímetros no le entran los cartuchos de punto treinta.

Cada uno dice lo que hizo y lo que pensó hacer, unos lo hacen con prudencia, pero otros no ocultan sus ganas por sobresalir con su aventura personal. Todos nos sentíamos parte de una historia nunca antes imaginada.

El 9 de enero los helicópteros enemigos se acercan a la Cordillera de los Cobardes, por donde vamos caminando, pero la neblina es tan sólida que los hace regresar. Con el sudor atrapado entre las ropas seguimos trepando la cuesta hasta alcanzar su parte más alta a las 12 del día. Como las cantimploras estaban sin una gota de agua, no paramos para descansar, y seguimos caminando hasta encontrar el agua.

Antes de oscurecer llegamos cerca de Pénjamo, la finca del compañero Libardo, allí estaba su señora y los dos niños.

—Vamos a descansar un poco acá —dijo Carlos—, pero es necesario elevar las medidas de seguridad.

Al día siguiente en la mañana Abelardo le dijo a Carlos, que Miguel, quien debía amanecer en la guardia, no aparecía. Carlos, de inmediato, ordenó su búsqueda, pero todo indicaba que se había desertado. Ese mismo día cambiamos de campamento y nos fuimos a un pequeño descubierto llamado La Fiesta. Desde allí salieron Juan y Segundo a perseguir al desertor, con tan mala suerte, que éste ya venía en nuestra búsqueda y en un camino cerca de El Carmen los dos compañeros son detenidos por una patrulla, al ser delatados por el traidor Miguel.

La radio anuncia su captura señalándolos como los responsables de la muerte de los soldados del Batallón Galán que habían llegado como refuerzo a Simacota. Un tribunal militar los condenó a 24 años de prisión, por asociación para delinquir, y fueron conducidos a la isla Gorgona, en el Pacífico.

De La Fiesta salieron seis compañeros a explorar la región del Cerro de los Andes y al comprobar que la seguridad estaba bien, hacia allá nos trasladamos a finales de enero.

Mientras estuvimos en La Fiesta, los caminos que conducían a Pénjamo permanecieron emboscados por nosotros, previendo que Miguel, el desertor, pudiera venir con el ejercito.

La radio seguía hablando de nosotros. Ahora la noticia era Papayal, un pueblecito a las orillas del río Magdalena, cerca a Barracabermeja. Según los noticieros, los mismos guerrilleros que el 7 de enero atacaron en Simacota, ahora lo hacían en las proximidades del más importante puerto petrolero del país.

La senadora María Elena de Crovo junto con una comisión de la Cámara de Representantes ofreció al gobierno sus oficios para mediar en la solución del conflicto armado, que parecía extenderse por todo el país.

En el Cerro de los Andes la población nos saludó jubilosa, éramos su pequeño ejército de vencedores.

En el mes de febrero, luego de varias incorporaciones, llegamos casi al medio centenar de guerrilleros, esto nos permitió recorrer toda el área en pequeñas comisiones. Luego de un tiempo nos volvimos a concentrar en un campamento muy cerca del Río Sucio.

Un día temprano, estando aún formados todos en el patio de armas, Carlos informó que nos distribuiríamos en tres comisiones de la siguiente manera:

La primera, al mando de Andrés, con 25 compañeros. La segunda, al mando de Alberto, con 15 compañeros. Y la tercera bajo la dirección de Carlos. Además de esta distribución salieron de la guerrilla Rovira y Mario Hernández, a lo que se llamó una misión especial.

Ese mismo día empezaron las despedidas. La tristeza que sentí no la pude ocultar ante mis compañeros, sabía que continuarían los combates. Si yo caigo sería lo mejor —pensaba para mis adentros—, porque así no soportaría lo mismo que he sentido en este tiempo por la muerte de Parmenio.

La primera comisión que salió fue la de Alberto, aunque era un secreto el lugar a donde se dirigía, logré enterarme que marchaban para la región de San Vicente, entonces mandé, con los compañeros, muchos recuerdos a mis padres y hermanos.

Al otro día desertaron de allí dos nuevos incorporados, Esteban Ríos y Florencio Amaya. Esteban se llevó el revólver con el que se había incorporado y Lorenzo se fue desarmado.

—Cambiamos de campamento inmediatamente —dijo Carlos—, porque lo más seguro es que estos desertores al ser capturados por el enemigo se vienen con ellos hasta acá .

Una semana después, Esteban fue capturado por la comisión de Alberto en la región de La Colorada, cerca a San Vicente y fue trasladado al campamento donde nos encontrábamos.

Por la noche le prestamos guardia para evitar que se fugara. Al día siguiente temprano se reunieron Carlos y Andrés y pronto nos convocaron a una reunión.

—Estamos ante la captura de un desertor que debe ser procesado conforme al código guerrillero. Actuaremos de la siguiente manera: El Estado Mayor nombrará un acusador o fiscal, un defensor y un jurado calificador del proceso quien dará el veredicto.

Terminando de decir esto, Carlos le dio la palabra a Andrés, quien nombró a Joaquín como defensor, a Saúl como fiscal y a cuatro compañeros como jurado.

Reunidos todos y en presencia del acusado, Saúl dijo:

—El acusado Esteban Ríos al desertar violó las leyes de la revolución cometiendo el delito de traición a nuestra organización y al pueblo, además cuando se le pidió rendición en su captura disparó en varias ocasiones un revólver con el que hirió en una pierna a uno de los compañeros que le solicitaban se entregara. Esteban se entregó al comando, cuando agotó sus municiones. Por estos delitos debe ser juzgado de acuerdo a nuestro código revolucionario.

Joaquín se paró de donde estaba sentado y se colocó frente a nosotros, estaba nervioso, se pasó la mano por la barbilla como si tratara de limpiarse algo y mirando por encima de nuestras cabezas inició la defensa:

—Compañeros, estos casos nos resultan demasiado dolorosos. Se trata, por supuesto, de una acción incorrecta de un compañero, que por sus debilidades en el compromiso se deserta y

luego actúa contra los compañeros cuando lo van a detener, son situaciones en las que necesitamos mucha serenidad y reflexión, por eso planteo al jurado que en aras de esa reflexión serena se le conmute la pena al compañero Esteban y se haga una excepción en la aplicación del código del guerrillero. Considero, según mi análisis, que mi defendido debe tener otra oportunidad, lo cual dejo a consideración de los compañeros del jurado.

Luego que terminó la intervención del defensor, el jurado pidió permiso para retirarse mientras tomaban la decisión final; entonces Carlos mandó levantar la sesión.

Mi cabeza navegaba por las páginas del código guerrillero que había leído entre los ires y venires, y mientras recordaba sus drásticas y frías normas, llamaron de nuevo a la reunión porque el jurado ya tenía la decisión. Los rostros de todos reflejaban ese color gris, casi transparente, era una especie de nerviosismo que se mezclaba con la preocupación y la angustia. Era inevitable, las cosas tenían un curso dramático.

El coordinador del jurado se puso de pie, y leyó las conclusiones sobre la decisión:

—Este jurado, respondiendo a la confianza y responsabilidad otorgada por todos los compañeros, en particular por el Estado Mayor, considera que el acusado Esteban Ríos ha cometido el delito la traición, con el agravante de haber herido a un compañero en el momento en que este se acercó a él, luego que los disparos ya habían terminado y Esteban les había dicho que se entregaba. Nuestro código es muy preciso en estos casos, ante lo cual el jurado por unanimidad ha considerado que el acusado debe ser condenado a la pena máxima, el fusilamiento.

Cuando el coordinador del jurado se volvió a sentar, Carlos le preguntó a Esteban si tenía algo para agregar o preguntar, este respondió que no tenía nada que decir. Enseguida bajó su cabeza y empezó a llorar. Dos compañeros lo retiraron, le amarraron las manos atrás y lo sentaron en una hamaca en la que había permanecido desde el día anterior

Esteban Ríos fue fusilado ese mismo día en las horas de la tarde, en medio de la consternación de todos, pero con la convicción de que en estos casos no podía ser de otra manera.

Al día siguiente temprano, abandonamos el campamento con destino a las áreas definidas por el Estado Mayor.

Yo hacía parte de la comisión en la que iba Carlos, allí también iba Mariela y un hermano de Alberto recién incorporado. Nuestro destino fue la vereda Los Aljibes, a donde llegamos haciendo marchas nocturnas para que la población no se percatara de nuestra presencia.

Instalados en un rancho abandonado Carlos empezó a llamar a los responsables de las redes urbanas de Barrancabermeja, San Vicente, Bucaramanga y Bogotá. Allí conocí muchos compañeros urbanos, con quienes hice muy buena amistad, pero nunca supe donde trabajaban, porque de eso no se hablaba ni se averiguaba.

Un día Carlos nos reunió para informarnos que dos de los compañeros que habían venido por esos días, hacían parte de una nueva organización guerrillera llamada Ejército Popular de Liberación, que habían venido a vernos motivados por la acción de Simacota. También nos comentó que les había entregado en solidaridad un revolver 38 y 10 mil pesos.

Una tarde, luego de una reunión en la que se le daba instrucción a un grupo de cinco campesinos organizados en un grupo de "guerrilleros de la noche", un enlace campesino que venía de San Vicente, llegó afanado y en forma imprudente le informó a Carlos en presencia de todos los presentes:

—Permiso compañero Carlos para informarle que ayer en el puente de las cruces en San Vicente el compañero Pedro Vargas le disparo cuatro tiros al sapo Florencio Amaya y este quedó mal herido.

—Ese tipo de informes se dan en privado —le reprochó Carlos y lo miró con disgusto—, porque no todo mundo necesita conocer los detalles de esas cosas.

Enseguida se retiró con el hombre de la razón y nosotros comentamos con alegría la acción de justicia contra el traidor que ya había delatado a un buen número de colaboradores.

Una noche, pocos días después de este incidente, un campesino amigo, vino a informarnos que el ejercito estaba cercando el área, Carlos estaba enfermo y dos compañeros más también estaban indispuestos, sin embargo marchamos a esas horas de la noche. Tres exploradores enviados por Carlos para salirnos del cerco llegaron con la noticia que el área estaba copada por el enemigo, entonces decidimos quedarnos allí en un rastrojo que no tenía más de una hectárea, en medio de unos potreros. Allí nos quedamos dentro del Cerco, decididos a romperlo una vez fuéramos descubiertos. El ejercito paso muy cerca de nosotros, pero no fuimos descubiertos. Los días más difíciles los pasé en una trinchera al lado de un muchacho de la ciudad, que estaba desarmado. Mi arma era un revolver, mi misión era dispararle al soldado que me descubriera, cuando estuviera tan cerca, que garantizara darlo de baja y salir corriendo cuidando de llevarme el compañero urbano. Los 3 días que estuvimos allí se me hicieron años pero siempre me dio fuerza el recuerdo de Parmenio, a quien escuchaba de manera nítida a cada instante:

—Pa ´lante cuñao.

Uno de mis compañeros tenía la misión de echar gasolina a los equipos una vez sonaran los primeros disparos. Allí todos hablábamos en susurro y lo estrictamente necesario, la tensión era tal que hasta el vuelo de un pájaro nos ponía los pelos de punta. Afortunadamente el enemigo se fue alejando, con la idea de que por algún lado nos habíamos escapado.

Los tres días que siguieron fueron de exploraciones hasta comprobar que todas las patrullas se habían retirado. El último día del operativo, escuchamos un tiroteo lejos de nosotros y en dirección a El Carmen que estaba distante unos 5 kilómetros por elevación.

—Oigan —dijo Carlos, para que le prestáramos atención al tiroteo—. Hacia allá no hay compañeros, debe ser una confusión entre el mismo ejercito.

Al día siguiente un enlace trajo la razón de que los tres caciques de El Carmen que encabezaban la política conservadora, habían hecho fiesta porque les informaron que la guerrilla había sido aniquilada en el cerco del ejército y que el tiroteo de la noche anterior, era la pólvora celebrando la victoria.

Los conservadores de El Cármen pensaban que nosotros éramos una guerrilla de liberales y que la pelea era contra ellos, por eso actuaban como enemigos nuestros.

Cuando el operativo terminó, nos reinstalamos en la zona y siguieron llegando compañeros urbanos, también regresaron Rovira y Mario Hernández.

—Voy para lejos —me dijo Mario en forma confidente, mientras nos dábamos un baño—. ¿Recuerdas la toma de Papayal?

—Si me recuerdo.

—Bueno voy para allá, vamos a fundar otro frente guerrillero, no le cuentes a Carlos que yo te dije esto.

—Tranquilo, nadie lo sabrá.

Pocos días después Rovira y Mario partieron.

Un día las noticias dijeron con estruendo que una emboscada en el sitio conocido como Cruz de Mayo, cerca de Barrancabermeja, había dejado varios soldados muertos y otros heridos, también se hablaba de varios guerrilleros muertos. La radio siguió difundiendo la noticia y rápido la precisó; los soldados muertos según la radio eran cuatro y cuatro más estaban heridos, además se dio el nombre de un guerrillero muerto a quien identificaban como Hernán Moreno Sánchez.

—Ese es Pedro David, —nos dijo Carlos unos días después.

Una úlcera minaba la salud de Carlos, y muy seguido lo tiraba a la cama. Vivía con náuseas permanentes y un apetito casi nulo.

De San Vicente llegó una razón que el ejército sabía donde estábamos y nos iba a golpear. Salimos entonces de la casa donde estábamos y nos metimos en un montecito cercano. Ese día, mi hermana Beatriz, de 14 años, y mi hermano Alvaro estaban visitándonos, a la hora del almuerzo se complicaron las cosas, pues una patrulla rodeó la casa mas próxima a nosotros y cuando mis dos hermanos regresaban llevando las vasijas en las que habíamos almorzado, chocaron con el ejército. Beatriz fue detenida, mi hermano Pedro se escapó y nos puso al tanto de la novedad.

.....
Pedro – Alvaro?
.....

—¡La tropa! —gritó el pobre cuando pasó junto a nosotros.

De inmediato nos pusimos en marcha, íbamos despacio por seguridad y porque con nosotros marchaban tres compañeros urbanos que caminaban muy lento. Allí iba el compañero Germán un hombre joven, muy cariñoso con todos, de gafas con gruesos lentes, delgado, alto y muy parecido a Carlos, la gente especulaba que eran hermanos pero no preguntábamos nada.

Luego que cruzamos la carretera que va de San Vicente a El Cármen, dejamos a un lado el operativo enemigo y Carlos continuó con la tarea de conversar con compañeros urbanos.

Cerca de una vereda llamada Loma de Tunja, a media hora de la carretera, llegó una tarde un hombre blanco, robusto, muy amistoso y de acento bogotano, toda la tarde estuvo hablando con Carlos y Germán, hasta la madrugada del día siguiente. A eso de las 7 de la mañana antes de despedirse se acercó a nosotros y envolviéndonos con una mirada familiar nos dijo:

—Compañeros, me produce una alegría inmensa, verlos a todos. La lucha que libramos es indestructible porque representa a un pueblo decidido a todo, ustedes son dignos representantes de él. Quiero decirles que somos uno solo y pronto estaré con ustedes, por ahora voy a otro lugar pero en la misma lucha.

Carlos le hizo una seña indicándole que agilizara y el compañero nos fue abrazando a uno por uno para despedirse.

Mariela en confidencia me contó que ese compañero era un cura y que se llamaba Camilo Torres.

—¿Del que hablan las noticias? —le repuse a Mariela.

—El mismo.

—Pero no tenía sotana.

—Es que se la quitó para que el enemigo no lo conozca y no se de cuenta que viene a hablar con el ELN.

—Entiendo, —le dije satisfecho con la explicación.

Mi hermano Pedro estaba pensativo y me comentó que le daba duro la nueva vida, yo le decía que me había pasado lo mismo al comienzo y que poco a poco uno se acostumbraba, y que si se iba para la casa se lo llevan para la cárcel como a Beatriz. El estaba muy preocupado por la ruina en que estaba la familia, agravada por la enfermedad de mi papá y las amenazas que le hacía el ejército, pues lo señalaba como el encabezador de la guerrilla del ELN.

—¿Dónde está Pedro Gordillo? — me preguntó mi hermano.

Yo hice fuerza para no llorar, pero las lágrimas me rodaron como granos de maíz.

—¿Verdad que lo mató el ejército en Simacota?

—No, —le respondí— él está en una comisión por los lados de Barranca. —Entonces, ¿usted porque llora?

—Porque ambos nos hacemos falta y ahora no podemos estar cerca.

—Ese cuento no se lo come nadie, la gente dice que él está muerto, que lo mataron los policías en el combate. Pobrecita doña Teófila, no hace si no llorar y prenderle velas a los santos por el alma de Pedrito o para que regrese pronto. Dice que usted y Carlos son los culpables de que Pedro se haya ido de la casa y que seguramente cuando Jesús esté mas grandecito también se va p'al monte.

—¿Qué dicen en la casa de mí? —le pregunte a mi hermano.

—De eso no se habla, mi mamá nos tiene muy advertidos y todos estamos de acuerdo para decir que usted está en Bucaramanga estudiando y que vive donde mi tía Tránsito. La que mas pregunta es Fanny, la maestra. Un día me dijo:

—¿Es cierto que Nicolacito se fue para el monte?

—Yo le dije, en el monte estamos todos o es que usted le tiene otro nombre a lo que hay por aquí. Nunca más me volvió a preguntar.

—¿Qué le tocó hacer a usted en Simacota? ¿Mató algún policía?

—No, no he matado a nadie, es mejor no hablar de esas cosas.

En los tres días siguientes que pasamos allí, Germán empezó a darnos clases de historia y geografía.

—Vamos a organizarnos mejor, cada compañero debe tener cuaderno y lápiz para practicar escritura, más adelante en otras condiciones, los que saben leer deben cargar un libro, nosotros tenemos que estudiar y aprender todos los días, algo nuevo, sólo así podremos decir que nos estamos superando, —nos decía Germán para animarnos.

Un día temprano, empezamos una marcha, que nos llevó de nuevo a Pénjamo, la finquita donde descansamos después de Simacota, allí me enteré por la confidencia de

un compañero, que el punto de reunión era el Cerro de los Andes, pero que a raíz de la operación del ejército por esa zona, nos tocaba concentrarnos por este lado.

Pronto nos fuimos de Pénjamo. Un día yo estaba en la guardia, y como la constante niebla cubría durante largo rato el camino que vigilábamos, teníamos la instrucción de caminar un trecho para sí coincidía que mientras el camino estaba nublado y alguien en ese momento llegaba, no pasara inadvertido. Justo en mi turno el camino se nubló, yo no cumplí la orden porque valoré que nadie entraría, con tan mala suerte que se metió el cura de El Carmen que andaba de paseo con una amante que tenía. Cuando yo escuche el rechinar de los cascos de las bestias, ya el cura y su novia estaban casi detrás de mí, entonces entendí mi error y eché a correr desesperado. Como la niebla era espesa me pasé por un lado de los intrusos sin que se percataran y alcancé a dar aviso a mis compañeros:

—Viene gente, —les grite afanado, pero no les expliqué que ya estaban cerca.

Los compañeros reaccionaron, pero uno de ellos alcanzó a ser visto por el sacerdote de quien teníamos muy malos informes.

—¿Quién era el tipo con escopeta que estaba en el patio de la casa cuando yo llegué? —le preguntó el cura a la señora de la casa.

—Un muchacho que ha sido contratado por las fincas de por acá para matar un tigre que esta causando daño en el ganado, —respondió la señora sin darle demasiada importancia al asunto.

—Ya entiendo... y ¿dónde está?

—Se fue en el momento en que su persona llegaba.

El cura hizo un ademán de satisfacción con la cabeza y cambió de conversación.

Yo desde mi escondite rumiaba mi error, sabía perfectamente su gravedad. Cuando el inoportuno sacerdote se fue, todos salimos de nuestros escondites.

—Nos vamos inmediatamente —dijo Carlos—, ese tipo pudo sospechar y nos puede llegar el ejército.

Tomamos un camino casi olvidado y nos fuimos para mas adentro; 40 minutos después llegamos a un rancho abandonado llamado La Moral.

—Que doblehijuputa moral puede ser esto, más bien parece la cagalera del mundo —comentó Guillermo, el hermano de Mariela.

El lugar era desagradable pero pronto lo fuimos organizando.

—Aquí va a pagar Usted la sanción por su descuido, —me advirtió Carlos dos horas después de haber llegado.

—Lo esperaba —le respondí.

Por la noche Carlos analizó mi error, planteó lo que podía acarrear si el cura no se comía el cuento que le echó la señora y le informaba al ejército. Mi sanción fue cocinar indefinidamente y de acuerdo a como fuera mi conducta me rebajaban tiempo. A los 19 días terminé mi sanción con un Balance de buena conducta.

A La Moral, mientras yo cocinaba, llegó un doctor, al que llamaron Hernando, nos examinó a todos y se quedó con nosotros. Se comentaba que era también filósofo.

Durante tres noches nos dio una extensa charla sobre lo que ocurría en todo el país, su voz y acento eran severos, se veía de carácter recio y de pocas palabras.

—Colombia vive una de sus peores crisis, el pueblo ha entendido que debe organizarse y lo está haciendo en el más grande movimiento popular: El Frente unido, es tan abrumadora la acogida del movimiento que se ha desbordado la capacidad de los dirigentes que están al frente de esa tarea. Camilo Torres, después de Gaitán, ha vuelto a llenar las plazas públicas y en cada lugar va quedando la llama de la revolución. Este ejército que estamos construyendo debe desarrollar sus batallas al lado de esas masas que solo esperan que se las convoque y se les dé la instrucción para el combate. Camilo Torres es el más grande líder popular de estos tiempos.

Mientras Hernando seguía hablando, yo recordaba el físico de aquel hombre que me abrazó junto a la carretera que va de San Vicente a El Carmen, y que duró hablando toda la noche con Germán y Carlos.

Hoy es domingo, hace un año estaba en El progreso despidiéndome de mi familia, ya hoy sé lo que es la lucha pero falta demasiado para pensar que sea lo suficiente. La sanción me ha dolido mucho, no por el trabajo sino porque puse en riesgo a los compañeros, me tengo que reivindicar y sólo lo alcanzaré con un gran esfuerzo. Lo de Parmenio es lo peor que me ha podido pasar, pues no estaba preparado para eso, en todo caso el que cae en la lucha ha cumplido su tarea y los que estamos vivos no tenemos otro destino que el de seguir su ejemplo. Ahora, con mi hermano menor incorporado tengo el propósito de ayudarlo, pero siendo claro que cada uno es responsable de sus actividades y su conducta.

Al estudio compañeros, —llamó Germán en tono de maestro.

Mi cabeza se puso ahora en función de esto, todos nos apretujamos en los pocos lugares que había y cuando estábamos a su alrededor dijo:

—Hoy domingo 4 de Julio, se cumple un año de haber iniciado la primera marcha guerrillera el ELN, esta joven organización ha logrado abrir un camino revolucionario y aunque apenas comenzamos hemos producido un gran impacto en la vida política de nuestro país, ustedes también van siendo veteranos, y en mejores condiciones como guerrilleros que los últimos que nos incorporamos.

Cuando Germán terminó de pronunciar la última palabra, dejó notar una sonrisa casi imperceptible, tal vez porque era consciente que era más veterano que nosotros, yo lo sabía porque un día Hernando —el médico— nos comentó que Germán había ocupado un alto cargo en la organización de los universitarios y que mientras varios compañeros se dedicaban a entrenarse en Cuba, él cumplía tareas clandestinas para dar inicio a lo que luego le daría vida al ELN, la voz de Germán volvía a cerrar mis pensamientos.

—Hoy nos acompaña, el recuerdo inolvidable de Parmenio, de cuyo ejemplo todos tenemos mucho que aprender. Junto a Parmenio se nos fue Pedro David el hombre de muchas batallas, él cayó en la acción de Cruz de Mayo.

Por primera vez nos informaban esta novedad, aunque de manera informal los rumores lo decían.

—Pedro David era un hombre con una basta historia de lucha, que no alcanzamos a recoger de manera plena. Vale la pena decir aquí un fragmento de la segunda

declaración de la Habana, AHORA EN TODO CASO LOS QUE MUERAN, MORIRÁN COMO LOS DE CUBA, LOS DE PLAYA GIRÓN, MORIRAN POR SU ÚNICA, VERDADERA E IRRENUNCIABLE INDEPENDENCIA.

A eso de las 11 de la mañana, Germán mando formar el personal en un pequeño patio de armas. En dos escuadras formamos los 29 guerrilleros que allí estábamos y una vez alineados y numerados Germán se puso frente a Carlos y en posición firme le dijo:

—Compañero, el personal esta a su disposición, permiso para incorporarme.

— Incorpórese compañero, —le respondió Carlos, que de inmediato nos dio la orden de a discreción.

—Compañeros, —dijo Carlos— vamos a tomar unas fotos, para recoger imágenes de todos en este día tan importante para la organización.

—Compañero Joaquín puede empezar.

Joaquín disparó en varias ocasiones una pequeña cámara fotográfica mientras nos colocábamos en las distintas posiciones en la formación.

A mitad de Julio llegó Andrés con los compañeros que combatieron en Cruz de Mayo, así fue la historia:

El ejército patrullaba en carro por la carretera que de Barranca conduce a Yarima y de allí a la bodega de La Ye de Río Fuego. Los compañeros planearon entonces una emboscada y para ello fingieron que una comisión guerrillera estaba bajando la guardia dejándose ver de todo el mundo y sin medidas de seguridad; con ese plan se emboscó el grueso de los compañeros sin que nadie lo advirtiera y Pedro David con Ramiro (un compañero recientemente incorporado) tomaron la carretera y entraron a la hacienda Las Cailas de propiedad de un hombre mas amigo del ejército que de la guerrilla, ellos entraron a la finca, sustrajeron una escopeta calibre 12 y una carabina calibre 22, seguidamente hablaron con el mayordomo y le dijeron que ellos pertenecían al ELN y que fuera a decirle al dueño que fuera a la finca que allí lo esperarían; el mayordomo montó en un caballo y fue a Yarima para poner en aviso al propietario de la hacienda. El afectado dio enseguida aviso al ejército y una escuadra de soldados se puso en marcha hacia Las Caila

Cuando el mayordomo salió de la hacienda, Pedro David y Ramiro, buscaron algo de comer pero no encontraron nada, el estómago les reclamaba algún comestible porque habían caminado cuatro horas y siendo las nueve de la mañana estaban sin desayuno y la tarde anterior la habían pasado solo con unos cuantos tragos de agua de panela. Cuando abrieron la nevera vieron cerveza y dos botellas de vino y cometieron la locura de tomarse las cervezas; ellos decía ahora Ramiro, no calcularon que con el hambre, la sed y la debilidad que tenían, esas cervezas les fueran a hacer tanto daño.

Cuando tomamos la carretera sentía que la cabeza se me reventaba. Eran las nueve de la mañana y el sol rompía las piedras, Pedro David me dijo que nos metiéramos en un caño, porque así disminuía la borrachera pero de nada nos valió y si causó mas extrañeza a los campesinos que se nos retiraban cuando nos veían pasar, no vamos a alcanzar a llegar a Cruz de Mayo le dije y él empezó a desesperarse, entramos a una casa a orilla de carretera, solicitamos un caballo pero el único que había estaba enfermo por lo que el dueño se negó a prestarlo.

Serían las 11 de la mañana cuando dando botes, embarrados, mojados y sin un aliento, divisamos la curva de Cruz de Mayo, las piernas ya no me responden me dijo Pedro y yo que estaba igual le respondí que en diez minutos llegábamos.

La suerte estaba contra nosotros, en el preciso momento que llegábamos al lugar de la emboscada llegó una camioneta Power llena de soldados, era la tropa que venía en nuestra búsqueda, yo alcancé a tirarme a un lado de la carretera, pero Pedro David no lo pudo lograr y desde la mitad de la carretera le disparaba a la camioneta con la escopeta calibre 12 que habíamos recuperado en la hacienda.

El combate se había generalizado y todo cambió me comentó en otra ocasión Delio que vivió así los acontecimientos: Por la noche a eso de las 12 o 1 de la madrugada colocamos dos bombas con de a tres kilos de dinamita que era lo único que teníamos, las pusimos en el barranco de la carretera a unos 10 o 15 metros de distancia por si el carro pasaba rápido y no le dábamos con la primera entonces caía en la segunda; a las 4 y 30 de la mañana nos emboscamos antes que los campesinos empezaran a caminar por la carretera,

A las tres de la madrugada fue Pedro David con Ramiro a hacer la provocación en la hacienda.

En la emboscada nos dividimos en cinco comandos; uno al mando de Leonardo encargado de la protección y de serrar la emboscada, Yo estaba con seis compañeros encargado de la recuperación de armamento y de centro en la emboscada, yo tenía que accionar las bombas, Andrés era el mando general del grupo, Libardo estaba encargado con cuatro compañeros de sacar los muertos o heridos que pudiéramos tener y Pedro David que además de lo de la provocación debía abrir fuego si las bombas fallaban además de hacer de protección por la parte contraria de la carretera.

Pero todo salió al contrario por la demora de Pedro David y Ramiro.

Cuando ellos llegaron al sitio de la emboscada, también llegó el ejército; entonces la camioneta con los soldados no alcanzó a llegar donde estaban las bombas sino que quedó al frente del grupo comandado por Leonardo; unos segundos después el combate se había generalizado y tocó empezar a variar todo.

Pedro David cayó con los primeros disparos porque de la posición de rodillas disparaba sin cubrirse desde la mitad de la carretera, Andrés se puso demasiado nervioso y no daba las órdenes para concentrar el fuego en la dirección correcta, no habían pasado cinco minutos cuando Salomón, un muchacho nuevo de incorporado que estaba junto a Leonardo, llegó llorando de miedo y le dijo a Andres, que a Leonardo lo habían matado; entonces Andres en medio del desespero, gritó la voz de repliegue; la gente se fue retirando desordenadamente porque la voz fue general y no por comandos como estaba definido. Mirando todo esto me dio rabia y me le insubordiné a Andres y le dije; usted sin comprobar las cosas sale corriendo adelante?, eso no es de un mando, amárrese los pantalones y mire lo que está haciendo, yo me voy a buscar a Leonardo y si me va bien llego a la casa de contacto por la tarde o mañana en la mañana y me devolví con Wilson y el negro Policarpo; cuando llegamos al lugar de la emboscada los disparos eran pocos, avanzamos al sitio donde estaba la posición de Leonardo y el hombre estaba caído boca abajo, y ya inconsciente, mientras nosotros cubríamos el lugar por donde estaban los pocos soldados que disparaban, Wilson atendió al herido, lo sacudió, le dio respiración artificial y Leonardo volvió a revivir; se estaba ahogando con

su misma sangre, el tiro le había entrado por debajo de la quijada, le cruzó el cuello y le salió por el homo plato derecho, con nuestra ayuda lo sacamos casi a hombro, menos mal que por lo chiquito y liviano no nos costó demasiado trabajo sacarlo; cuando nos retiramos de la emboscada fuimos a darle bebida y todo lo votaba por la herida del cuello, Wilson nos dijo que el caso era muy grave porque tenía roto el esófago o sea el conducto de la boca al estómago. Delio no ocultaba su disgusto con Andres y me repitió varias veces que un mando tenía que ser capaz de llevar y sacar sus hombres al combate para tener autoridad. Esto lo aprendí desde que presté el servicio militar.

Mientras estábamos en este campamento, las noticias no dejaban de hablar del padre Camilo Torres, se decía que estaba en una gira por todo el país llamando al pueblo a la revolución, las ciudades donde iba se convertían en escándalo por el comportamiento de la multitud que lo aclamaba como en los tiempos de Gaitán.

En Septiembre nos trasladamos de La Moral a Pénjamo en la Cordillera de los Cobardes, aquí como en La moral, es muy difícil el aprovisionamiento, prácticamente la mitad del personal se dedica a conseguir la comida donde los campesinos, que consiste en sidras, algo de plátanos pero muy pequeños por el clima tan frío, frijol verde y un poco de yucas.

En una de esas conversaciones de amigos que tantas veces sostenemos entre los mas cercanos, Camilito nos comentó a varios de los que estábamos, que Mariela estaba embarazada; algunos nos miramos sorprendidos otros lo escucharon sin sorpresa y Délio dijo con sorna, "no será que le hicieron daño los frisóles" y se echó a reír, el asunto me llamó la atención porque para este momento nadie tiene esposa en la guerrilla y los compañeros que la tienen la dejaron al frente de sus hijos al incorporarse; justo por esos mismos días, Mariela y sus dos hermanos, salieron a una comisión.

Al comienzo de Septiembre todos salimos de Pénjamo con destino al cerro de los andes. Duramos cuatro días caminando hasta que llegamos a un rancho abandonado el que convertimos en campamento; estamos ahora a 30 minutos del Río Sucio. La situación del país se sigue complicando, a Camilo Torres lo han excomulgado y expulsado de la iglesia por revolucionario, mientras la mayoría de los jefes lo critican algunos, muy pocos lo defienden y tratan de entenderlo; pero los campesinos, los obreros, los estudiantes y la gente de la izquierda, lo aclaman.

Cuando llegamos al nuevo campamento, Germán siguió dándonos estudio, por la mañana el campamento parecía una escuela de primaria, había curso de español, matemáticas, geografía y de historia de Colombia.

De mitad de Septiembre en adelante, empezó a llegar personal de la ciudad; el primero en llegar fue un muchacho alto joven de acento bogotano que se puso el seudónimo de Isidro, alguien comentó que venía de Cuba y que era experto en comunicaciones.

Antes que el mes se acabara, llegaron a nuestro campamento los de la red urbana de San Vicente.

Los primeros 20 días de Octubre, fueron de un intenso entrenamiento porque el ejército reforzó la base militar del Centenario y llegaron 100 soldados llamados la contra guerrilla, los comentarios de la población eran de que esa tropa no andaba por caminos y tenían la mejor escuela de Lanceros, que varios de ellos venían de Marquetalia de pelear con Tiro fijo.

Estamos en un terreno que conocemos muy bien, donde contamos con el apoyo de la población y aunque nuestro armamento es mucho menos potente que el del enemigo la forma de guerra que desarrollamos se ajusta a nuestras realidades, nos dijo Carlos al empezar el reentrenamiento.

Repasamos lo aprendido antes de Simacota y estudiamos un manual de modalidades militares del ejército norteamericano; este manual señaló Carlos, es la cartilla que le dan los gringos a los ejércitos de América donde han surgido movimientos guerrilleros, es el caso, continuó Carlos, de Guatemala, Venezuela y la República Dominicana, estos manuales los hacen los yanquis, recogiendo las experiencias de su guerra de agresión contra los pueblos del mundo, en especial contra el pueblo Vietnamita.

Búscate, unas lombrices y vamos a pescar al río, me dijo un día temprano Germán, por el camino al río, él mató una pava y yo curioso le pregunté, usted ha disparado muchas armas? no, apenas algunas, quizá la pava estaba de malas.

Usted se va a quedar aquí con nosotros, o se vuelve para la ciudad, Porqué me lo preguntas? Porque como varios de la ciudad vienen y se regresan; yo me quedo con ustedes por mucho tiempo, hasta que la lucha triunfe o hasta que se me acabe la vida y tu? Yo también, ha, muy bueno, eres un privilegiado, es una fortuna darle a la revolución toda la vida, tienes que estudiar mucho, yo te voy a dar un libro muy bueno que tengo y cuando lo termines de leer hablamos.

Tu porqué peleas tanto con Camilito? Porque él me jode mucho, como que te jode? Sí, me la monta y yo no me dejo; pero no será que tu también? Yo me quedé pensativo y él repuso, un día de estos nos vamos a reunir los tres, pero desde ya te digo que eso hay que superarlo, ustedes dos deben ser ejemplo para otros jovencitos que quieren luchar, no es claro que dos hermanos de lucha sientan rabia el uno y el otro, eso es contrario a nuestra condición; cuando nos podemos reunir? Yo les aviso; es bueno, yo no tengo problemas con los demás compañeros.

En la tarde regresamos al campamento con casi una arroba de pescados, doradas, doncellas, comelónes y moncholos habían sido el producto de nuestra pesca.

Luego que comimos, llamé a Camilito y le dije de lo charlado con German, los dos hicimos otro propósito para mejorar.

Hernando dio por la noche una charla de salud y solicitó tres compañeros para un curso de enfermería; yo soy uno le dije, yo otro, dijo Libardo y yo otro dijo Juvenal, un muchacho recientemente incorporado.

Hernando era muy estricto, la enseñanza era rigurosa y el curso teórico practico.

Ya terminando el mes de Octubre, todos nos llevamos una tremenda sorpresa; llegó a nuestro campamento Camilo Torres Restrepo. Su corpulento cuerpo, su alta estatura, sus ojos claros y su piel blanca, contrastaba con el físico de los compañeros que lo acompañaban, yo lo vi y de inmediato lo conocí, otros compañeros, la mayoría no sabían que se trataba del sacerdote de que tanto hablaban las noticias, uno de sus acompañantes era Gilberto Barragán, un muchacho vecino que se fue para San Vicente a buscar mejor vida pero que no le había ido bien, me sorprende que ahora esté entre nosotros por sus mañas

Pero prefiero callar por aquello de que la gente se supera.

La llegada de este sacerdote es una verdadera curiosidad, yo cada rato me pregunto sin respuesta; un cura guerrillero, un cura armado, un cura combatiendo cuando los curas son para dar misa, hacer confesiones, bautismos y decir sermones; ahora este sacerdote se mete a la guerra a hacer lo mismo que nosotros, no se pone sotana, dice palabrotas y vive como cualquier guerrillero, este jijueputa mundo ta patarriba me dijo Silberio hablando de Camilo en la guerrilla; se ve arrecho ese señor, no se queda quieto, no rechaza nada y vive pendiente de todo; ayer me preguntó si yo sabía leer y escribir y que me tocaba estudiar mucho, Silberio junto a casi todos, no entendíamos mucho el asunto quizá por ello el Estado Mayor nos dio una amplia charla en el mismo momento en que le hicimos el recibimiento a Camilo cosa que era muy poco común,

Todos reunidos sumábamos unos 40 compañeros en este campamento, los otros 15 estaban repartidos entre los que estaban con Alberto por los lados de San Vicente y los que decía Carlos que estaban con el compañero Lazo a quien muy poco conocemos.

Compañeros, esta noche contamos con la presencia del compañero ARGEMIRO, la lucha que libra nuestro pueblo y que nos tiene aquí, nos ha ido juntando a todos los revolucionarios a pesar de provenir de los más diferentes sectores de clase, y de los mas diferentes rincones de nuestra patria, por esa razón esta noche nos acompaña ARGEMIRO que aunque siendo sacerdote ha hecho causa común con los mas pobres de Colombia

El compañero ha desarrollado unas tareas muy importantes en la ciudad en cuanto a la organización del pueblo, pero para esta oligarquía eso es un delito; el compañero cometió el delito ante sus enemigos, de señalar el verdadero camino por el que las masas deben transitar, por ello el enemigo tenía planes para asesinarlo. Ahora está aquí entre nosotros para sumarle fuerzas a la revolución.

Cuando Carlos terminó continuó Andrés con la palabra.

La revolución no tiene puertas ni talanquera, se abre a todos los luchadores de este pueblo sediento de justicia, de soberanía y de cambios, por ello el compañero está entre nosotros como seguramente lo tendrán que hacer y lo hemos hecho tantos a quienes el mismo enemigo obliga a empuñar las armas ante la imposibilidad de luchar de una manera mas amplia, bien venido compañero a nuestro modesto campamento y cuente con nuestro apoyo.

Tan pronto terminó Andrés, se paró Germán y con acento pausado dijo: El silencio y las preguntas que hoy se hace el país sobre el paradero del sacerdote Camilo Torres, la tiene el ELN porque el compañero está entre nosotros, quizá hoy muy pocos sean conscientes de la trascendencia de este acontecimiento, pero nuestra mas sabia actitud es decirle al pueblo porque está aquí su mas grande dirigente, en todo caso, compañero Argemíro, cuente siempre con nuestro modesto apoyo para continuar su camino revolucionario.

Hernando le pidió permiso a Carlos que estaba al frente de este recibimiento, para hacer su intervención: Me unen a Camilo, lasos de fraternidad revolucionaria muy profundos, pienso que su decisión, ha sido no solo la mas consecuente sino además la mas madura, me constan los peligros que lo asechaban al frente del FRENTE UNIDO y habrá que encontrar la manera mas eficaz de continuar su conducción ahora, bien venido compañero y aquí esta nuestra trinchera.

Argemiro le hizo una mueca a Carlos que éste le respondió con otra indicándole que le había llegado el turno de intervenir.

Compañeros, me encuentro muy feliz de estar entre ustedes, pienso que juntos y muy cerca de nuestro pueblo, vamos a alcanzar los grandes logros que todos queremos; les traigo saludos cariñosos de todos los compañeros que están trabajando por la revolución en las ciudades, gracias a ellos he llegado hasta ustedes.

Les pido mucha comprensión y ayuda para que me soporten mis novatadas, pero junto a eso les doy mi palabra que quiero ser un buen guerrillero y tengan la certeza que no los defraudaré, tengo la seguridad que nos va a ir bien porque además de asistirnos la razón, hemos acumulado valiosas experiencias y porque junto a nuestro pueblo somos infinitamente superiores al enemigo. Empezando Noviembre llegamos a un nuevo campamento llamado "Las tapias". Es una parcela de la familia Calderón, uno de nuestros mejores apoyos en la vereda, un día llegó un señor muy gordo, alguien comentó que era dirigente del Partido Comunista Marxista Leninista estuvo tres días con nosotros y Carlos comentaba sorprendido como el hombre no reconoció a Argemiro siendo compañeros de lucha en la ciudad, quizá éstas barbas lo van cambiando a uno y que él no se espera que yo esté por aquí le dijo Argemiro a Carlos cuando lo comentaron,

Un día vi cuando Argemiro se preparaba para disparar las armas cortas que para ese momento teníamos; una pistola calibre 45, tres revólveres 38 largo y unas cuantas pistolas calibre 22. Carlos le daba la instrucción de las posiciones, de pie, de rodillas, de tendido y el disparo instintivo; no es tan fácil dar en el blanco como parece, comentó después de varios disparos, no te preocupes, es cuestión de practica, ya lo lograrás, le dijo Carlos dándole ánimo.

Antes que llegara Diciembre nos trasladamos de campamento debido a que el ejército empezó un patrullaje en la zona; nos fuimos entonces para RRANCHO MARRANO, era una pequeña parcela de un campesino de apellido Sandobál. Arjemiro y Germán estuvieron al frente en este nuevo campamento del lugar del estudio de todo el personal y allí los teníamos todos los días dándonos las clases de matemáticas, geografía, español y alfabetizando a varios compañeros, pero además del estudio con todo el personal, que era todos los días de seis y 30 de la mañana a 8, Argemiro era obsesivo con lo de su capacitación militar, lo primero que aprendió fue a manejar las armas largas y cortas que había; leyó el manual de táctica que nosotros en seis meses habíamos estudiado y entrenado, pidiéndole explicaciones de lo más importante a los compañeros que encontraba mas a mano,

Me han dicho que eres buen instructor, me dijo un día en las horas de la mañana, me vas a tener paciencia porque yo tengo mucha voluntad pero me cuesta, sé que te han designado para que me des un entrenamiento; unos minutos después, me llamó Carlos para darme la orden de darle el entrenamiento durante dos semanas vimos lo de, tipos de marchas guerrilleras, medidas de seguridad en campamento y desplazamientos, mimetismo personal y enmascaramiento de posiciones de combate, trincheras naturales y artificiales, observación diurna y nocturna y los tres tipos de emboscadas básicas, de aniquilamiento de contención y hostigamiento, la parte teórica la hacíamos en 30 minutos y el resto en hora y media.

No me des contentillo, me respondió un día que le dije que él asimilaba muy bien la enseñanza. A partir de aquel momento empezamos a ser mas amigos, eres mi maestro, me decía con picardía.

Un día le pregunté que si él creía en dios y que si el alma era inmortal, esos temas son complicados de explicar y se requiere de un tiempo que ahora no tenemos, si por ejemplo yo no coincidiera contigo en las creencias o en los conceptos religiosos, no sería un problema, en cambio hay cuestiones como las que me estas enseñando que no se pueden aplazar, lo mas importante es que esta lucha nos ha unido a todos sin importar que puedan haber diferencias en asuntos mas particulares, estoy seguro que a esta lucha llegaran otros sacerdotes y seguramente muchas mas gentes que ven en la lucha la única posibilidad de sus realizaciones.

A cual compañero le tienes mas confianza? casi a todos, pero al que mas quería era a Parmenio, a él el ejército lo mató en Simacota y duré buen tiempo en que me sentí solo porque él era mi confidente y porque prácticamente en mi incorporación él influyó mucho. Eso es terrible, repuso, pero la vida es así; la caída de cada compañero es una fuerza que nos compromete mucho mas en esta lucha porque los llevamos entre nosotros mismos; a ellos hay que hacerles un homenaje, que consiste en ir hasta donde están; la guerra es algo terrible que solo se justifica en la medida de su justeza y lo inevitable de ella, el hombre nació para vivir en paz y ese es el fin de la guerra.

Cuando terminamos el cursillo me dijo; ahora soy mejor guerrillero, puedo decir que estoy mejorando la A del abecedario, quiero contigo aprender la B; sudorosos como a las tres de la tarde me colocó su mano grande sobre mi hombro pequeño y juntos fuimos a informarle a Carlos, que la misión encomendada acababa de terminar; misión cumplida compañero, le dije desde la posición de firmes, permiso me retiro, retírese compañero me respondió Carlos, yo miré a Argemiro, él me guiñó un ojo como de agradecimiento, yo le sonreí y me retiré con prontitud en correspondencia a la disciplina militar,

Carlos sigue muy mal de su úlcera, con frecuencia hace deposiciones de sangre y le da vómito, a raíz de esto fui llamado por Hernando el médico, quien luego de motivarme me dijo, te voy a encomendar una tarea muy importante; es para que de ahora en adelante le hagas la comida a Carlos, su salud necesita cuidados.

"Debes tener mucho cuidado para que no le quede nada salado, debes evitar las grasas, los condimentos ni por la muestra, de sobremesa leche que solo se puede reemplazar por jugos de frutas pero como eso casi no hay entonces le das agua de panela hervida cuando no tome leche; le das 15 gotas de 6 copín cuando te diga que siente deseos de vomitar y tres pastillas de Droxacol al día, una media hora antes de cada comida, cualquier cambio es por que yo te lo ordene". Con estas recomendaciones de Hernando yo fui donde Géman quien me entregó dos ollas pequeñas y una fritadora de aluminio, así como dos tarros de leche, Géman era el suministro desde que nos vinimos de Pénjamo.

Por esos días comencé a hacer muy buena confianza con un compañero de nombre Otoniel quien se había incorporado hacía poco tiempo.

Llegó Diciembre y empezó el verano, German mandó conseguir un cerdo grande y tres gallinas y Abelardo fue a cacería y mató un Tinajo; con esa carne, los demás comestibles y aliños el mismo German se puso al frente de la hechura de los tamales,

los compañeros de la red de San Vicente enviaron vino y galletas con lo cual celebramos la Navidad.

Una de esas tardes de Diciembre El compañero Argemiro nos reunió a todos y nos dijo, "compañeros, ustedes han estado escuchando por las noticias, que mucha gente se está preguntando por mi paradero. Yo desaparecí de la vida política cuando me incorporé a la guerrilla, de esto ya hace casi dos meses y con los compañeros del Estado Mayor hemos visto que es el momento de informar que yo estoy en el seno del EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL.

En estos dos meses entre ustedes he vivido los días más interesantes de mi vida, he reafirmado mi compromiso en la defensa de los intereses de los mas pobres y con su ayuda estoy aprendiendo a ser un guerrillero para poder ser mejor revolucionario.

Es necesario que le comuniquemos al mundo revolucionario que vive palpitando con los acontecimientos, que yo estoy aquí con ustedes porque los verdaderos revolucionarios no tenemos otro camino que el de empuñar las armas para continuar la lucha.

Entonces vamos a hacer un documento entre todos, yo tomo las notas con sus ideas y al final volvemos a mirarlas."

Esa noche duramos hablando del tema cerca de una hora, a la luz de una vela Argemiro tomaba las notas de lo que cada uno decía y al final comento; con estas ideas yo redacto y mañana miramos como les parece.

El viernes 20 de Diciembre Argemiro nos reunió de nuevo a la hora del estudio y nos leyó el documento: quiero, nos dijo que esta proclama sea muy sencilla y le pueda llegar a toda la gente que está a la espera de nuestro mensaje revolucionario; vamos a leer el documento por párrafo y lo vamos comentando, es importante que cualquier asunto que no se comprenda lo señalemos, esto es un borrador para que le hagamos los aportes.

Al final con un par de cosas que se anotaron el documento fue aprobado, quedando así su texto original (incluir la proclama) Andres nos dijo que para que el documento produjera mas impacto, hacía varios días los compañeros de la ciudad estaban pintando unos letreros que decían "DONDE ESTÁ CAMILO?"

Para estos mismos días las patrullas de la contraguerrilla se empezaron a alistar en sus cuarteles y a iniciar desplazamientos; 100 soldados se ubicaron a media hora a pié de la base de El Centenario por el camino real que va al cerro de los andes y empezaron requisas de comestibles ya que antes de ser comprados tenían que ser autorizados por el capitán Angarita comandante de la base militar, los soldados ordenaban a los campesinos descargar las bestias y miraban uno a uno cada artículo, comparándolo con un duplicado de la lista comprada por los campesinos, 15 días atrás el capitán Angarita había citado a todos los campesinos para levantar un censo cuyo esquema era:

Nombre de la finca o predio para donde se lleva la merca

Lugar de su ubicación

Nombre del dueño (a) de la merca o del que la compró

Nombre de los hijos y su edad

Nombre de las personas que trabajan en la finca

Para cuantas personas es la merca y para cuantos días

Cuántas reses hay en la finca o predio

Cuántas bestias

Cuántos cerdos y su peso

Cuántas gallinas

Que tipo de comestibles produce la finca o predio para donde va la comida.

Este sistema de control tenía como propósito, no permitir que los campesinos transportaran más merca de la que consumirían porque de hacerlo, esa comida tendría como destino la guerrilla. En estos retenes los soldados controlaban para que nadie llevara más de lo establecido o transportara una lista sin la firma del capitán. Aquella persona que fuera encontrada actuando fuera de dichas imposiciones, era de inmediato conducida por los soldados a la base militar acusada de auxiliador de la guerrilla y por tanto detenido y juzgado como tal,

Por la carretera que de Barranca conduce a Río Fuego hay otros 100 soldados en el sitio donde confluyen los caminos que conducen a la región donde estamos y tienen el mismo sistema de control.

Los vuelos de los helicópteros sobre nuestra área se intensificaron y el enemigo hizo circular un considerable número de versiones falsas sobre su presencia en nuestra zona interna con el propósito de desgastarnos.

Por toda esta situación nosotros estábamos en máxima alerta y pronto abandonamos a "Rancho marranos" cruzando el cerro de los Andes y situándonos cerca de Río Fuego para combatir con la tropa que allí estaba.

Vamos a extremar las medidas de seguridad para garantizar la sorpresa lo cual implica no dejarnos ver de la población, no dejar huellas, cocinar de noche, hablar en susurro y no lavar la ropa con jabón, y no prender luces en este campamento.

Estas órdenes son para cumplirlas al pie de la letra, pense yo mientras lo escuchaba y de momento se me vinieron en un solo montón los recuerdos más difíciles de mi experiencia en Simacota, cuando empecé a recordar los consejos de Parmenio si me quedaba perdido recordé una noticia que dieron después de la toma, de que el cura de allá no permitió que a Parmenio lo patearan los soldados y lo enterró en el cementerio contra la voluntad de los militares, ese cura me dijo, también quiere a los que luchan así como este padre Camilo Torres que ahora está aquí con una pistola colt. 45 colgada sobre su pierna derecha escuchando con mucha atención las palabras de nuestro jefe.

Una de las comisiones de exploración que en esos días salieron, trae el informe que una patrulla de 20 soldados ha salido del puesto que tienen en la Ye y se acercan a nuestro campamento, de inmediato nos emboscamos en el camino por donde era más probable su llegada, al cabo de dos horas un enlace nos informa que la patrulla ha retornado a su base, no queda otra alternativa que levantar la emboscada.

Los primeros días de enero transcurren en un campamento que llamamos "Rancho polígono", allí probamos las armas largas, una munición vieja que nos habían enviado los obreros petroleros de Barrancabermeja, también algunos recibimos un cursillo de explosivos.

A Camilo no le fue muy bien en el polígono, pensaba yo que para estar acostumbrado a dar misas y predicar el evangelio y siendo estos sus primeros disparos se había defendido bien.

Después de unos días de merecido descanso, recibimos la orden de alistarnos para salir a combatir, el ánimo nos arropó como una brisa invisible que acarisiaba nuestra piel y hacía que nuestra voz fuera la de los valientes. El ambiente era reconfortante, pues algunos asociaron los días de descanso con el miedo al combate, y se atrevieron a murmurar que Andres estaba influyendo en eso.

En una caleta provisional guardamos la poca sobrecarga que tenemos y nos aproximamos a un paraje conocido como El Triángulo, con el propósito de combatir con el ejército. A cada paso que doy, pienso que mis compañeros al igual que yo, vamos repasando todo lo aprendido sobre las emboscadas de despunte y que nos llegó la hora de ponerlo en práctica. Mi sudor se desliza presuroso, como el afán de nuestra lucha o como ese afán que nos empuja a buscar nuestras armas cuando las vemos en manos enemigas. Nuestra marcha lleva el ritmo de la victoria que soñamos, vamos a recuperar el armamento de los enemigos que logremos dar de baja.

Luego de dos días estamos muy cerca de 10 soldados, al mando de un cabo, que vigilan un camino por donde consideran nos podemos aproximar a la base militar. Para desgracia nuestra la patrulla esta en la casa de un campesino al que no conozcamos, allí también están su esposa y dos niños pequeños. Esa tarde, ya sobre el lugar observamos que la guardia de la tropa es demasiado baja.

—Aquí los podríamos hacer añicos, pero no podemos poner en riesgo la vida de los civiles y con mucha más razón si son niños, —nos dice Carlos.

Al día siguiente tendimos tres pequeñas emboscadas en los alrededores de la casa, pero como los soldados no salen decidimos retirarnos.

Por la constante información que tenemos sobre los movimientos de las patrullas en la zona, concluimos que el enemigo está cerca al cerro y es muy probable que se baje en forma de rastrillo, por eso el Estado Mayor decide que en forma discreta nos retiremos de ese costado del cerro y nos crucemos para el lado del Río Sucio.

La marcha es lenta por el cuidado que debemos tener para evitar un choque desventajoso. A la vanguardia marcha Wilson, como responsable, con cinco compañeros más; el grueso lo encabeza Carlos, lo sigo yo, luego viene el padre Camilo y a continuación Pelé, de quien se comenta que se quemó luego de intentar dar de baja a Florencio Amaya —el desertor que luego le ha servido al ejército como sapo—, detrás de nosotros se sienten las botas de los demás guerrilleros, en total sumamos 28 compañeros. Voy tensionado por que me preocupa la torpeza del padre para caminar, los bejucos lo enredan demasiado y en las faldas resbalosas la dificultad se hace mayor. En los lugares más difíciles lo esperaba para ayudarlo pero él me decía:

—Tranquilo Norberto, que yo voy bien.

En los descansos se recuesta sobre su morral y donde se puede fumar, prende su pipa. Carlos le explica cómo ubicarse en el terreno teniendo en cuenta la posición del sol, la dirección de las aguas y las cordilleras, a todos estos detalles el padre les presta mucha atención.

Tan pronto cruzamos el cerro, junto con tres compañeros más, me comisionan para buscar un lugar para campamento.

—La bulla no debe escucharse desde ninguna trocha ni cordillera importante y deben tener en cuenta que no quedemos en un hueco. Búsquenlo como para enfrentar allí una situación de seguridad, —nos dijo Carlos al momento de salir.

Luego de tres horas regresamos. En la tarde empezamos a acomodarnos en el lugar definido. Éste era un campamento provisional, pues desde allí continuaríamos al lugar donde buscaríamos el combate.

Tres campesinos visitan nuestro campamento muy seguido, ellos llegan con información actualizada sobre los movimientos de la tropa en el área. Cruzando datos de los movimientos de soldados y de las posiciones ocupadas concluimos que a nuestro alrededor hay tres patrullas de 60 soldados, comandas cada una por un teniente y cuatro cabos. La más próxima se encuentra a una hora del lugar donde nos encontramos.

Camilo se interesa por conocer los acontecimientos de la violencia, y a cada momento escudriña nuestros recuerdos, porque a lo mejor sabe que somos los hijos de una noche que aún no quiere amanecer.

—Tú recuerdas aquellos tiempos, — me dice Camilo, colocando sus ojos en una dimensión oblicua que me hace sentir en un ambiente tan próximo y a la vez protegido por su gran tamaño y su gran humanidad.

—Lo que recuerdo es lo que me han contado, porque cuando me conocí ya eso había pasado.

—Y... ¿qué te contaron?

—Mi mamá me decía que yo nací en Puente Múrcia el primero de diciembre de 1950, porque ella iba para San Vicente pero no pudo pasar porque ese día se estaban dando plomo los liberales con los godos y su chulavita de lado a lado del puente. Mi mamá me contaba que todo empezó porque un cura godo que hubo en San Vicente, para una semana santa metió a la vereda de La Colorada una virgen de Chiquinquirá llena de fusiles. Una semana después, con esos fusiles, los godos mataron los liberales de esas regiones. Los liberales, que habían entrado en guerra por el asesinato de Gaitán resolvieron pelear para no dejarse sacar de sus tierras, como era el propósito de los godos, azuzados por unos ricos que querían adueñarse de las tierras productoras del mejor cacao de San Vicente.

—Y tu papá ¿qué te ha contado de esa violencia?

—Él, cuando se tomaba sus cervezas, era el que más me hablaba de todo lo que le tocó vivir. Un día me contó una historia muy triste.

—Esto era una tierra grande de tres socios: Arturo Meneses, Rodolfo Flores y yo, —me dijo el viejo, extendiendo uno de sus brazos mostrándome el horizonte, en una mañana que apenas estrenaba el sol—. Pero nosotros habíamos cometido el delito de ser contradictores políticos de los gobiernos de turno y además éramos miembros del Partido Comunista, por eso nos perseguían y no tuve otra alternativa que abandonar esta tierra en el año 51. Los godos le metieron candela hasta más no poder y cuando la vieron como un cenicero descansaron. Cuando eso, usted y sus siete hermanos vivieron casi refugiados en una casa de San Vicente, hasta el 55 que volvimos para acá y

encontramos esto convertido en una sola rastrojera. Para entonces la guerra ya había pasado.

—Cuando triunfe la revolución tengo que conocer tu casa, a tu papá y a toda tu familia,
—terminó diciéndome Camilo aquel Febrero que apenas empezaba.

Aunque a nadie lo decía, todos sabíamos que el día del combate estaba próximo y sentíamos muchas ganas que ese momento llegara.

Carlos ordena dejar los equipos tan solo con lo indispensable. Tres compañeros buscaron un escondite seguro para guardar los sobrantes, y nos alistamos de inmediato para caminar por entre la selva, sin dejarnos ver de la población y borrando nuestras huellas. Tres días después nos encontrábamos acampando cerca del río Sucio.

—¿En qué lugar nos encontramos? —le pregunto en confianza a Delio.

Duda un poco para responder, pero me dice:

—Estamos a dos horas de donde el güebón del Policarpo se mió sobre los tizones cuando llegamos a esta zona. De aquí no estamos lejos de un lugar llamado Patio Cemento.

Cerca de donde estamos pasa el camino que conduce a la base militar de El Centenario. Allí permanecemos algunos días en espera de información sobre el enemigo que patrulla la zona y que ahora es nuestro objetivo militar.

Tan pronto llegamos al campamento, Carlos se reúne con los del Estado Mayor. Luego nos llaman a quienes habíamos estado en la comisión para preguntarnos si estábamos en condiciones de llevar al personal al sitio que habíamos explorado. Al escuchar nuestra respuesta afirmativa nos ordenan retirarnos.

El Mates 8 de Febrero, antes de amanecer, salgo con Wilson del campamento rumbo a Patio Cemento llevando doce compañeros para situarnos muy próximos del lugar explorado el día anterior, a unos 200 metros del camino hacia arriba. A eso de las 10 de la mañana llegamos al lugar, es una cordillera pequeña que se levanta muy moderada, sobresaliendo tan sólo un poco del resto de terreno. A unos 50 metros, bordeando la cordillera, corre un cañito que cae al río Sucio un poco más arriba de donde estamos. Al medio día llega otro grupo como de quince compañeros, entre ellos Carlos y Andrés y a las tres de la tarde llegan los demás, éramos en total 29 compañeros.

Lo único que tenemos con nosotros es el armamento, las municiones y un pedazo de plástico para dormir sobre él, por fortuna estamos en verano y no llueve.

A las 6 de la tarde nos reunimos todos para escuchar las órdenes de Carlos:

—Aquí nadie puede fumar, solo hablaremos lo estrictamente necesario y mañana a las seis de la mañana nos emboscamos sobre el camino.

Todo fue lacónico y sin muchas palabras. En la noche nos masacraron sin piedad las palomillas. Las horas transcurrían cansadas, interminables, sólo se escucha el golpe de las manos estrellándose sobre los cuerpos, tratando de espantar las palomillas, que luego de quemarnos con su afilado agujón, vuelan con renovada energía en búsqueda de otra sangre más apetitosa, tal vez pensando que en la diversidad está la felicidad.

—Contra estas malparidas no se puede hacer otra cosa que esperar a que amanezca,
—dijo Wilson sin importarle quien lo escuche a esa hora.

—Claro que si hay remedio para ellas —le contesta con humor Germán—, la cosa es sencilla, coje una arenilla y se la metes en la jeta a cada una de las que te pique y ya veras que esa se ahorca, y cuando sus compañeras la vean ahorcada se asustarán y se irán muertas de miedo.

—Me río por el colmillo derecho —le responde el padre Camilo—, mas bien las cojes de un brazo y les cortas el pipí a los machos y así no pueden reproducirse.

—Diana... diana, —dijo alguien en repetidas veces, anunciando que debemos ponernos de pie porque las luces a amanecer ya se nos vienen encima.

A medida que la luz se cierne por entre las ramas de los árboles y las siluetas de compañeros se revelan en figuras conocidas, me invade de repente ese miedo propio de los segundos antes del combate. Como buscando protección aprieto el revólver 38 del finado Pedro David, que ahora cuelga de mi cinto.

Tomamos un café caliente preparado Libardo y mi hermano Pablo, quienes estaban en el rancho desde las tres de la mañana, para que cuando amaneciera ya no hubiera ni humo ni olor a café.

Con un cuaderno en la mano, como un maestro de escuela, Germán empezó a leer el nombre de cada uno de nosotros y la ubicación que tendríamos en la emboscada:

—Otoniel, Camilito y Rogelio por el camino que conduce de aquí a El Centenario a unos 200 metros de distancia de donde queda la cabeza de la emboscada. Los demás compañeros en el siguiente orden: Ramiro, Carlos, Argemiro, Jorge, Pelé, Ismael, Isidro, Pablo, Germán, Juvenal, Julio, Saul, Mario, Mateo, Norberto, Wilson, Hernán, Hernando (el médico), Joaquín, Libardo, Plutarco y Andrés. En el grupo de contención quedan: Juanito, Delio, Abel y Silberio.

Cuando Germán terminó de leer la lista, Andrés, frotándose las manos y mirado por encima de nuestras cabezas nos dice:

—En la emboscada la distancia promedio entre compañeros es de cinco metros, lo cual indica que ocuparemos un espacio de ciento diez metros, fuera del grupo de contención y de los compañeros que van para la parte opuesta a la emboscada. Por la información que tenemos todo parece indicar que la tropa viene caminando con una distancia entre cada hombre de quince o veinte metros, y lo hacen en fila india por el camino; por eso calculamos que en la emboscada pueden caer entre cinco y siete soldados. Así las cosas, cada tres o cuatro compañeros deben dispararle a un soldado, de cada cuatro compañeros uno baja al camino a recuperar el armamento de los enemigos aniquilados. Si las condiciones lo permiten los encargados de la recuperación deben, traerse además de las armas, las gorras y las botas.

Cuando Andrés terminó de dar las últimas instrucciones, repartieron el desayuno: un tarro pequeño de salchichas para dos personas, medio pan mediano y un octavo de panela.

A las siete de la mañana todos estamos ocupando nuestras posiciones en la emboscada, unos tendidos boca abajo, otros de rodilla en tierra y otros sentados; nos acomodamos a esto está en dependencia a las condiciones del terreno.

—No coloquen adelante las ramas al contrario, ni se cubran demasiado porque no ven el camino, —nos va diciendo Carlos mientras pasa revisión a cada una de nuestras posiciones de combate.

Cuando termina de revisar al grupo de contención, regresa con un bejuco en la mano y a cada compañero le da la respectiva instrucción:

—Te amarras este bejuco con un bozal en tu mano derecha, de tal manera que cuando el enemigo se aproxime, los compañeros de la contención halan el bejuco para avisar. Si se hala una vez es el ejército y si se hala dos veces seguidas es un campesino. ¿Queda claro?, —le repetía Carlos a cada compañero.

El bejuco al estar atado la muñeca derecha, no debe quedar difícil para deshacerse de él luego de recibir el aviso. Además de estas medidas de alerta, nadie debe dormir, ni fumar, ni hablar sin necesidad. Cualquier orientación debe transmitirse en susurro.

—El que espera, desespera, —me susurra Wilson, a las tres de la tarde—esos perros ya no pasan hoy y lo que más siento es el palomillero de esta noche, otra vez. Yo estoy que me como un zapato viejo y creo que la comida van a ser otras dos salchichas que no le calman el hambre ni a un grillo.

De repente la mano de Wilson se estremece y yo de un brinco caigo en mi posición de combate, la plaga me dijo él y vi su rostro palidecer como el de un muerto, yo sentí un frío enorme y en la confusión halé fuerte el bejuco para que Mateo se percatara pero cuando lo hice el bejuco ya se movía más adelante, entonces rápido me quité el bozal que me cubría la muñeca y apunté mi revólver 38 como lo tenía planeado, todo mundo estaba listo para disparar y el silencio lo sentí tan penetrante que me parecía que nada existiera, lejos a mi derecha vi que alguien venía hacia nosotros y me dije, a ese güevón lo va a escuchar la tropa y nos van a descubrir por la imprudencia; otro ruido sentí a mi izquierda y reconocí a Carlos que se agachaba para decirle algo a Germán; ahora el jefe fuera de su posición sí se acaba de complicar todo esto pensé con rabia mirando a que horas asomaba mi objetivo.

Cuando Andrés llegó a mi posición lo comprendí todo; se trataba de una falsa alarma para conocer nuestra conducta y para ver como funcionaba el bejuco como sistema de alerta.

A las seis de la tarde nos levantamos de la emboscada, el día nueve había transcurrido sin novedad.

A que no me adivina quien le mandó saludes, me dijo Plutarco, con su sonrisa de siempre, quien, le dije impaciente, Don Luis Fernando Parada, que más le dijo; que su papá está mal, que los militares lo están jodiendo mucho preguntándole por ustedes dos, que a su hermano Alvaro y su hermana Beatriz hace poco los soltaron pero siguen con presentaciones, que su papá está bastante enfermo del corazón y que tiene ganas de vender la finca y comprar una casa en San Vicente a ver si el ejército deja de joderlo.

Y cuando se vino el viejo Luis Fernando de por allá? hace 15 días, y a él no lo está jodiendo el ejército? claro, si lo le querían dejar pasar el ganado que entró a la finca de La Loma que dizque porque era ganado para la guerrilla, apenas hace cinco días se lo dejaron pasar, la gente comenta que ese capitán Angarita que es el comandante de la base militar de El Centenario es muy mierda con la gente y a Luis Fernando le dejaron pasar el ganado porque busco cinco firmas de personas conocidas que lo respaldaron.

Allá es donde yo estoy vigilando el camino que viene del Cerro y el de La Pitala, medijo con voz más baja, asercandome su voz a mi oído, yo estoy a unos 100 metros de la casa en un rastrojito y si el ejército llega me voto al camino pero cuando ya compruebe que

arrancan de la casa para acá; como me vengo corriendo les saco por lo menos media hora de ventaja y alcanzamos a alistarnos para el combate.

Las palabras de Plutarco se me fueron alejando y en medio del ardo en la cara por las picaduras de las palomillas me desperté después de la media noche cuando me llamaron para la posta.

El diez, once y doce de Febrero, transcurrieron sin novedad, las palometas nos trataban sin clemencia, varios compañeros, entre los que se encontraba Argemiro, estaban inchados por las picaduras de los insectos y los antialérgicos habían desaparecido de la mochila de Hernando. El desespero por la acción de los animalitos es tal que el estado mayor autorizó a la gente para que fumaran cigarrillos luego que la emboscada se levantaba.

La comida era demasiado escasa; al desayuno un tarrito de salchichas para dos personas y un pan pequeño, al almuerzo harina de maíz tostado con panela raspada y a la comida una pequeña porción de arroz con un cuarto de plátano cocido y un posillo de agua de panela.

El cansancio se reflejaba en el rostro de todos y el olor a sudor y mugre acumulado en la ropa y el cuerpo solo es tolerable entre nosotros.

A las siete de la noche, Germán, Argemiro y Juanito, entre palmadas para matar palometas y el humo de los cigarrillos y de la pipa de Argemiro, estudian idiomas, el profesor es Argemiro quien enseña francés a los demás.

Alguien me murmuró que si al otro día no pasaba el ejército, levantaríamos la emboscada por tres razones, falta de comida, motivos de salud y por agotamiento generalizado.

El 13 por la mañana cuando apenas se aclaraba, Carlos y Germán pasaron recorriendo cada una de las posiciones para revisar si habían asuntos de seguridad por corregir, todos están muy pendientes. Nos repetían; el enemigo puede llegar en cualquier momento, fue un día tenso, lento y caluroso pero se oscureció sin que el enemigo apareciera por lo que otra vez nos retiramos al lugar de descanso.

A las 8 de la noche llegaron tres compañeros que estaban haciendo la comida en una casa cercana, es gallina y aunque algunos quieren más, el sancocho es suficiente; es el mejor sancocho que me he comido en la vida dijo me dijo Camilito sobándose la barriga, está muy buena y además después de estar comiendo salchichas tantos días y bien poquito, todo sabe a bueno, le dije.

Usted siente miedo porque viene el combate? un poquito; voy a leerle esto que escribí y luego del combate usted se lo entrega al compañero Carlos, Camilito sacó de uno de sus bolsillos media hoja de papel y leyó:

"Llegó el primer combate,
pasó el segundo y derecho,
y cuando llegó el tercero,
una bala dió en mi pecho.
su mirada interrogadora me hizo decirle:

usted si es pingo, al combate vamos a ganar, no a que nos maten, pero el me entregó el papelito escrito y yo lo guardé para cumplirle el encargo a mi amigo y compañero ahora las palometas han disminuído, quizá hemos matado muchas o de pronto nuestro desagradable olor las está auyentando.

Te sientes bien? si compañero, te sientes bien en medio de los mayores? Al comienzo me dió duro pero ya me he ido acostumbrando; aunque esta vida es muy dura tu tienes la oportunidad de darsela toda a la lucha y eso vale mucho porque es vivir en función de la humanidad.

Yo conozco a San Vicente, sus jentes son buenas, laboriosas y luchadoras, he hablado con Carlos de tu familia y quiero que me hables de ellos, de tu papá, de tu mamá y tus hermanos. Nosotros somos 18 hermanos y 20 con mi papá y mi mamá, Mi hermano Pedro y yo estamos en la guerrilla y dos hermanos están presos porque el ejército los encontró en la casa de Joé Ayala y allí cerca estábamos nosotros con el compañero Carlos, eso fué el año pasado; y porqué los detuvieron? porque como estaban en una casa que no era la suya, y allí cerca estábamos nosotros, entonses el ejército dice que ellos son colaboradores porque son hermanos míos. Que injusticia, y ellos son mayores? mi hermano Alvaro tiene 15 años y mi hermana Beatríz tiene 16 y dónde los tienen? yo no sé, caramba, todo esto es demaciado injusto pero es el precio de la lucha; Norberto, cuentame quien es tu papá.

Mi papá nació en Charalá el 29 de junio de 1903, el nos ha contado que no conoció a sus padres, que no le dieron estudio porque tuvo que trabajar para mantenerse, que cuando tenía 11 años consiguió empleo en la alcaldía de Charalá, para llevar las cartas a los municipios vecinos, ese oficio se lo asignaban, a los niños porque corrían mas y les pagaban mas barato.

Cuando tenía 15 años se voló para San vicente porque lo acusaban de haber embarazado una muchacha y lo ivan a llevar preso entonses se radicó en San

Vicente, allí se dedicó a la Herreria trabajando en el taller del señor Rodolfo flores que era un dirigente popular y agrupaba en San Vicente los artesanos.

En 1927, junto a otros dirigentes del movimiento entraron a coordinar actividades revolucionarias con los dirigentes de los trabajadores ferrocarrileros y Bananeros que se extendía a lo largo de el Rio Magdalena.

Nos cuenta mi papá en sus relatos, que cuando se dió la masacre de las bananeras, la gente de San Vicente se levantó y hubo desordenes en contra del gobierno y quemaron muñecos que representaban al Coronel Cortez Vargas, al imperio gringo y al gobierno colombiano.

Para esos años 1928 1930 era muy fuerte el enfrentamiento popular en Barranca ,Puerto Wilches San Vicente, y otras partes del país de tal modo que los artesanos de San Vicente agrupados y conducidos por El Partido Socialista Revolucionario se lanzan a la insurrección conducidos Rodolfo Flores, Eliodoro Ochoa Pedro Rodriguez (mi papá) Rafael Galvis, Francisco Galvis, Guillermo Rivera, y Carlos Humberto Durán coordinando con los dirigentes de Barranca y Puerto Wuilches. Sucedió que a última hora, los dirigentes nacionales del movimiento cambiaron el dia del alzamiento popular y se formó tremenda confución; el comité nacional ordenaba postergarlo, la seccional Bucaramanga ordenaba mantener la fecha inicial y con esta directris actuan los dirigentes de San seguido y en malas condiciones económicas, cuenta mi padre que debi Vicente ,

Barranca, Puerto Wilches La gomez, La dorada(Caldas) y El Libano en y en El Libano en el Tolima, siendo aplastados por la repreción que al parecer contaba con información de la insurrección y estaba al asecho.

Hubo muertos y casi todos los dirigentes del movimiento en San Vicente fueron detenidos, incluido dentro de ellos mi padre que fue a parar a la carcel de Bucaramanga donde pagó seis meses. (se puede ampliar) Pero irse al campo y volverse verse campesino. Para ello se asoció con otros dos dirigentes perseguidos y en sociedad compraron unas tierras en favorables condiciones económicas pero pronto los socios se aburrieron vendieron la tierra y mi papá quedó solo con una tierra pequeña a la que bautizó "EL PROGRESO", Allí nacimos casi todos sus hijos.

Poco a poco fué levantando su familia al lado de una mujer muy joven que nació en un hogar campesino en una vereda de San Vicente llamada El Guineo Con ella conformó el hogar del que yo le digo que somos 18 hermanos. Para entonses mi mamá tenía 14 años y eso tambien le trajo problemas con la justicia por ser mi mamá menor de edad.

En 1947 cuando se volvieron a complicar las cosas, mi papá era ferbiente gaitanista y habia roto su militancia con El Partido Comunista.

La muerte de Gaitán lo sorprendió en San Vicente y allí se unió a la rebuelta

Cuando el viejo salió de la carcel se fué a la finca pero la situación era muy dificil, la casa estaba en yodo el vorde del camino real central lo cual implicaba el paso constante de guerrilleros liberales, ejército y policía chulavita, todos conocían la historia de mi papá y mi casa era un llegadero de buenos y malos.

No se como hiso el viejo para que no lo matara la chulavita ni el ejército lo sierto es que en mi casa se apoyaban los guerrilleros de Rafael Rangel CHiquitín y los hermanos Luque. Cuando yo empecé a conocerme lo que escuché fué muchas anegdotas, pasajes y cuentos de La Violencia que tengo muy bien grabadas porque en muchas de ellas estuve envuelto sin comprenderlo, toda mi familia sufrio demaciado y afortunadamente todos salimos vivos. Norberto, te agradezco mucho, pero está muy tarde y el cansancio nos hace daño para mañana que viene el ejército; El Padre Camilo me colocó una de sus manos en uno de mis hombros y con una mirada cariñosa que ocultaba un poco su palidez por el color rijiso se la luz de la vela me dijo, hasta mañana.

El 14 fué un día de mucha tención, el ejército estaba en la finca La Loma de Luis Fernando Parada, a menos de una hora de la emboscada, el bejuco atado a nuestra mano derecha se quitaba i se ponía por el paso de campesinos que pasaban en ambos sentidos, todos le apostabamos que ese día la tropa enemiga caería en la emboscada pero llegó el atardecer y todo fue sin novedades.

Luego de comida nos juntamos para escuchara José Luis: Compañeros, es verdad que llevamos buen tiempo esperando pero no nos podemos desesperar, las cosas van bien y el objetivo está a punto de resolverse; mañana necesitamos estar con toda la disposición necesaria y por ello debemos hacer lo posible por descansar muy bien esta noche.

Luego de leída la posta nos retiramos a descansar pero de nuevo me abordó Camilo; tienes sueño, no, quieres que sigamos? si, si, vamos.

Cuentame un poco de San Vicente; Lo que me enseñaron en la escuela fue que lo fundó un señor de nombre Sacramento Cristancho en 1879. Tiene 59 mil Habitantes, sus

principales cultivos son Cacao, Café, Caña y pequeña ganadería, su parte mas alta es la cordillera de los Cobardes y tiene dos serros que se llaman serro de los andes y serro de el Tambor, sus rios mas importantes son El Cascajales Oponcito, Rio Sucio y rio chucurí, cuenta la historia que estuvo habitado cuando llegaron los españoles por las tribus CHucuries, Yariguies y Pipatones, los cuales se hicieron matar peleando para no someterse a los imbasores. Le toca la posta me dijo Delio, mañana seguimos me dijo Camilo y nos despedimos.

El sol me pegó en la cara, sus rayo formaban una linea recta con relación al río desde mi posición de combate. Es Domingo 15 defebrero de 1965; si usted ve el soldado muerto, me hace la seña poniendose el dedo sobre el cuello, si lo ve vivo le da plomo, yo haré lo mismo y cuando escuchemos la voz de recuperación de armas, usted avanza y yo lo voi cubriendo por la derecha y Wilson nos cubre por la izquierda, Matéo tenia su seño enérgico cuando me hablaba y aunque el mando de la triada era Wilson, yo respetaba a Mateo ´ porque aunque se había incorporado resientemente había prestado el servicio militar hacía apenas dos años.

A eso de las 8y 30 de la mañana halaron el bejuco con fuerza, rápido me lo quité de la mano y apunté con mi revolver pero Wilson me susurró que era un campesino.

Todo indicaba que estabamos a punto de entrar en combate, "al ser domingo, los CASQUITOS querrán llegar a su cuartel a descansar y nosotros tambien nos lo merecemos antes que los gallinazos nos ronden cerca por el olor" Wilson tenia una mescla de papá y jefe cuando me hablaba.

Eran las nueve de la mañana, el bejuco volvió a moverse y mi corazón brincaba y sonaba como cuando le dan golpes a una pated, ha llegado la hora que todos queremos, el ruido de botas se fue haciendo mas nitido sobre el camino y vi cuando asomó el primer soldado, muy cerca de él, quizá a 5 metros iba el segundo el tercero y el cuarto. mi revolver apuntaba al cuerpo del quinto cuando el ruido estremecedor de las armas de todos, se confundieron apagando el ruido del Rio Sucio al que ya estabamos acostumbrados, Rapido recargué mi revolver que solo tenia dos balas sin disparar, mis disparos parecían de juguete ante el de los fusiles punto 30 de repetición que nos disparaban los soldados,!viva el Ejercito de liberación nacional! gritó una voz cansada, viva la revolución gritó Hernando en medio del tirotéo, entreguense soldaditos que les respetamos la vida, gritó Wilson pero su grito lo ocultó una rafaga de ametralladora F.A. que disparaba la tropa enemiga que no alcanzó a quedar dentro de la emboscada. Habrían transcurrido unos 5 minutos cuando Wilson me dió la orden de bajar al camino a recuperar armas, los tiros se han silenciado al frente nuestro, quienes tenian que bajar al camino a recuperar lo hacían por lo queMatéo y yo hacemos el avance sobre codos y rodillas, a menos de tres metros del camino vi un soldado, estaba tirado boca abajo, Matéo lo remato de un disparo y con la cabeza me hizo la seña que yo fuera a quitarle el arma, rapido le avancé y quité su fusil, las cartucheras las botas y la gorra de acuerdo a las instrucciones para estos casos, A unos cuarenta metros adelante en la dirección de la cabeza de la emboscada, se oian gritos y tiros esporadicos, en ese momento, con aire triunfalista mateo gritó, ya recuperamos un fusil y acto seguido se terció su fusil 7 mm. de dotación y con el recuperado en porte hachó a caminar por el camino ordenandome que lo siguiera;Habríamos caminado 20 metros cuando sonaron dos disparos y Mateo cayó al suelo dando un grito y pidiendo auxilio de auxilio, el fusil recuperado que llevaba, cayó al suelo y él se salió del camino con dirección a su posición

de combate. Sin pensarlo me arrastre con dirección al fusil, la halé por la cargadera y rapido fuí a alcanzar a Mateo.

Me mataron estos hijueputas, me dijo llorando, la sangre le caia borbotones

de su codoizquierdo y de su costado derecho, los tiros arreciaron desde nuestra area de repliegue, no haga bulla hermano que las cosas se complican, vamonos a alcanasas el resto; caminamos agachados unos 30 metros en dirección de la cabeza de la emboscada pero alguien nos hizo señas de devolvemos, era Juvenal, Hernando el médico y Hernan, estamos rodeados me dijo Hernando con angustia por lo que nos colocamos en disposición de combate luego dehacer nos a unos 20 metros de el camino, los disparos por nuestra vía de repliegue alterna disminuyeron y le ordené a juvenal tomar la vanguardia; yo lo seguí luego hernando, seguía Mateo y de último Hernan.

El ejercito había hecho una maniobra en volvente y nos atacaba desde arriba, la situación era complicada; sin embargo era preferible buscar el choque que en ves de que nos acosaran contra el río, seguimos caminando y a unos 30 metros un mando enemigo ordenó de un grito consentrarsen en el camino adelante de nosotros lo que de inmediato aprovechamos para salirnos, pasamos por donde se acababan de ir y justo allí encontramos el cadaver de Delio, los soldados lo habian arrastrado. aun tenia sobre su espalda un pequeño morral,su cabeza estaba destrozada de un disparo y tenía otro en el pecho.

Seguimos caminando con dirección a la vereda FILO DE ORO exactamente en sentido contrario de la ruta por donde se habian replegado el grueso de los compañeros.

El herido se quejaba y fatigaba mucho por lo que paramos; Hernando le hizo de una camisa un cabrestillo para que colgara el brazo que tenía el codo destrozado, ese mismo tiro penetro el pecho y le salió por el costado derecho rompiendole un pulmón, Hernando lo perforaba con una jeringa y le extraia agua sangre lo cual hacia descansar a Matéo.

Los helicopteros volaban a muy baja altura al rededor de la emboscada mientras nos alejábamos de allí.

A las tres. paramos para buscar comida en una casa cercana y para curar en forma al herido.

El 16 de Febrero caminamos hasta el medio día y en una casa campesina de confianza nos apoyamos para conseguir comida, información del enemigo y para buscar contacto con el resto de compañeros; a las siete de la noche escuchamos las noticias, así nos enteramos que en Patio cemento habían muerto seis compañeros entre ellos Camilo Torres Restrepo. Hernando nos dijo con mucha amargura y llorando "la revolucion colombiana ha sufrido un golpe muy fuerte con la muerte de Camilo Torrés"

El 27 de febrero luego de pasar muchas peripiesias, llegamos al campamento donde nos encontramos con todos los compañeros.

A nadie le ocultaba mis ganas de saber todo lo que había ocurrido.El entusiasmo por nuestra llegada luego de que los compañeros pensaran que estabamos muertos , se juntaba con la tristeza por la muerte de los compañeros y todos hablavamos de lo mismo.

Ha sido un golpe demaciado duro, concluimos en la evaluación que terminamos ayer, Camilo representaba para el pueblo un simbolo de lucha, de redención de firmeza y dignidad para el pueblo y atrevez de él nosotros estabamos conduciendo el movimiento popular, todos los que acabmos de llegar, mirabamos muy atentos a Germán que continuó diciendonos: El pueblo colombiano ha perdido a a su mejor dirigente y nuestra organización ha recibido un golpe en la cabeza; Hernando que conoce a fondo el Frente unido y el papel de Camilo en él, comprenderá mejor la magnitud de la pérdida y el ELN tendrá que hablar de su historia, antes y después de la muerte de Camilo; Hernando volvió a llorar como lo hizo el 16 de febrero cuando curaba a Mateo y se enteró por la radio que Camilo había muerto.

El enemigo ya decretó nuestra muerte política, nuestra desaparición como expresión revolucionaria, nuestros enemigos dentro de la izquierda nos culpan de la muerte de Camilo y los enemigos de él dentro de la iglesia sienten que el ejército les ha hecho un favor que no tiene precio. Por su parte el pueblo y nosotros estamos de luto por la pérdida de él junto a la de los compañeros Delio, Camilito, Ramiro, Joaquin y Abel.

Muchas veces aprendemos mas de los golpes que de las victorias, esa es hoy nuestra obligación, la lucha apenas empieza y como diria camilo "ya hemos empezado porque la jornada larga, ahora para nosotros, Camilo y los que cayeron junto a él son el mas claro ejemplo de lucha y compromiso y los que no enfrenten este reto son traidores como es el caso de Torito que desertó diciendonos que la muerte de Camilo lo habia desmoralizado, cómo puede desmoralizar la caída de un dirigente en combate ha sus seguidores? no es acaso el mas grande ejemplo de entrega a su pueblo lo que hizo Camilo? Aquí vinimos a pelear con los dueños del poder y contra sus serviles fuerzas armadas que dicen que camilo es un bulgar bandolero pero que mas adelante la historia mostrará sus verdaderas dimensiones de lider, de cristiano, de revolucionario y guerrillero; vamos a levantarnos de este golpe, vamos a seguir el camino de camilo, vamos a decirle al pueblo, a ese pueblo al que Camilo dirigió sus mensajes, que seremos los continuadores de su acción revolucionaria y popular, Germán le puso una mano en el hombro a Hernando y este le dijo: Pueden contar conmigo.

Creí que te habían jodido y no podía entenderlo, fué un solo soldado el que nos hizo mas daño, ese hijo de puta mató a Camilo, a Camilito, a Ramiro y a

Joaquín, la Madsen se me trabó y el cañón se me llenó de balas, cuando salté para protegerme se me salió la pistola y quedé desarmado, el soldado quedó agasapado abajo del camino y se quedó quieto sin disparar, la gente estaba recuperando las armas de los muertos cuando el tipo le disparó a Camilo, él se quejó todo mundo se regresó y cuando Ramiro fué a auxiliarlo el tipo le dió a a Ramiro, luego bajó Camilito y tambien le dió, yo no me di cuenta a que horas mató a Joaquín, los compañeros me dicen que él venia por el camino sin percatarse de lo que pasaba y cuando le gritaron que e tendiera el soldado le le disparó. En ese momento empezó a llegar la gente y a amontonarse junto al camino, cuando intentábamos organizar un grupo para rodear el soldado y dispararle desde el rio, nos emplazaron una ametralladora a unos 100 metros atraz desde arriba y nos tocó replegarnos dejando a Camilo y al resto de compañeros, el rio lo cruzamos combatiendo y los ultimos lo cruzaron por mas abajo de lo acordado porque el paso estaba al final practicamente tomado, Carlos no dejaba ocultar su amargura en el relato y me mostró su sombrero con un tiro en la copa que le rosó el cabelló, dio centímetros mas abajo y allá estuviera, me dijo y me enseñó su mano derecha con una cortada de bala a sedal rosando el dedo meñique.

Camilito murió como un heroe, cuando escuchó la voz de recuperación vino y me dijo que si me ayudaba a cargar los proveedores, entonses le dije que estaba con la metra trabada y se me habia perdido la pistola, le dije que Ramiro estaba auxiliando aCamilo que estaba herido y de inmediato se fúe para allá, murió tu amigo y ahora no tienes con quien ir a las pezcas, en ese instante me acordé del papelito que Camilito me habia dado antes de la emboscada y Carlos lo leyó para que yo lo escuchara:

LLEGÓ EL PRIMER COMBATE
PASÓ EL SEGUNDO Y DERECHO
Y CUANDO LLEGÓ EL TERCERO
UNA BALA DIÓ EN MI PECHO.